

The Sword of Song

La Espada de la Canción, llamada por los cristianos El Libro de la Bestia

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

La Espada de la Canción

llamada por los cristianos El Libro de la Bestia

1904

A mi viejo amigo y camarada en el Arte
Bhikkhu Ananda Metteya
y a aquellos
necios
que, con su estupidez de cortas miras, al intentar boicotear este libro,
han ayudado sin advertirlo a la causa de la verdad,
dedico estas
mis mejores palabras.

[Este libro está tan lleno de saberes recónditos de diversas clases que parece del todo inútil anotar cada pasaje oscuro. Donde las referencias y explicaciones pueden darse con brevedad, así se ha hecho.]

"¡Estás triste!", dijo el Caballero en tono inquieto; "deja que te cante una canción para consolarte."[1]

"¿Es muy larga?", preguntó Alicia.

"Es larga", dijo el Caballero, "pero es muy, muy hermosa. El nombre de la canción se llama 'El Libro de la Bestia'."

"¡Ay, qué feo!", exclamó Alicia.

"No importa", dijo la mansa criatura. "Algunos la llaman 'Razón en rima'."

"¿Pero cuál *es* el nombre de la canción?", dijo Alicia, procurando no parecer demasiado interesada.

"Ah, no entiendes", dijo el Caballero, un poco contrariado. "Eso es lo que *se llama* el nombre. El nombre en realidad es 'Día de la Ascensión y Pentecostés; con algunos ensayos en prosa y un epílogo', igual que el título es 'La Espada de la Canción', ¿sabes?, del mismo modo, del mismo modo, del mismo modo..."

Alicia se tapó los oídos con los dedos y soltó un gritito. "¡Ay, Dios mío! ¡Esto es más difícil que nunca!", se dijo a sí misma, y luego, con aire resueltamente inteligente: "Así que así se llama la canción, ya veo. ¿Pero qué *es* la canción?"

"Debes de ser una perfecta tonta", dijo el Caballero, irritado. "La canción se llama 'Duda robusta; o la antología del agnóstico', por el autor de 'Manipulación de gases', 'Soluciones', 'El manejo de las retortas' y otras obras físicas de primer orden; pero eso es solo como se llama, ¿sabes?"

"Bueno, ¿y qué *es* entonces la canción?", dijo Alicia, que a esas alturas estaba completamente desconcertada.

"Si yo quisiera ser oscuro, niña", dijo el Caballero con bastante desdén, "te diría que el Nombre del Título era 'Lo que un hombre de 95 debe saber', con el respaldo de eminentes teólogos, y que..." Al ver que ella solo se echaba a llorar, se interrumpió y siguió en tono más suave: "significa, querida mía..." Se detuvo en seco, porque ella no le prestaba atención; pero como los sollozos

doblaban su figura hasta darle una forma muy parecida a un signo de interrogación:

"Quieres saber lo que *es*, supongo", prosiguió el Caballero con voz de superioridad, aunque algo ofendida.

"¡Si usted quisiera, por favor, señor!"

"Pues eso", sentenció el Caballero, con el aire de quien ha estudiado a fondo la cuestión y llegado a una conclusión absolutamente definitiva e irrevocable, "*eso* solo Dios lo sabe. Pero te la cantaré."

Invocación preliminar
(Preliminary Invocation)

Nothung[2]

Las coronas de dioses y mortales se marchitan,
se apagan lunas donde brillaron constelaciones;
eones sin número nos trajeron hasta aquí,
eones sin número nos llaman adelante.
El mundo es viejo, y yo soy fuerte:
¡despierta, despierta, oh Espada de la Canción!

Aquí, en el Ocaso de los Dioses, me demoro;
el mundo aguarda una Palabra de Verdad.
¡Enciéndete, oh lira, bajo mis dedos!
¡Evoca la tremenda juventud de la era
a las armas contra el mal inveterado!
¡Despierta, despierta, oh Espada de la Canción!

Fundada en arena se tambalea la Casa de la Fe;
sube el aullido de la secta en ruinas;
del santuario huye el Espectro perdido;
¡Dios ha abandonado a Sus elegidos!
La confusión se abate sobre la multitud:
¡despierta, despierta, oh Espada de la Canción!

¡Despierta para herir, despierta para sanar
hiriendo, tú, espada irresistible!
¡Levanta a las clerecías postradas que claman

en agonía a su Señor abatido!
¡Levanta al rebaño engañado: largo tiempo ha sufrido!
¡Despierta, despierta, oh Espada de la Canción!

Que mi fuerza atraviese esta agonía de la era;
que mi música encante el viejo
dolor de los años; que libre yo mi guerra
con hierro, hacia una edad de oro:
el mundo es viejo, y yo soy fuerte:
¡despierta, despierta, oh Espada de la Canción!

Introducción a «Día de la Ascensión» y «Pentecostés» (Introduction to “Ascension Day and Pentecost”)

¡Ni una palabra para presentar mi introducción! Permítanme botar al instante la Barca del Discurso sobre el Mar de la Especulación Religiosa, en peligro de las Rocas de la Autoridad y de las Arenas Movedizas de la Interpretación Privada, Escila y Caribdis. He aquí el estrecho; ¿qué Dios nos salvará del naufragio? Si optamos por entender la religión cristiana (o cualquier otra) literalmente, quedamos de inmediato abrumados por su imposibilidad intrínseca. Nuestra credulidad queda ultrajada, nuestro sentido moral escandalizado, los cimientos más sagrados de nuestro ser más íntimo asaltados, no por un ardiente guerrero de triple acero, sino por un gusano repulsivo y asqueroso. Que esto es así lo indican suficientemente (por regla general) los apologistas de la religión en cuestión, sea cual fuere, con el método mismo de su apología. La alternativa es tomar la religión simbólicamente, esotéricamente; pero dar un solo paso en esta dirección es emprender un viaje cuyo fin no puede determinarse. La religión, al dejar de ser una cosa tangible, un objeto uniforme para todos los ojos sanos, se vuelve más bien esa niebla sobre la que el sol del alma proyecta, como el espectro de Brocken, ciertas imágenes vastas y vagas del propio observador, con o sin una gloria que las rodee. La función de los hechos es

entonces del todo pasiva: importa poco o nada que la nube sea la niebla roja del cristianismo o el blanco plateado y titilante del paganismo celta; el gris duro, tenuemente dorado, del budismo, la opacidad lanosa del islam, o el misterioso medio de aquellas antiguas creencias que se presentan en tantos colores como estados de ánimo tiene su investigador.[3]

Si el estudiante ha avanzado espiritualmente de modo que puede percibir interiormente, infaliblemente, qué es la Verdad, la encontrará igualmente bien simbolizada en la mayoría de las creencias externas.

Es curioso que Browning nunca vuelva su maravillosa facultad de análisis hacia los problemas fundamentales de la religión, como si fuera un hacha puesta a la raíz del Árbol de la Vida. Parece muy claro que sabía lo que resultaría si lo hiciera. No podemos dejar de imaginar que no estaba dispuesto a hacerlo. La prueba de su conocimiento la encuentro en los versos siguientes:

> [ilegible en la fuente] pensado mucho,
> experimentado mucho,[4]
> y sin embargo moriría antes que confesar mi temor
> de que la licuefacción de Nápoles pueda ser falsa . . .
> Te oigo recomendar que al menos podría
> eliminar, desengrasar mi fe,
> puesto que la adopto: conservar lo que debo
> y dejar lo que pueda; puntos como este.
> Aun así, cuando me pides que la purifique,
> a tal proceso no le veo fin . . .
> Corta primero la licuefacción, ¿y qué viene al final

sino el hábil tajo de Fichte contra Dios mismo? . . .
No confío ni en mano, ni en ojo, ni en corazón, ni en cerebro
para detenerse a tiempo: todos se emborrachan por igual.
El primer paso, soy dueño de no darlo.

¡Esto es sin duda la apoteosis de la ignorancia voluntaria! Podemos pensar, quizá, que Browning "se cubre" cuando, en el último párrafo, dice: "En cuanto a Blougram, creía, digamos, la mitad de lo que decía", e insinúa algún fundamento más profundo. Es inútil decir: "Este es Blougram y no Browning". Browning difícilmente podría haber descrito el dilema sin verlo. Lo que él realmente cree es, quizá, un misterio.

Que Browning, sin embargo, cree en la salvación universal, aunque en ninguna parte (que yo sepa) da sus razones, salvo en la medida en que se resumen en los últimos versos del pasaje citado más abajo, es evidente por la última estrofa de "Apparent Failure" y por el pronunciamiento final del Papa sobre Guido, representado en la obra maestra de Browning como un Judas sin la decencia de ahorcarse.

Así (es decir, por lo repentino del destino) puede la
verdad destellar de un solo golpe,
y Guido ver un instante y salvarse.
Si no, aparto mi rostro y no lo sigo
a ese triste, oscuro, apartado estado
donde Dios deshace solo para rehacer el alma

> que de otro modo hizo primero en vano: lo cual no debe ser.

Esto puede ser el purgatorio, pero no suena muy distinto de la reencarnación. Es al menos una negación de la doctrina del castigo eterno.

En cuanto a mí, di el primer paso hace años, del todo ignorante de adónde llevaría el último. Dios queda en efecto extirpado: un cáncer del pecho de la verdad.

De aquellos filósofos que, desde premisas inatacables, extraen por deducción legítima una conclusión contra Dios, y luego, por amor a Él, derriban toda su estructura con un acto de voluntad, como un niño que rompe un juguete ingenioso, tomo a Mansel como mi tipo.[5]

Ahora, sin embargo, consideremos a los traficantes de ideas esotéricas del cristianismo, Swedenborg, Anna Kingsford, Deussen y otros semejantes, de los cuales he tomado a Caird como mi ejemplo. Deseo desenmascarar a esta gente: estoy perfectamente de acuerdo con casi todo lo que dicen, pero su pretensión de ser cristianos es completamente confusa, y presta al cristianismo un lustre que le es del todo ajeno. Deussen, por ejemplo, descarta tranquilamente casi todo el Antiguo Testamento y, escogiendo unos pocos pasajes del Nuevo Testamento, a menudo fuera de su contexto, reivindica su sistema como cristianismo. Lutero descarta a Santiago. Kingsford llama a Pablo el Archihereje. Mi amigo el "clérigo cristiano" aceptaba a Marcos y los Hechos, hasta que se lo apretaba. Sin embargo, Deussen es lo bastante honesto para

admitir que la enseñanza del Vedanta es idéntica, ¡pero más clara!, y define con toda claridad y sensatez la Fe (sin duda la cualidad más esencial para el adherente al dogma cristiano) como "estar convencido sobre pruebas insuficientes". De modo semejante, la idea de morir para vivir de Hegel (y de Schopenhauer), reivindicada como el espíritu central del cristianismo, es mucho más antigua, en el Mito de Osiris de los egipcios. Estas ideas están muy bien, pero no tienen más que ver con el cristianismo que el Sistema Métrico con la Gran Pirámide. ¡Pero véase a Piazzi Smyth![6] Henry Morley tiene incluso la audacia de reivindicar a Shelley (¡a Shelley!) como cristiano "en espíritu".

Hablando de Shelley: respecto de mi negación abierta del Dios cristiano personal, ¿no podrá achacárseme que me he atrevido a expresar en lenguaje desnudo lo que Shelley cantó con palabras de belleza insuperable? Porque, desde luego, el pensamiento de uno o dos pasajes de este poema es prácticamente idéntico al de ciertas partes de "Queen Mab" y "Prometheus Unbound". Pero la belleza misma de estos poemas (especialmente del último) es su debilidad: es posible que la mente del lector, perdida en la belleza sensual, ¡no!, incluso en la belleza moral de las palabras, no llegue a quedar impresionada por su significado más importante. El propio Shelley lo reconoció más tarde: de ahí el vigor directo y sencillo de la "Masque of Anarchy".

A menudo ha desconcertado a los ateos cómo un hombre del genio de Milton pudo haber escrito como escribió sobre el cristianismo. Pero no debemos olvidar que Milton vivió inmediatamente después de la Revolución más importante en

Religión y Política de los tiempos modernos; Shelley, al borde de otra conmoción política semejante. Solo Shakespeare se sentó entronizado por encima de todo ello como un dios, y no se pierde en el fango de la controversia. También esto, aunque "no soy Shakespeare, como es demasiado probable", he procurado evitarlo; sin embargo, no puedo sino expresar la esperanza de que mis propias indagaciones sobre la religión sean el reflejo del espíritu de la época, y de que, sumergidos como estamos en medio del jingoísmo y del renacimiento religioso, estemos al borde de algún precipicio gigantesco, por el que podamos arrojar todo nuestro bagaje de mentiras y supercherías, políticas, sociales, morales y religiosas, y (nosotros mismos) tomar alas y volar. La comparación entre mí y los maestros del pensamiento inglés que he nombrado es involuntaria, aunque quizá inevitable; y aunque la presunción es, desde luego, absurda,[7] una paja muestra hacia dónde sopla el viento tan bien como la veleta más hermosa y elaborada: y en este sentido es mi más ferviente esperanza que pueda trazar, no injustamente, una comparación entre mí y los grandes reformadores de hace ochenta años.

Debo pedir disculpas (quizá) por la nueva nota de frivolidad en mi obra: debida sin duda a la frivolidad de mi tema; estos poemas fueron escritos cuando yo era advaitista y no podía ver por qué (siendo todo una ilusión) habría de haber un objeto particular en hacer o pensar nada. Cómo encontré la respuesta será evidente por mi ensayo sobre este tema.[8] Debo en verdad pedir disculpas a la ilustre Sombra de Robert Browning por mi audaz parodia, en título, estilo y materia, de su "Christmas Eve and Easter Day". Cuanto más lo leo, más me irrita el anticlímax

final de ese maravilloso poema. Pero apenas hay poeta vivo o muerto que concite a la vez tanto mi afecto personal como mi admiración moral. Mi deseo de hallar la Verdad será mi perdón ante él, cuya vida entera transcurrió en la admiración de la Verdad, aunque nunca volvió sus formidables máquinas contra la Ciudadela del Todopoderoso.

Si se me acusa de blasfemia o irreverencia en mi tratamiento de estos temas, me refugiaré en la propia apología de Browning, tomada del mismo poema que ataco:

> He terminado: y si alguno me culpa,
> pensando que el solo tocar con brevedad
> los temas en que me detengo fuera ilícito,
> o peor, que invado con indebida ligereza
> los límites de lo santo y lo tremendo,
> alabo su corazón y compadezco su cabeza,
> y me remito a Ti, en lugar de a él,
> que cabeza y corazón por igual disciernes,
> mirando bajo el habla ligera que proferimos
> donde espuma burbujeante y frecuente chisporroteo
> prueban que las profundidades del alma hierven en serio.

Pero, después de todo, tengo poco temor de estar seriamente equivocado. Que muestre a mis críticos la puerta abierta de la ciudad de refugio citada puede tomarse como un gesto más de compasión desdeñosa, el último insulto que quizá lleve a mis antagonistas a esa rendición que es la victoria más verdadera.

PAZ A TODOS LOS SERES.

Día de la Ascensión (Ascension Day)

Al margen: Curiosa posición del poeta. ¿Qué es la Verdad?, dijo Pilato en broma;[11] *pero Crowley espera una respuesta.*

Salí dando un portazo de la capilla[9] y de la iglesia,
templo y salón y sala de reuniones,
glorieta de Venus y tumba de Osiris,
y dejé al diablo plantado,
mientras Dios se perdía en la multitud de dioses,
y el alma se hundía en la marea turbia
de los metafísicos de ojos de loto,
y yo estaba... en fin, ¿qué más da?
¿La vida que vivir? ¿El pensamiento que pensar? ¿Me refugiaré
en una torre como la que una vez halló Childe Roland,[10] ciega, sorda, enorme,
o en aquel bosque de doscientos mil
árboles, apto por igual para abrigar al hombre y al ratón, y...
¿diré Dios? Paciencia, Reverencia,
¡le garantizo que de aquí en adelante viajará más sabio!
Sangremos (como el negro que saca buen jugo de él
y no le importa si ese es o no es el uso que Dios quiso darle)
¡en todo aquel bosque de versos un árbol!
Llamado "Red Cotton Nightcap Country":
cómo un orfebre, entre la Virgen Arrebatadora
y una amante demasiado podrida para administrarle una purga,

día tras día y hora tras hora,
habiéndose perdido en un bosque browningesco de pensamientos,
esperando un milagro, se arrojó solemnemente
desde lo alto de una torre.
Moraleja: ¡no estropees una diversión tan excelente como
una amplia hacienda con una iglesia y una cortesana!
"¡La verdad, ese es el oro!" ¡Pero no te preocupes por ella!
¡Yo, tú o Simpkin podemos arreglárnoslas sin ella!

Al margen: Teorías alternativas de los autores griegos.

Si la tarea de la vida es el trabajo y la del amor (el de labios suaves) el descanso,
¿la de la muerte es la gloria de Dios? ¡Discútelo con Eurípides!
O, si la cuna es penuria y al fin el ataúd, descanso,
siendo el amor inmundicia, ¡preguntémosle a Aristófanes!
O, si el sol del cielo nos hornea, mientras chinches y pulgas de la Tierra nos matan,
¿el amor es el azote del Dios? ¡Los remito a Esquilo!
(¡No! ¡Eso es un desliz! Digamos "el torvo artificio de la Tierra, fresca pérdida":
¡mejor la vieja ortografía griega: Aischulos!)
O, si el amor es la espuma de champaña de Dios, la muerte en la artesa del hombre, heces de vino del Rin,
¿el patetismo, la costra de nuestro oporto? ¿Qué responde Sófocles?
En suma, con la medicina del amor ¡tomemos poción, bolo, glóbulo!
Sabio y sucinto lo manda, creo, Aristóbulo.

Sea mi Musa Euterpe o Clío,
¡Vida, Muerte y Amor son todos Batracomio…!
…maquia, ¿qué?, ¡eh!, ¿viejo Alcibíades extinto?
Para mí, do ut (¡sea Dios veraz y mentiroso el hombrecillo!) des.

Al margen: El resumen de Browning. Apología del poeta. Esqueleto del poema. Hecho valioso para [ilegible en la fuente]. Invocación.

Es bastante difícil, ¿verdad, señor?, sacarle sentido.
¿Mina de tantas libras, y embolsar siquiera unos peniques de ella?
Probemos algo más fácil, donde el bardo me parece
buscar esa luz que a mí me llega en sueños.
Así como él toma dos fiestas para explayarse,
así haré yo también para botar mi vieja barca.
Analizar, sacar indicios de Newton o de Faraday,
¡usar toda arma: amor, desprecio, razón, parodia!
¿Justo donde él adora? ¡Ay de mí! ¿Sufrirá su alma,
lejos en alguna gloria, daño de un topo
que hoza en la tierra? ¿No verá su espíritu,
relámpago ante relámpago, el espíritu que hay en mí?
¿Parodia? ¿No perdonará su espíritu
a mí, que lo amaré mientras viva?
¿Está el amor en su cumbre en el amor puro? No, sino después,
¡cuando la luz de la canción se disuelve suavemente en risa!
Entonces y solo entonces pueden saber los amantes
que nada los separará jamás. Y así,
¡Musa, cierne sobre mí! ¡Apolo, sobre ella!

Al margen: Imperfecta formación escolástica [ilegible en la fuente] remediada por su [ilegible en la fuente]. Su intención. Su logro.

Yo, de los Modernos, he dejado el griego en paz.
Fuera del camino la apartará la Intuición.
Espíritu y Verdad busco en mi oscuridad.
Poco a poco borbotean y se filtran;
lo que tengo lo descubro al mundo.
Palabras: ¿son débiles en el mejor de los casos? ¡Hablarán!
¿Escudos? ¿Son de papel, pintura, listón? Cubrirán
lo mejor que puedan el gran corazón de un amante.
¿Espadas? ¡Que el relámpago de la Verdad golpee la fortaleza
ceñuda de Dios! Cortaré un mechón más
de la Barba Blanca salpicada con la sangre de su hijo,
tallaré un tajo más en la frente arrugada de odio:
así, usando armas pequeñas, ganar un día otras mejores;
cortando las cadenas pequeñas, aprender pronto a liberar
los miembros de las grandes, ¡salir y ser libre!
¡Basta de Browning, y basta de mí!

Al margen: Plan del poema. "Conspuez Dieu!" Apología de la manera del poema.

¡Te ruego que no me preguntes dónde estoy parado!
"Quien pregunta, yerra." ¡Al menos no exijas
locura tal como la que una respuesta significa!
"Pero si" (dices) "tu espíritu se desteta
de la papilla de leche aguada,
y una religión, como otra,
se excede en su salto y cae del otro lado,

me dirás al menos por qué, quizá,
nuestro cristianismo provoca
especialmente rencores tan mezquinos
como estos que esparces por todo tu verso."
¡El azar del nacimiento! Elijo maldecir
(escribiendo en inglés) justamente el yugo
de la fe que tortura a la gente inglesa.

Al margen: Una oportunidad para el Tíbet. Esperanzas. Identidad del poeta. Se llama la atención sobre mi tapa tan decorativa.

Todavía no sé escribir un poema
que agrade a la gente del Tíbet;
pero cuando sepa, no le faltará a Cristo
paz, mientras ataco a su Buddha.
Con todo, más adelante espero tejer
una canción de Anti-Nochebuena
y de Primer y Segundo Día de la Bestia-de-Pascua.
Hay una[12] que me ama tiernamente (vrai!)
y que sin embargo me cree salido de Tofet,
sea la Bestia o el Falso Profeta;
y con toda clase de monerías
suma mi nombre hasta Seiscientos Sesenta y Seis.
¡Retírate, buena Gallup! En tal contienda su
superior habilidad te deja en cifra, en cero.
¡Eh! Adopto el número. ¡Miren
la curiosa envoltura de este libro![13]
La mereceré si puedo:
es el número de un Hombre.

Al margen: Necesidad del poema.

Así, puesto que en Inglaterra Cristo sigue de pie
con clavos de hierro en manos ensangrentadas,
no traspasadas, sino aferrándolos para izar en alto
niños en una cruz de agonía,
lo encuentro real para las vidas inglesas.
¡Arriba mi linda pareja de puños!
No peleo con fantasmas.

Al margen: Misticismo contra interpretación literal. El primero [ilegible en la fuente].

"Pero ¿por qué injurias"
(me apremias) "con ese estilo vicioso
la fe misma cuyas verdades pareces
(en otra parte) sostener, ensalzar como supremas
en tu propia alma?" Quizá sepas
cómo las doctrinas místicas derriten la nieve
de cualquier fe: la redimen hasta volverla
una fuente de rocío reanimador.
Así hago yo con Cristo: pero pocos reciben
el Bálsamo Cabalístico, no creen
nada, y eligen en cambio saber.
Pero a ese terror vago y temible,
el culto externo, toda mi vida:
¡guerra a cuchillo! ¡Guerra a cuchillo!

Al margen: Buddha reprende al poeta. [ilegible en la fuente] detallado poema modificado.

¡No! Por otra parte, el Buddha
dice: "¡Me sorprendes! ¿Cómo podría una
persona aceptar mi ley y aun así
usar el odio, el único medio del mal,
en defensa de la Verdad? ¿En alabanza de la luz?"
¡Bueno! ¡Bueno! Me parece que el compadre Buddha tiene razón.
No soy un Caín brutal para aplastar a un Abel;
oigo que la blasfemia está pasada de moda:
así que de la manera más tranquila charlaremos sobre ello;
¡no hace falta enseñar dientes ni garras de gato al respecto!
Con palabras suaves, fiat exordium;
exeat dolor, intret gaudium!

Al margen: Propósito del poeta. Indignación del poeta. El poeta desafía a su tío.

Pondremos el jamón al sándwich de la lógica
de la indignación: último pan, suave, que,
tras nuestro desprecio por la lujuria, el terror y el odio de Dios,
encendidos de Prometeo, untaremos y remataremos
con indiferencia aceitada, la plata de la risa:
"Omne hoc verbum valet nil, vir!"
¡Déjenme ayudar a subir a Babu Chander Grish!
¡Como con un ponche de Hunyadi,
mente despejada! ¿No fue el Sudán del Mahdi
despejado por Kitchener? ¡Ah, Tchhup!
Tamaño disparate nos sirves por verdad sólida.
Si yo fuera mago, y no un simple cadí,
no el fantasma de Samuel me harías desear que subiera,
ni el de Saúl (el poderoso hijo de Cis),

sino el de Ingersoll o el de Bradlaugh, pardie!
Con hechizos y guisos de caldero que borbotean,
o con la purificación de los Nadi,
¡hasta que un Stradivarius o un Amati
chillen en mi estómago! ¡Sarasate,
qué acordes! ¡Música como aquella con que Sadi
hizo resonar Persia! Yo, que no pesco
nada semejante del alma, puedo aun así gritar: Vade
retro, Satanas! ¡Tom Bond Bishop!

Al margen: Látigo y espuela. Oferta deportiva. El concurso del Times superado.

¡Viejo jamelgo, Pegaso! ¡Arre (zas), arriba!
(A quien rime correctamente
con Bishop más de siete veces
le ofrezco por la presente como emolu-
mento un ejemplar encuadernado de este volumen.)

Al margen: Subespecies del género cristiano incluidas en las censuras del poeta.

Estas censuras deben incluir al mentiroso
Copleston, al Reverendo F. B. Meyer
(¡el gallo del muladar de los Disidentes, ese!)
y a otros de la misma calaña:
¡qué distintos de Sir Philip Sidney!
Pero "cave os, et claude id, ne
vituperasse inventus sim".
¡Déjenme verterlo al inglés!
"¡Cuidado con la jeta, y cierra la trampa de papas!

O si no puede acaso suceder
que me lamente de ser reo[14] de libelo."
(¡Qué gracioso cómo el inglés parece fallarme!)
Así, como un cirujano a un hombre, señor,
déjame extirpar tu cáncer cristiano,
impersonalmente, sin vanidad,
¡solo por puro amor a la pobre humanidad!

Al margen: Día de la Ascensión. El aspecto moral del cristianismo ha de discutirse en perjuicio del metafísico.

¡He aquí justo la ocasión que querrías! Mira
cómo el cálido sol tiñe de oro temprano
aquella aguja: el acontecimiento de hoy me provee
mi texto de ira: ¡el tiempo de la Ascensión!
¡Oh, es un día digno para arrancar
la diadema del Odio de la Cimera de Jesús!
¿Asciende? Es la prueba misma
por la que los hombres podemos juzgar con justicia,
desde los caminos ásperos que los mortales recorremos
o desde los senderos de Dios pavimentados de heliotropo,
la moral del crucificado.
(¡Ambos puntos de vista se unen en uno, espero,
en el estereoscopio de la metafísica!)
Pero por el momento se nos niegue
una inspección metafísica.
Traigan el jabón antiséptico:
juzgaremos al Cristo por simple sección,
y estrictamente en el aspecto moral.

Al margen: La ortodoxia ha de ser nuestra doxy.[15] *Excluidas las gitanas. Henrik Ibsen y H. G. Wells.*

Pero primero debo insistir en tomar
el credo ordinario y sustancial
que vuestro clero predica desde el atril y el púlpito
cada domingo; toda la Biblia, sacudiendo
sus tapas de risa, tal como la leéis
cada domingo. Ibsen, ante una platea llena,
puede representar en la luna. Si (lunáticos ellos)
se creyeran ellos mismos la obra,
poco aplauso obtendría.

Al margen: El párroco y el poeta. Naturaleza fugitiva de [ilegible en la fuente] en estos últimos días. La Alta Crítica.

Conocí a un clérigo cristiano,[16]
el hombre más amable que jamás conocí.
Discutimos sobre el plan cósmico.
Yo era Lord Roberts, él De Wet.

Al margen: Lord George Sanger[17] *sobre lo Incognoscible. Cómo hablan las criaturas.*

Me dice, cuando cito la "Caída":
"Pero esas son leyendas, después de todo."
Tiene cien colinas en que tenderse,
pero no encuentra última trinchera en que morir.
"Samuel era un hombre; el Santo Espectro
no dictó el Pentateuco."
Con fingimiento astuto me atrae
a soltar mis pompones sobre San Juan;

y, bombardeada esa colina, jura
que sus fuerzas nunca habían estado allí.
Me harté, pedí parlamento
(¡aquí viene una traición de bandera blanca!),
pregunté: "¿Hay algo que valores,
a lo que te aferres?" Rió: "¡Atrápame, Charlie!"
Pero viendo en su mente que yo
no me convertiría así, "¿Andarás",
añadió, "a tientas en la oscuridad total?
El Libro de los Hechos y el de Marcos
se consideran ahora genuinos."
Agarro un Testamento, empiezo
a leer al azar la primera página;
me detiene con un gesto sabio:
"No debes pensar, porque digo
que San Marcos es genuino, que yo pondría
tanto énfasis injusto en su texto
como para basar en él una opinión. ¿Lo siguiente?"
Me di por vencido. Él se escapó. ¡Ay de mí!
Pero también se escapó el cristianismo.

En cuanto a una charla tranquila sobre física, sane ac
lente, oigo al Don británico
soltar sentimientos más bovinos de lo que un yak cuerdo
jamás rumiaría,
mitad sabatario y mitad caquimaníaco,
construidos con Pablo y con Juan,
con no poca tintura del Levítico
farfullado pro forma, jaldi,[18] à la Psittacus
para ayudar al espantoso batiburrillo; lira y laúd

reemplazados por mentiroso y botín, el arpa y la flauta
enmudecen, viene el tambor y nos deja mudos.
El inglés, mitad mercachifle y mitad bruto,
desvaría a través de su sombrero de seda sobre lo Absoluto.
El Don británico, mitad pedante y mitad ermitaño,
empieza: "La Ding an sich,[19] como la llaman los alemanes..."
Lo paramos en seco; se reacomoda las gafas,
vuelve a su infolio: eclipsará todo precedente,
revelará la naturaleza de Dios, ¡cada abolladura una abolladura bendita!
El Burro: escrito por un asno, para asnos.

Al margen: La base del poema ha de ser la del Compromiso de 1870. Naturaleza no médica del poema. Crowley J. No se hará mención de los Higos ni de los Cerdos.

Así, con permiso, seamos
ortodoxos hasta la punta de los dedos;
lo que sostiene el grueso, Alta Iglesia o Amigos,
o Bautistas de Caparazón Duro, y veremos.
No invitaré ahora al ataque
probando que el blanco es un matiz del negro,
o que Cristo (como algunos han intentado últimamente)
era un maníaco epiléptico,
citando algunos casos "en que una dosis
de Bromuro debidamente administrada a tiempo
arrastra un mal tan sombrío
al fin a visiones menos sublimes;
suaves brisas agitan la lira eolia,
ya no los vendavales equinocciales;

el paciente arriza sus velas mentales;
su estruendo pánico que escandalizó al Tmolio
admite una sucesión de escalas más suave;
ya no parece Dios, sino un mero Napoleón,
o posiblemente el Príncipe de Gales":
concluyendo tal caso medio curado
con la observación "¡donde el Bromuro falla!
Pero la gente del Bromuro no sabía
hace esos 1900 años".
Creo que podemos conceder a Crowley una
actitud imparcial. Y así
desprecio los mil puntos sutiles
en que un hombre podría hallar un punto de apoyo
(ex utero Matris ad sepulcrum,
et praeter, como cuenta Huxley).
Traspasaré las junturas podridas de vuestro arnés,
disolveré vuestros hechizos diabólicos,
con la verdad viva y nada más.

Al margen: Se aceptan las premisas cristianas. Grave esfuerzo mental que supone leer el poema.

¡Así que ni una palabra despectiva
para vuestra propia versión de la historia!
Tomo a vuestro Cristo, a la criatura de vuestro Dios,
justo según su propia dulce valoración.
Pues por esta escena culminante,
cierre de aquella prodigiosa vida de dolor
antes y después de la muerte, sabemos
cómo estimar al Nazareno.

Al margen: ¡Por fin la Ascensión! Esta es una hazaña común. Pranayama.

¿Dónde está la toalla mojada? Destruyamos
primero el argumento de los necios,
desde Pablo hasta las Escuelas,
de que la Ascensión misma demostró
la Divinidad de Cristo por su milagro.
¡Grandioso! ¡Pero el poder es mío también!
En la India la levitación no cuenta
ni el diezmo de las inmensas cantidades
de poderes que los sabios exigen
al Chela antes de que el Chela se eleve
al Conocimiento. ¿Cuentos de hadas? Bueno, primero
siéntate una semana y contén el aliento
como enseñan los maestros, hasta reventar,
o casi; en una semana, dice uno,
un mes, acaso un año para ti,
de práctica dura, y tú mismo podrás volar.
¡Sí! ¡Yo lo he hecho! ¡Tú también puedes!
Así, en la Ascensión, tú y yo
estamos como pares de Cristo y, por tanto, aptos
para juzgarlo. "¡Alto, amigo, espera un poco!"

Al margen: Diferencia entre David Douglas Home, Sri Swami Sabapati, Vamadeva, Bhaskarananda Saraswati y el Cristo. Este último comparado con Madame Humbert.

(gritas) "Tus yoguis indios vuelven a caer
al planeta, después de todo;
nunca alcanzan el cielo para estar de pie

(Esteban) o sentarse (Pablo) a la mano
del Altísimo. ¡Y solo eso,
esa cuestión del Gran Trono Blanco,
es el único punto que debatimos!"
Respondo: Aquí en la India aguarda
el Samadhi-Dak, cómodo
para viajar al Maha Meru,
o a la aguda cuña blanca del Gaurisankar
que lancea la espléndida cúpula azul,
o al poderoso filo volador del Chogo
que corta a través del firmamento.

Al margen: Los primeros comparados con los Querubines; como está escrito: Corriendo y Volviendo. Shri Parananda aplaude al yogui.

Pero, primero, a ese acontecimiento exacto
que vosotros, cristianos, celebráis hoy.
Estamos donde estuvieron los discípulos
y vemos al Maestro alejarse flotando
hacia aquella nubecilla de tono celeste
que lo recibe y lo quita a la vista mortal.
¿Cuál de sus dichos resulta el verdadero,
garabateado de relámpago a través del azul?
No digo: ¿Cuál se atesora
en los corazones rectos?, sino: ¿Qué graban las edades posteriores
en las páginas de hierro de la historia?
Esta es la única palabra de "Nuestro Señor":
"No traigo la paz; traigo una espada."

En esto la historia de Occidente
le da toda la razón. ¿Cómo resiste la prueba?
Un tercio de siglo de vida de dolor:
vive, muere, vive de nuevo,
y se eleva al eterno descanso
de dicha con los Santos: ¡un reinado sin fin!
Dejando al mundo a siglos desgarrados
por toda agonía y todo escarnio,
y toda maldad y vergüenza
refugiándose en su Nombre.

Al margen: Gerald se burla de Jesús. Juan iii. 16.[20] *Su importancia. Su significado implícito.*

Ningún yogui disparó así su Chandra.
¿Volverá Cristo? ¿Qué tal? ¡Qué tal!
¿Qué? ¿Qué? "Él media allá arriba
todavía con Su Padre por misericordia, amor..."
¡y otras bagatelas! Bien lejos está
el propósito de ese Padre de tales pamplinas.
Verás, cuando yo era joven, decían:
"Pienses lo que pienses en tu cabeza,
o hagas significar lo que quieras al resto de la Escritura,
no puedes eludir Juan iii. 16."

Al margen: Mi propio optimismo vago. Imposibilidad de rastrear la causa hacia atrás o el efecto hacia adelante hasta lo último. La ética, individual.

¡Exacto! Crecida mi estatura mental,
pienso mucho: pero nunca todavía

logro superar ni olvidar
la naturaleza maldita de ese texto amargo,
la sutil omisión diabólica,
la antítesis cruel que implica,
la ironía, la fructificación de la maldición,
la tranquila suposición de las fiebres del Infierno
como adecuadas, como justas, para los incrédulos:
estas son las cosas que se quedan pegadas
y estorban mi muy serio deseo
de abrigar pensamientos amables sobre el "Pez".
¡Allá va mi flecha al centro dorado!
¡No haré tiros al borde! Aunque tengo
a vuestro cristianismo por una mentira,
aborto e iniquidad,
la más inmoral y absurda
(invención de sacerdotes, en una palabra)
de todas las religiones, tengo esperanza
en el alcance más amplio del buen Dhamma,
¡no, certeza!, de que todos al fin,
como sea que hayan llegado en el pasado,
se mueven, arriba o abajo (¿quién sabe, amigo mío?),
pero con una tendencia nada incierta
hacia el Nibbana al final.
¡Ni siquiera me atrevo a despreciar
vuestras doctrinas, oraciones y ceremonias!
Lejos de la palabra "¡irás al infierno!",
no me atrevo a decir "¡no haces bien!".
Debo obedecer las leyes de mi propia mente,
aceptar sus límites, buscar su causa:

¡mi carne puede ser tu veneno! ¿Yo
espero convertirte más adelante?
¡Nunca! No puedo rastrear la cadena
que nos trajo aquí, que separará de nuevo
nuestras vidas, ¡acaso para siempre! Dejo caer
mi mano sobre este objeto, la mesa;
y esa conmoción se ensancha así
y sacude los nervios de Sirio.
Calcular el resultado de una hora
me resulta dificilísimo;
el efecto de un año, la causa de un momento:
¿qué mente podría estimar tales leyes?
¿Quién entonces (¡mucho más!) puede obrar rectamente
juzgado por y a la vista de diez siglos?
(Con todo, creo que hagamos lo que hagamos
es lo mejor para mí y lo mejor para ti
y lo mejor para todos: no surco ninguna frente
de arrugas meditando cómo.)

Al margen: Interpretación de Caird de [ilegible en la fuente]; identificación de ella con el cristianismo, que ha de ser mística. Su interpretación, falsa.

Bien, pero queda otro camino.
¿Expondremos el plan cósmico
simbolizando a Dios y al hombre
y a la naturaleza así? Como el hombre contiene
células, nervios, materia gris en su cerebro,
cada célula una vida, centrada en sí, libre,
y sin embargo subordinada por sí misma al todo

por su propio bien (¡amplíen!), así nosotros,
moléculas de un alma central,
hijos del Tiempo, juzgados por la Eternidad.
La naturaleza se ha ido (nuestras alegrías, nuestras penas,
nuestras pequeñas vidas) y Dios permanece.
Si esta fuera la verdad, ¡vaya!, adorar entonces
no sería tan imbécil para los hombres.
¡Pero esa no es fe cristiana! Pues ¿dónde
entra el dogma de la desesperación?
A pesar del fluir plateado de su lógica
¡debo contar a Caird como místico! ¡No!
Vosotros, cristianos, no me enmascararéis así
las palabras llanas de vuestros libros sagrados
detrás de los espectros del amigo Swedenborg.
Dice Huxley en sus obras (q. v.):
"Las vidas microcósmicas cambian a diario
de estado o de cuerpo"; y sin embargo alegremente
armáis de pies a cabeza a un Hegel falso
(vosotros mismos, con sus armas), le hacéis llevar
falsas prendas de una dama hermosa
(¡la mujer escarlata!), rebuznáis y atronáis
una nota falsa en la trompeta, gritáis:
"¿Un campeón? ¡Defensor de la Fe! ¡Fuera,
escéptico y pecador! ¡Mírenme! ¿Me acobardo yo?"
Cito el Little-go. Os quedáis mirando,
y ya no tenéis más uso para Paley.

Al margen: El misticismo no necesita a Cristo. Krishna servirá, o el Carpintero. La Sagrada Morsa. Dios, unas Vestiduras y Lady Wimborne.

Pero si bebéis vuestra ración mística
bajo el buen árbol Igdrasil,
¿para qué os sirve en absoluto Cristo?
¿No ha bastado del todo Krishna?
Por la presente garantizo sacar
una fe tan pintoresca y hermosa,
tan atractiva para un asno,
y que desafíe a la razón,
como el sionismo, la Ciencia Cristiana
o la Liga de Damas "¡No pisar el césped!"
de "Alicia a través del espejo".

Al margen: Aspecto temible de Juan iii. 16. Universalismo. ¿Hará Dios el bara[21] *slam?*[22]

Por eso no considero promesa peor,
no alcanzo a concebir maldición más feroz
que el capítulo tercero de Juan (versículo dieciséis).
Pero ahora (dices) la gente de amplio criterio
piensa que esas palabras que pronunció el Maestro
han de salvar a todos los hombres al fin. ¡Pero atención!
¡El texto no dice nada semejante!
¡Lee los versículos siguientes![23]

Al margen: La vida eterna. Opiniones divergentes sobre su conveniencia. La idea budista.

Entonces, un tercio
de toda la humanidad persevera
en la creencia en la palabra del Buddha,
posee ya la vida eterna,

y rehúye los deleites, vive días laboriosos
de trabajo (frase de Milton)
con propósito esforzado de... ¡de cesar!
"¡Un higo por la paz eterna de Dios!
La verdadera paz es aniquilar
la cadena de causas que los hombres llaman Destino,
de modo que ningún Sattva pueda renovarse
una vez que la muerte ha pasado la lanzadera de la vida."
(Sus sabios lo dicen más o menos así.)
¡Lo que para ellos es diversión para nosotros es muerte!
Eso al menos está claro. ¡Pero no importa!
¡Llamadlos idólatras y ciegos!

Al margen: El dogma de la Creencia.

Hablaremos de Cristo. Como cantó Shelley:
"¿Pende una consecuencia eterna
de la justa creencia o la incredulidad;
y un acto involuntario
establece una diferencia infinita, de hecho,
entre el ladrón de la derecha y el de la izquierda?
¡La creencia no es un acto de voluntad!"
Creo, señor, que todavía te tengo,
aun concediendo (¡mucho en verdad!)
que alguna voluntad, cualquiera, sea libre,
y no meramente el resultado
del sexo, el entorno y el culto,
el hábito y el clima, la salud y la mente,
¡y otras veinte mil cosas!
Así lo cantan muchas metafísicas.

(¡Ojalá cantaran de verdad! Encuentro
su prosa la más difícil de las lecturas difíciles.)

Al margen: Libre albedrío. Herbert Spencer. Si hay libre albedrío, ¿cómo puede haber dolor o condenación?, siendo el no-Yo una ilusión. ¿Es real el Yo o el no-Yo? Chute d'Icare.

"Pero si", gritas, "el mundo está diseñado
como un mero espejismo en la mente,
salta el libre albedrío." Pero todo lo que alego
es contra el dolor y el infierno. ¿El libre albedrío
puede entonces condenar al hombre? ¿Ningún molino temible,
moliendo catástrofes, gira veloz
afuera, desde algún de dónde, hacia algún adónde? Y
creo que entendemos más fácilmente
dónde Schelling (que conduce al Buddha)
llama real al no-yo. En todo caso
no hay, no puede haber jamás
un alma que necesite espada o armadura,
incapaz en el tiempo o en el espacio
de infligir o de sufrir. Nosotros,
creo, vamos desmalezando poco a poco
el suelo del dualismo. ¡Uf!
¡Bajemos a la opinión del cristiano común!

Al margen: Yo tengo piedad: ¿tuvo Cristo alguna? Las Ovejas y los Cabritos.

Este es mi punto: el mundo yace sangrando
(¿resultado del pecado?); no me importa;
¡te lo admito en cualquier parte!

Tomo vuestras premisas mismas
y, como los duendes graciosos y maliciosos
que son, aun así burlan vuestro plan.
Probaré que Cristo fue un hombre malvado
(concediéndole la Divinidad), despiadado
con toda la angustia y la aflicción
a su alrededor, salvo con la que se le aferró
y le rogó. ¿Darme omnipotencia?
No soy tan necio como para cercar
ese poder exigiendo que toda lengua
me llame Dios: ejercería
ese poder para sanar la herida de la creación;
no para separar a mis devotos
de los que me despreciaron hasta el final:
¡un gusano, un fuego, una sed para estos;
un cielo resonante de arpas para aquellos!

Al margen: ¿Será salvado Satanás? ¿Quién perdona a Judas? La presciencia de Dios sobre la caída de Satanás y su miseria eterna lo hace responsable de ella. Si él y Judas son finalmente redimidos, quizá podríamos pasar por alto el asunto esta vez. El poeta reserva su asiento.

Y aunque reclamáis la Salvación segura
para todos los paganos, ahí de nuevo
los Nuevos Cristianos desmienten la llana
Escritura, ¡esas palabras que deben perdurar!
(¡Los Vedas dicen lo mismo!), y aunque
Su misericordia se ensanche cuanto quiera,
nunca conocí a un hombre (esto escandaliza,

lo que ahora sostengo) tan heterodoxo,
anglicano, romano, metodista,
Persona Peculiar (¡toda la lista!),
nunca conocí a un hombre que se llamara
cristiano y que no retrocediera
espantado cuando me atreví a sugerir la esperanza
de que la misericordia de Dios pudiera ampliar su alcance,
extenderse, o doblarse, o desplegarse, o enderezarse
hasta el punto de abarcar a Satanás
o siquiera al pobre Iscariote.
Y sin embargo Dios creó (¿no es así?)
a ambos. ¡Omniscientemente, lo sabemos!
¿Benévolamente? ¡Así sea!
Creó distintas de Sí mismo
(¡noten eso!: no os corresponde
alegarme a Schelling y su pandilla)
estas almas, sabiendo de antemano cómo estaban enlazadas
las cadenas en el Destino de cada una.
"¿Me planteas el eterno Por qué?"
¿Yo no? De nuevo: "Quien pregunta, yerra."
Pero esto sí digo. Acaso
haya un propósito por delante
que tienda a la dicha final: para mover
alguna vida a una vida mejor, este dolor
es necesario: eso lo concedo otra vez.

Al margen: El Creador en el cielo sufre [ilegible en la fuente] punzadas, reproches del bardo.

Si vivieran al fin en la gloria,
Satanás y Judas podrían perdonar
el tiempo intermedio de miseria,
perdonar el agravio que la creación primero,
o la llave de hierro de la evolución,
les hizo, siempre que hayan pasado
más allá de todo cambio y dolor al fin,
fuera de este universo maldito.
¡Pero de otro modo! Alzo mi voz,
deliberadamente hago mi elección
prometeica, ansioso de regocijarme,
de deleitarme en el gozo de la torva protesta
entre Iscariote y el Diablo,
¡entronizado en medio de ellos! Sin sentir otro dolor,
arrojado sobre algún lecho ardiente de acero,
que el de ellos: mi alma de amor se henchiría
y, sobre esos suelos lastimosos que pisaron,
sentiría, y haría sentir a Dios, desde el Infierno,
a través del abismo infranqueable,
¡que Él estaba condenado y yo era Dios!

Al margen: Denuncia ética y elocuente de la cosmogonía cristiana.

¡Ay! Que se levante y me responda
esa falsa Deidad creadora:
¿de dónde vino su derecho a torturar la Tierra
con punzadas de muerte, enfermedad y nacimiento?:
ninguna alegría sin mancha de dolor y pena:
insulto sobre injuria apilado en alto

en esa infamia de curandero,
¡la Panacea de... la Creencia!
Solo el alma egoísta del hombre
pudo jamás haber concebido un plan
para abrazar, de toda la vida, solo al hombre,
para poner, de todas las estrellas, un planeta
solo ante el rostro del Padre;
olvidado de la mancha de la creación,
olvidado del dolor de la creación,
¡no mudo!, olvidado de las punzadas
con que cada vida se lamenta y pende
(ahora, mientras hablo, un lagarto acecha
a las moscas aturdidas por la luz),
cada vida atada para siempre a la rueda,
sí, y cada ser (podemos conjeturarlo
ahora que los cristales mismos sienten):
para ellos no hay corte resonante de arpas,
ni palma, ni corona, ¡pero no por eso menos
una cruz, tenlo por seguro! El pensamiento del peor hombre,
en el infierno mismo, privado de dicha,
sería menos despiadado que esto.
¡No! Pues las cosas materiales, oigo,
se consumirán y dejarán de ser
(¡Nibbana! ¡Ah! ¡Tú, Mar sin orillas!).
El hombre, solo el hombre, está condenado a temer,
a sufrir el dolor eterno,
o bien a encontrarse con el sutil enemigo del hombre,
Dios, y ¡oh, infamia del terror!,
¡ser como él, como él! ¡Y para siempre!

Al menos yo no cometo tal error:
mi alma debe separar por completo
su pensamiento más tonto, la creencia,
de semejante Dios como posible,
el más vil, de su culto. ¡Jamás!
¡Atrás, jefe abominable
de las torvas legiones del Odio!; déjame
ceñir bien mis lomos y esforzarme,
y buscar refugio de mi pena,
¡oh, nunca en el Cielo, sino en el Infierno!

Al margen: Lecho de muerte del poeta. Efecto del cuerpo sobre la mente.

"¡Ah, muy bien!", creo que dices,
"¡espera solo a tu día postrero!
¡A ver si entonces besas la vara
e inclinas esa alma orgullosa ante Dios!"
Admito perfectamente el hecho;
¡es muy probable que así actúe!
He aquí por qué la Creación salta a la oración.
Vosotros, cristianos, me citáis de un tirón
la muerte de este, de aquel, del otro ateo;
¡cómo buscaron a Dios! ¡Desde luego! Quebranta
con solo un toque de fiebre, un escalofrío,
mi salud: ¿adónde vuela mi voluntad vívida?
Mi carcasa está atiborrada de quinina;
quisiera que el Sur de la India estuviera condenado;
quisiera tener los cuidados de mi madre,
encuentro muy poca utilidad en maldecir,

y me deslizo a apoyarme en otro,
Dios, o el médico, o mi madre.
Pero ¿os atrevéis a citar mi palabra afiebrada
como mejor que lo que mi salud afirmaba?
Las fantasías cerebrales de un hombre
que se cierne al borde del delirio,
¿se clasificarán como su alcance máximo?
¿Todo lo que puede o debe pensar?
¡No! El hombre fuerte y que confía en sí
es el verdadero gigante espiritual.
No culpo a ningún débil, pero me niego
a tomar sus desvaríos por los míos.

Al margen: El poema no trata de paleontología: ni de la juventud del poeta: ni de las infamias cristianas. Posición del poeta [ilegible en la fuente].

Ya ves que no baso mi tesis
en que vuestro Libro sea hecho pedazos
por el conocimiento; ni invoco la sombra
de la agonía de mi propia niñez.
¡Alma, no te estremezcas! ¡Adelanta la hoja
del hecho sin miedo y sondea la cicatriz!
¿Conoces mi memoria de primera clase?
Pues bien, en mi vida hay dos años,
doce años atrás (¡no tan lejos!),
dos años de los que no queda memoria.
Una angustia sin edad llenó mis días
de modo que ningún detalle, como una estrella
sola en la noche suprema, allá arriba

se alza como esperanza, o alegría, o amor.
No, ni un solo ignis fatuus se desliza
solo en ese pantano, una agonía
que haga parecer leve el resto. Permanece
la espesa forma sepulcral e inmutable,
informe, miseria continua
de la que no podía escapar ninguna voluta de humo
para mostrarme hacia dónde quedaba el fin,
de dónde el principio. Todo es negro,
vacío de toda causa, de todo fin; desconocido,
como si hubiera estado muerto de verdad:
¡todo en nombre de Cristo! Y miro atrás,
y entonces y largo tiempo después me faltan
valor o fuerza para arrojar el credo
al cielo del que brotó. ¡No!
No es esto lo que inspira el golpe indignado
contra la fábrica entera; ni los mares
colmados de esas agonías inocentes
de Mártires paganos que antaño sangraron,
de Mártires cristianos condenados y muertos
en riñas entre cristianos,
donde el odio exulta y brota la tortura,
león sobre carne y sangre angustiadas,
buitre de alas de mal agüero,
caníbal sobre alimento humano.
Ni lanzo yo el grito del burlón:
que los cristianos viven y aparentan la mentira
que su fe les ha enseñado; nada de esto
inspira mi vida, perturba mi paz.

Voy por debajo de la fe exterior,
la hallo demonio o espectro,
¡según tienda mi humor o mi temple!

Al margen: Sentido místico de «Día de la Ascensión».

Y así, hoy que «Cristo asciende»,
tomo el símbolo, dejo el hecho,
me niego a hacer el más mínimo pacto
con tu Deidad creadora,
y digo: el alma de Cristeidad en mí,
resucitada hace poco, está ya del todo limpia
aun de la más leve mancha de la Tierra.
Suplantando a Dios, el Hombre nace
(«Nuevo Nacimiento» lo llamarás, me temo),
trasciende la esfera ordinaria
y vuela en la dirección «x».
(Allí yace la cuarta dimensión.) No aflijas
más mi alma con malas traducciones
del Génesis al Apocalipsis,
sino déjame con la Estrella Flamígera,
Jeheshua (¡mira el Zohar!).

Al margen: Futilidad de toda la discusión, a la vista de los hechos.

Y así nuestra formidable religión
de Paloma, Cordero y Anciano Caballero
se esfuma en humo, y me hallo
sin atacar nada. He aquí el terreno,
pistolas y café (tres en uno,

¡ay, oh Rabí Schimeon!),
pero ningún duelista: ni Hijo,
ni Padre, y (para mayor contento)
lo pide el decoro: ¡ni Espíritu Santo!
Todo se desvanece al toque de la verdad,
trío de telaraña, como, a fe mía,
aquel digno millonario yanqui
y sus ricos sobrinos, jóvenes y bellos,
¡los simpáticos Crawford!
¡Perdido! ¡Perdido! ¡Perdido!
«¡El Espíritu Santo, amigo! ¡cuidado!»
¡Ah! ¡faltan aún diez días para Pentecostés!

Al margen: El lector puede tener esperanza.

Llegará, te lo prometo; pero ¡espera!
¡Por ahora es el Día de la Ascensión!

Al margen: Resumen.

Al menos tu fe debería quedar contenta.
No discuto con este acontecimiento.
¿El elemento sobrenatural?
No niego nada: en suma,
es justamente la Nada lo que afirmo.
El necio (en quien está la sabiduría, juzga
la Escritura, ¡y con razón!) en su corazón
dice (en silencio, para sí, aparte)
este secreto: «[hebreo ilegible en la fuente]».
¡Mira el buen Salmo! Y así, ¡amigo mío!,
mis diatribas se acercan al final

y nos encuentran casi sin pelear.
Y sin embargo, ¿no pareces satisfecho?
La cosa literal y mal traducida
no debe ser negada por los pecadores.
¡Ve, pues, a tu Capilla a rezar!

Al margen: Se despide al lector [ilegible en la fuente] capilla.

(Prometo al señor Chesterton,
antes de que la Musa y yo terminemos,
una gran a-pre-cia-ción
de Brixton en el Día de la Ascensión.)
Se ha ido, ¡con la panza bien llena!
¡Este fallido remedo de Robert Browning!
Servirá (el rasguño de Mercucio) para mostrar
dónde Dios y yo estamos en desacuerdo.
¡Ya está! He dado rienda suelta a mis sentimientos
esta vez. ¿Otra vez? No lo creo.
¡Una vez, por la necesidad de mi prójimo!
El resto de la vida, para el dominio de sí,
¡para la liberación del alma!
Esta vez, ¡la verdad! En adelante, lo mejor
es despedir a Jesús con una broma.

Al margen: Planes futuros del poeta. Jesús despedido con [ilegible en la fuente]. La Broma.

¡Ah! ¿Cristo asciende? ¿Día de la Ascensión?
¿Las viejas maravillas se llevan la palma?
¡Pero Santos-Dumont! ¿Quién puede decirlo?

Al margen: [ilegible en la fuente] predecesor. ¿Llevará a alguna parte esta vez?

Pentecostés (Pentecost)

Al margen: Reflexiones sobre el tiempo, propias para iniciar una conversación en inglés.

Hoy se cumple tres veces la media semana lunar
desde que tú, indignado, me oíste hablar
indignado. ¡Entonces parecía yo estar
tan lejos del cristianismo!
Ahora, otras celebraciones convienen
a la estación, otro canto revoloteará
respondiendo a otra melodía.
La sombra de septiembre cae sobre junio,
pero el día más oscuro del sombrío noviembre
lo ilumina el sol de mayo.

Al margen: Autobiografía [del] bardo. Lehrjahre.

He aquí cómo obtuve un saber mejor.
¡No hay camino tan largo que no tenga una vuelta!
Loco como un Urning acosado por mujeres,
el aleteófilo[24] perseguido por la mentira:
las fauces de la Hechicería tragan al principiante;
en el molino del Dolor los neófitos son grano;
los discípulos sufren en el potro.
Cinco años busqué: yerro y me falta;
la agonía acosa; [lectura dudosa en la fuente: «lagoan twist»];
me consumo y lucho y adelgazo,
y llego a odiar la vista de la cena.

Con sed sagrada, yo, hidrópico del alma,
leí a Levi y el críptico copto;
con ANET' HER-K UAA EN RA,
ארפמ אתועינצד [hebreo de lectura dudosa en la fuente]
mientras el buen MacGregor (que nos enseñaba con largueza)
nos mandaba investigar a Cornelio
Agrippa y las negras hechicerías
del torvo Honorio y de Abramelin;
mientras, fértiles como el desove abundante
del salmón en salmuera o del espinoso,
llegaban antiguos rituales; ¡zas!, ¡zas!,
de la Rosa Cruz y de la Golden Dawn.

Al margen: Wanderjahre.

Viví, como Elías, en el monte Carmelo:
todo no me dio nada. Volví a resbalar
al sentido común, como manda la razón,
y «de ahí», amigo mío, «las Pirámides».

Al margen: Mi Mahatma. ¿Qué tal Kut Humi?

Al fin conocí a un maníaco
de ojos mansos llenos de amor, y cabellos
blanqueados en esas soledades salvajes
donde halló la sabiduría, y largas manos
suaves, de oliva pálido contra el ámbar
y el oro de la arena. Al verlo, lo reconocí;
más rápido que la luz me lancé, corrí hacia él,
y a sus santos pies postré
mi cabeza; luego, saciado todo mi ser

de amor, exclamé: «¡Maestro! Debo saber.
Amar ya puedo». Así sea.
El sabio me saludó: [ilegible en la fuente: texto en escritura india]. ¡Oh, qué sabio
[ilegible en la fuente] debió de ser el abuelo,
[ilegible en la fuente] ¡Bobbie!
[ilegible en la fuente]
[ilegible en la fuente] dije:
«¡Estoy dispuesto a trabajar por toda la eternidad,
Vuestra Santidad el Gurú Swami!»[25] Así
estudié con él hasta que me dijo [ilegible en la fuente].
Me enseñó el abecé del Yoga:
pregunté [ilegible en la fuente: texto en escritura india].
En postura extraña y dolorosa
me sentaba, mientras él era muy grosero.
Con los ojos bien fijos en mi probóscide,
pronto absorbí la Gnosis del Yogui.
Me enseñó a esquivar los vicios,
el vals mareante, el aria melodiosa,
esos enemigos fatales del Brahmacharya;
y dijo: «¡Qué suave y agradable es
la suerte de rebanar la verdad en tajadas,
y la ocasión de picar en trozos las crisis cósmicas!».

Al margen: El atolladero filosófico. Consejo práctico.

Me enseñó la A, me enseñó la B,
me quitó el tabaco y el té.
Me enseñó la Y, me enseñó la Z,
hizo ruidos extraños en mi cabeza.

Me enseñó aquello, me enseñó esto,
habló de conocimiento, de vida y de dicha.
Me enseñó esto, me enseñó aquello,
me hizo crecer mangos en su sombrero.
Le llevé grano: hizo de él buena molienda;
¡y aquí tienes, mi amigo cristiano, la esencia de ello!

Primero, he aquí la desesperación de la filosofía,
el desprecio cínico de sí. Pienso
a veces que la búsqueda no vale la inquietud,
y me apresuro a volver a la tierra,
cierro los ojos del espíritu, o les mando parpadear,
vuelvo al raro consejo de Swinburne,
besando al universo su vara,
como él canta: «Pues esto es Dios;
sé hombre con poderío, en todo caso,
creciendo derecho en fuerza de espíritu
y viviendo la vida como luz».
Así lo declara Swinburne sublimemente,
y tiene razón sin duda alguna.
Así pues, soy poeta o rimador;
montañero o escalador de montañas.
Basta de la cartilla vital de Crowley.
La vida interior del alma y del corazón
es cosa oculta, aparte:
pero su oficio o su kismet,
tanto como eso has conocido de él.

Al margen: Consejo al amigo gordo del poeta.

Así que: tú sé carnicero; tú, panadero;
tú, Hermano de Plymouth, y tú, cuáquero;
tú, saltimbanqui; tú, corsetero;
mientras que a ti, mi gran belleza (Chicago empaqueta cerdo),
te enseñaré el truco para ser la gallina que manda en el corral.
¡Chilla una canción de music-hall con doble ong-tong!
¡Baila un vivo cancán en París o en Boulogne!
O la danza de Argel (prueba tu estómago en eso):
es muy de tu estilo, y te bajaría la grasa.
Tienes una voz muy fina, ¡si pudieras dominarla!,
y un anillo de esmeralda, ¡y sé dónde lo robaste!
Pero, por Dios, deja de intentar a Brünnhilde;
¡prueba de cocinera de pensión, o de Matilda de verdulero!
Aún eres joven, apenas cuarenta; esperemos que a los
sesenta
seas más cantante y menos ramera.

Al margen: Vive tu [ilegible en la fuente]. Su carácter.

¡Cada cual a su oficio! ¡vive tu vida!
¡Acaricia a tu hijo y besa a tu mujer!
No confíes, no temas, navega derecho y fuerte;
no te preocupes, y sigue adelante sin más.

Al margen: Su sinceridad religiosa. Relaciones del poeta [con] los culíes baltíes y el Dios egipcio de [ilegible en la fuente] despedido con una broma.

Solía envidiar a todos mis culíes baltíes
en una especie inversa de histeria religiosa,
aunque cada uno de ellos sea un perfecto tonto,

a juzgar por criterios filosóficos,
mi señor Arzobispo. El nombre de Winchester,
Harrow o Eton no los mueve dos pulgadas.
No conocen Trinity, Merton ni Christchurch;
adoran, pero no en tu Iglesia de bancos del fondo a precio alto.
Los he visto a veinte mil pies,
sobre el hielo, en una tormenta de nieve, al caer la noche, repetir
sus plegarias: ¿hará Vuestra Ilustrísima otro tanto por sus Tres
como ellos por su Uno? Yo lo he visto; ¡ojalá lo veas tú!
Duermen y no saben qué es una estera;
parecen disfrutar de sus chapatis fríos;[26]
son sanos, fuertes, y algunos son viejos.
El frío les importa un bledo,
se portan como niños, confían en Alá
(¡moscas en el salón de la araña Mahoma!).
Tal vez no piensan: al menos se atreven
a vivir sus vidas, y poca inquietud
preocupa sus almas; peores tontos parecen
que aun los cristianos. ¿Sueño?
Sondeando la filosofía hasta el tuétano,
¿qué pensamiento dispara su flecha envenenada
sino este (mi sabiduría, aun para mí,
parece locura): ¿será su locura
la Verdadera Sabiduría? ¡Oh estimado Tahuti!
¡Eres, eres, eres una belleza!
Si tras todos estos años de adoración
saludas a Ra su barca o a Nuit su nave
y zarpas («las aguas salvajes yendo
¡sobre tu hijo! El que quedó lamentándose»

(Campbell)), la cabeza de Ibis, poco apta
para sonreír, quizá, hace sin embargo lo posible
por mostrar su fuerte aprecio
del humor de la situación;
en suma, ¡despídeme, abucheado y escarnecido,
a mí, que creí lucir la cimera de Roldán,
ensillado, espoleado y calzado de sabiduría,
(como yo a mi Jesús) con una broma!

Al margen: Lentitud de la Justicia Divina.

Así que aquí va mi tributo (¡uno bien bueno y bien fuerte!)
al eunuco, al maniático, al tonto y al torcido.
Es divertido cuando dices: «Por un camino misterioso
se mueve Dios para montar sus trucos de Maskelyne.
Trota sobre las mareas, cabalga sobre la tempestad
(como Cosmo); y en cuanto a su paso, pensamos
¡que Aquiles nunca podría alcanzar a esa tortuga!».

Al margen: El poeta se embolsa las Apuestas de la Piedad.

Nada de apuestas arriesgadas, sino muy «¿Quién es Griffiths?».[27] ¡Nada de pozo!
¡Doblo la ciega, a mi edad! En himnos soy apuesta segura;
en Sankey, tu cazo bien puede llamarme olla tiznada.
Aquí va diamante por coque, y perla rosa por pálido coral.
Aunque sus molinos muelan despacio (¿qué dice el viejo himno?
¡Melodía, Limerick! ¿Autor? Mi memoria es confusa).
El grano dijo: «¡Holgazán!».
El molino: «Ya puedes tironear fuerte»
(o arrastrar fuerte, o empujar fuerte;

olvido la rima
exacta; eso es un hecho)
«si quiero moler despacio, lo haré».

Al margen: Himno nacional de Natal.

¡Rara vez se logra arrastrar una fábula más pintoresca
desde su guarida en el... fumadero o el establo!
Ya ves (vide supra) que he puesto a prueba una tonelada
de tolerancia, de amplitud. ¡Apruébame, amigo Chesterton!

Al margen: Pero toda esta charla es indigestión. Ahora, a la salud.

Basta de esto, cuando el río lácteo de la filosofía
se agria por una pizca de bilis en el hígado.
Pero ahora, a la leche sana y suculenta
de la verdad: ¡ojalá se deslice tan suave como la seda!

Al margen: Razones para emprender la tarea.

«¡Qué difícil es ser
un Yogui!» Que nuestros espíritus vean
al menos qué necesidad primordial del pensamiento
ha traído este fin a su carrera:
por qué, en una palabra, busco obtener
un conocimiento distinto. ¿Por qué conservar
la cáscara de la carne, y sin embargo buscar merecer
el influjo del Espíritu Santo?
¿Y, raudo como los caddies palmean y coronan
un tee, ganar el gran premio que todos los mortales arrebatan,
la heroica recompensa de Srotapatti?

Al margen: Nuestro método lógico. Clara demostración de la erudición del Poeta.

Con mente serena y filosófica,
sin miedos, sin esperanzas, sin devociones ciegas
que estorben, plantearemos con sobriedad
el problema, e investigaremos
con ánimo puramente científico
la pura Ananke de la mente,
un temple que nuestro acero ha de hallar
por el cual esos clavos de bronce, sometidos,
contra los postes de nuestra puerta resuenen
en vano. Examinaremos, para ser claros,
con el prisma intelectual de la lógica
el Silogismo espiritual.

Al margen: Sean o no distintos lo Divino y lo material, investiguemos las necesidades fundamentales del pensamiento.

Sabemos que lo que los necios (solo ellos) llaman
Divino y Sobrenatural
y lo que nombran material
son en realidad uno, no dos; la línea
con que dividen y definen
es una especie de prueba sombría;
un lusus verbal en el mejor de los casos,
en el peor, una mentira perversa urdida
para atar los pensamientos de los hombres; pero debemos trabajar
con nuestros propios instrumentos, y no rehuir
desechar lo que antes estimábamos,

si lo vemos discrepar
de la necesidad primogénita.

Al margen: Impermanencia del alma.

Vengo a decirte por qué rehúyo
la vista de los hombres, la vida y la diversión
que sabes que puedo disfrutar tan bien,
la Naturaleza que amo como nadie
(creo) antes de mí amó jamás.
Sabes que desprecio el miedo al Infierno,
impasible ante la adoración y todo lo demás.
Sabes que para mí el alma no es nada
salvo un mero fantasma en el pensamiento,
y ese pensamiento mismo impermanente,
salvo como elemento casual
que con otro semejante puede combinarse
para formar ya agua, ya vino;
el elemento mismo puede ser
inmutable por toda la eternidad,
pero los compuestos fluctúan siempre
con el tiempo o el espacio o diversos estados.
(¡Si no, pregunta a los químicos!) Así que debo sostener
que espíritu y materia son lo mismo,
o bien presa de la putrefacción.
Esto importa a la acción presente
poco o nada.

Al margen: Recapitulación de las principales teorías cósmicas.

¡Aquí tienes tus teorías!
Piensa si quieres: ¡a mí me cansa!
Poco importa que nosotros
con Fichte y los brahmanes prediquemos
que el Ego-Atman solo debe ser;
con Schelling y el Buda admitamos
que solo los Skandhas del No-Ego existen;
con Hegel y... el cristiano, enseñemos
aquello que completa, incluye, absorbe
ambos poderosos orbes inmóviles
en una sola idea maestra, sin amo,
que informa la conciencia:
todas las diferencias como estas, en verdad,
son juego de ajedrez, prestidigitación. «¡Prosigue!»

Al margen: El bardo se da jaque mate a sí mismo.

¡No! Volveré atrás. La exposición
de arriba tiene sus puntos. Pero la simple fisión
ha reproducido una dicha distinta,
¡al fin una heterogénesis!
La metafísica de estos versos
es perfectamente absurda. Mi maldición es:
no bien formulo mi pensamiento
en una palabra de hierro, percibo
que eso mismo es absurdo
(Tannhäuser). Así que, para esto, señor, ¡vaya!,
¡tu metafísica en tus dientes!
Confer A. Crowley, «Berashith».

Al margen: La conciencia y el cristianismo.

¡Pero escucha! El cristiano es dualista;
tal visión nos dice nuestra
conciencia normal. Te citaré ahora, si quieres,
a Tennyson. No es gran cosa;
(sáltalo y será aún menos)
dice: «No soy lo que veo,
y soy otro que las cosas que toco».[28]
¡Qué lúcido es nuestro Alfred T.!

Al margen: El Dhyana y el hinduismo; el Sammasamadhi y el budismo.

El hindú, advaitista,
tacha a Maya de la lista;
cree en uno: exactamente así,
¡la conciencia del Dhyana, ya sabes!
¿No podrá ser que un paso más allá
«sea el Buda en su loto gritando asesinato»?
El Nibbana es el estado por encima de ustedes,
cristianos, y de esos hindúes (¡Dios los bendiga!),
donde la Nada se percibe como tal.
Este pensamiento ingenioso me agrada mucho.

Al margen: El bardo está satisfecho de sí mismo.

Pero si das Essen ist das Nichts…
¡Ja! ¡La ventana de Hegel! ¡Luces Antiguas!
Y dos es uno y uno es dos…

Al margen: El interlocutor del poeta manifiesta una irritación natural.

«¡Basta de esta tontería! ¡Sigue, vamos!»
¡Bien recuerdas mis pensamientos errantes!
Enfoco el perfecto prisma de la lógica:
¡he aquí el silogismo que informa!

Al margen: Sabbe pi dukkham![29]

La premisa mayor. La vida, en el mejor de los casos,
no es más que una broma lamentable;
en el peor, un juego de demonios toscos
que se burlan del alma condenada de antemano al dolor.
En todo caso, su curso debe recorrer
miserias incontables de cambio.
Hasta aquí, no más, ¡gentil joven!,
puede ver la mente. Tanto, no más.
Así corre la llana premisa mayor;
idéntica a la Noble verdad,
¡la primera de las Cuatro Nobles del Buda!

Al margen: Más allá del pensamiento, [ilegible en la fuente]. Visión de la Imagen Visible del Alma de la Naturaleza, cuyo Nombre es Fatalidad.

La premisa menor. Deploro
estas limitaciones de la mente.
Fuerzo los ojos hasta quedar ciego,
y no puedo atravesar el velo terrible
que oculta la causa primera del ser.
Con todo respeto al Buda, que huye
del problema espantoso con la frase
«Quien responde, como quien pregunta, ha errado»,

debo insistir decididamente
en preguntar por qué existen estas cosas.
Mi mente se niega a admitir
que el Todo-Poder pueda ser toda Maldad.
¡No! ¡pero puede serlo! ¿Qué sombras revolotean
por el velo terrible de niebla?
¿Qué pensamientos invaden, insultan, imprimen?
Llega un relámpago de mi ingenio
y ve que ni el bien ni el mal se aplican
a la tarea, al mal de la creación,
sino una mera ley sin voluntad,
la Nada resuelta en algo, digno
fantasma de torpe estupidez,
y el esfuerzo sin fin de la evolución
para tejer toda la inanidad
de allí: ¡tal oscuro artificio veo!
Ni arrullo mi alma en la caricia
del «Maya lo modeló» del Buda.

Al margen: Futilidad de todas las investigaciones de lo [ilegible en la fuente].

Mi mente parece dispuesta a asentir;
pero aún me inquietan mis sentidos.
Ni puedo ver qué clase de ganancia
halla Dios en este crear dolor;
ni me ayudan aquí los Vedas.
¿Por qué habría de cesar el Paramatma
de su eternidad de paz,
desarrollar este repugnante y lúgubre

sistema de estrellas, para reunir de nuevo,
involucionando, todo el reino del dolor,
tiempo, espacio, en esa calma eterna?
El Bálsamo Himalayo de Blavatsky
no nos ayuda en nada: si para mejorar
así la Toda-luz, la Toda-vida, el Todo-amor,
con la mirra y la hiel de la evolución,
entonces no habría sido el Todo.
Así todas las concepciones fallan y caen.

Al margen: ¿La Fe, nuestra única alternativa a la Desesperación? Así lo dice Mansel.

Pero mira el artículo de la Enciclopedia
sobre «Metafísica»; ¡no pierdas ni una partícula
de pensamiento! ¿Cómo concluye el valiente B.D.
al resumir la Ontología?
«Esta charla de lo "Real" es un espectro.
Nuestras mentes se pierden en guerra de palabras;
todo el asunto es completamente absurdo:
¡he aquí los justos derechos de la Fe!»
(No rima, para ti, tan pulcramente;
pero ese es el sentido, por completo.)

Al margen: La posición advaitista.

No me siento inclinado,
a pesar de mi mente irreverente,
a pasar tan a la ligera por los sistemas
de Fichte, Schelling, Hegel (uno,
aunque pequeña la aparente unanimidad),

como si fueran meros sueños de borracho;
pues la primera palabra aquí en la India,
de Coromandel a Cachemira,
dice lo mismo que dijeron esos alemanes:
«¡Ekam Advaita!», ¡uno, no dos!
Así Oriente y Occidente, de la A a la Z,
concuerdan. ¡Ay! ¿no concuerdas tú?
(No importa nada: tú, lo veo,
no eres más que un modo de mi propia mente.)

Al margen: Las funciones superiores de la mente.

En cuanto llega el razonamiento normal,
debo admitir que mis conceptos se cierran
exactamente donde mi digno amigo,
el gran Mansel, dice que deben terminar.
Pero he aquí todo el asunto en una palabra:
¡el Olimpo en una cáscara de nuez! Tengo
una facultad superior
al razonamiento, que vuelve absurdo,
impensable y además perverso,
¡mucho de lo que sé que es verdad!
En suma, la mente es capaz,
además del mero raciocinio,
de otras veinte cosas también,
¡la primera de las cuales es la concentración!

Al margen: ¿Se hace la verdad aparente al instante? [ilegible en la fuente] razón.

Aquí la mayoría de los filósofos concuerdan;
sostienen que la verdad debe proponerse
explicar de una vez toda agonía
de duda, hacer comprender a la gente
como por un relámpago, resolver la duda
y volver del revés toda la Naturaleza:
y, si tal potencia de poderío
tiene la Verdad, una vez enunciada bien la verdad,
¿de dónde vino la necesidad de todas esas páginas,
millones juntas, de poderosos sabios
a quienes el menor obstáculo enfurece?
¿Condenar al místico si prueba
que el pensar vale menos que el amor?
Bien, ¡que prueben sus diversos planes!
¿Resuelven esa duda del hombre?
¿Cuántos son hegelianos?
Esto, aunque lo tengo por verdadero en su mayor parte.
Pero ¿enseñar a otros esa misma visión?
Sin duda los largos años desarrollan la razón.

Al margen: Pero los resultados de la concentración [ilegible en la fuente].

Tras largos años, también, a su tiempo,
¡florece la flor de medianoche de la Concentración!
Tras mucha práctica con este fin
obtengo al fin el poder tan buscado
(que tú crees tener en esta hora,
¡pero que ciertamente no tienes, amigo mío!)
de mantener la mente fija en una

sola cosa a la vez: digamos, el Sol.
Lo obtengo (¡Reverencia a Ganesh!)
y en ese instante comprendo
(los tiempos pasado y futuro se desvanecen)
lo que comprende Fichte. La división,
el pensamiento, la sabiduría, se desprenden. Veo
la identidad absoluta
del que contempla y de la visión.

Al margen: Algo de poesía.

Hay un lago[30] entre las nieves
donde cinco glaciares se funden y se quiebran.
¡Oh, el brillo profundo del lago!
¡El rugido del hielo que se agrieta y se va
estrellándose en el agua! Resplandece
el agua pálida y pura, tiembla y desliza
el sol centelleante por mareas de esmeralda,
de modo que tenues ondas de luz joven
ríen sobre el verde. ¿Hay una noche
tan quieta y fría, una helada tan glacial,
que todos los glaciares queden quietos?
Y sin embargo en su paz no hay helada.
¡Levántate!
Sobre los montes, firme álzate,
¡oh sol de gloria, en los cielos
solo, arriba, inmóvil! Graba
tu sigilo, tu poder irresistible,
¡la abundante inminencia de la luz!
¡Ah!

Oh, en el silencio, en lo oscuro,
en lo intangible, sin perfume,
en el augusto abismo, permanece y señala
la magnificencia de la mente asumida
en el esplendor del alma. ¡Aquí está la paz;
aquí la prenda de la liberación segura!
Aquí está el Espíritu del Mundo,
sin forma, que todo lo penetra, alzándose, desvaneciéndose
en una gloria más sutil aún.
Aquí la intensa morada de la Voluntad
cierra sus puertas, y en la sala
hay sueño solemne de festividad.
¡Paz! ¡Paz! ¡Silencio de paz!
¡Oh morada sin visión! ¡Cesa! ¡Cesa!
¡A través del velo oscuro, adelante! El velo
se rasga en dos, las estrellas palidecen,
los soles se desvanecen, la luna cae,
el coro del espíritu se detiene,
pero una nota se hincha. Almas poderosísimas
de bardo y de músico: rueda
sobre sus más altas coronas la rueda
de esa dicha permanente. La vida huye
por corredores de siglos,
columna tras columna, y se pierde.
Vida tras vida, en súplica salvaje,
clama al maestro; él permanece
y no piensa.
Las mareas contaminantes
de los sentidos ruedan hacia la orilla. Llanuras áridas

de mar barrido por las olas me enfrentan. ¡No!
Aún asoma la gloria a través del gris,
y en las horas más oscuras de la juventud
percibo todavía la verdad esencial,
conocida como conozco mi conciencia:
que todas las huestes de la división confiesan
un amo, pues conozco y veo
la identidad absoluta
del que contempla y de la visión.

Al margen: El hecho reemplaza al folclore; el cristiano se ríe por lo bajo. Que tenga cuidado, pues hablo con sutileza.

¡Qué fácil es excitar la burla
en la mente del hombre! Pues, necio, creo
que soy tan listo como tú,
al menos tan diestro para despertar al duende
de la broma y la mofa en un guiño.
Puedo despachar con desprecios tan baratos
como los tuyos esta fábrica mía,
un estandarte de mi mente derribado
justo a mi voluntad. ¡Qué verdadero y profundo
es Carroll cuando su Alicia exclama:
«¡No es más que un mazo de naipes!»!
Ahí está el verdadero refugio del sabio:
derribar a los guardias del templo,
negar la realidad.
Y ahora
(te citaré la Escritura de todos modos)
¿qué quiso decir el Sabio cuando escribió

(soy el Diablo cuando cito)
«El hombre de mente meramente terrenal
no conoce las Cosas de Dios, ni puede
entender su sutil significado»?
Un sabio, digo, aunque menciona
quizá el mejor de sus inventos,
Dios.

Al margen: Resultados de la práctica. El poeta lo abandona todo para hallar la Verdad.

Pues, al principio, esta práctica conduce
a pensamientos santos (las obras santas
preceden al éxito) y a la mirada reverente
hacia el Anciano de Días,
más allá del cual imagina uno que yace la Verdad.
Para hallarla he dejado mi juventud,
todo lo que amaba, y me siento solo,
meditando inmóvil en mi trono
de hierba Kusha, y cuento mis cuentas,
murmuro mi mantra, hasta que retrocede
el mundo de los sentidos y del pensamiento; me hundo…
¿hasta el borde vertiginoso de qué abismo?
¡Y caigo! ¡Y he dejado de pensar!
Es decir, he vencido y aquietado
los poderes inferiores de la mente por la Voluntad total.

Al margen: La Nada. La Apoteosis del Realismo y [ilegible en la fuente].

Puede ser que la pura Nada no alcance
del todo a calmar las necesidades del pensamiento;
pero ¿quién puede decirme si la Nada,
sin probar, servirá o no servirá?

Al margen: Gayatri.

¡Aum! Meditemos rectamente
en esa adorable Luz Una,
¡la divina Savitri! ¡Así Ella
ilumine nuestras mentes! ¡Así sea!

Al margen: ¿Es «The Soul of Osiris» un himnario? [ilegible en la fuente] himnario [ilegible en la fuente]. Plegaria.

Hallo que algunos me creen (por ejemplo)
tan grande necio que repudio
el odio de Jehová por vergüenza
de que el hombre hoy no se haya destetado
de adorar a tan inmundo demonio
en presencia del Sol vivo,
y sin embargo lo reemplazo, aceitado y limpio,
con el Panteón egipcio,
la misma cosa con otro nombre.
Así, cuando hace poco los Dioses egipcios
evocaron períodos extáticos
en versos míos, creíste que yo alababa
o adoraba a esos Dioses: me quedo asombrado.
Yo solo quería cantar en verso
algunos aspectos del Universo,
resumí estas fuerzas sutiles con finura,

y canté de ellas (creo que divinamente)
en nombre y forma: una falta, quizá;
¡los críticos son unos tipos tan graciosos!
Creo que la gente común,
sin embargo, entendió las cosas que dije.
¡Pues los Dioses, y los demonios también, lo veo,
no son más que modos de mi propia mente!
¡El poeta necesita entusiasmo!
Hacer versos es una especie de espasmo,
degeneración de la mente,
y cosas de ese desagradable tipo.
Así que a las leyes que obedecen todos los bardos
me inclino, y busco a mi manera
exponer lo real por medio de cosas falsas.
Pero nunca pienses que apelaré
a los Dioses. ¿Qué locura puede compararse
con una estupidez como la plegaria?

Al margen: Maravillosa respuesta a una plegaria.

Hace algunos años pensé probar
la plegaria: poner a prueba su eficacia.
Pescaba junto a un lago noruego.
«Oh Dios», recé, «por amor de Jesús,
¡concede a tu pobre siervo todo su deseo!
¡Por cada plegaria haz salir un pez!»
Nueve veces subió la plegaria por el tubo,
¡y ocho veces... qué trucha tremenda!
(Esta es la única historia de pesca verdadera
que jamás oí: ¡den gloria a Dios!)

La cosa parece cruel ahora, desde luego.
¡Aun así, es un gran caso de la fuerza de Dios!

Al margen: La plegaria y los promedios.

Pero, cristianos modernos, ¿se atreven
con prudencia común a comparar
la eficacia de la plegaria?
¿Quién de los sabios cristianos afirmará
que la plegaria puede alterar los promedios?
El caso individual permite
que opere algo de azar, y así
destruye del todo su valor para nosotros.
Por eso frunzo el ceño
y pienso, y no hallo cosa que decir
o hacer tan necia como rezar.
Basta de este asunto absurdo
de la validez de la plegaria.

Al margen: ¿Se deben los resultados de la meditación a la autohipnosis?

¡Pero volvamos! Dirijamos otra vez
nuestras mentes a la superconciencia.
Me cansas con pruebas de sobra
de que todo esto de la meditación
es autohipnosis. ¡Sea así!
¿Supones que no lo sabía?
Aun así, para ser exacto, me temo
que los síntomas son del todo extraños.
Si yo fuera duro, dejaría claro

que la crítica debe disponer
una explicación distinta
para este acontecimiento particular.
Aunque bien puedo hallar curioso
que hables de autohipnosis,
cuando tu propia fe está tan cerca
de una experiencia semejante;
yace, en una palabra, por debajo de la sospecha
para el sentido común ordinario
y el desgaste del esmeril de la lógica.
Tomo, sin embargo, como antes,
tus propias opiniones, y exijo
alguna prueba con la que entender
la charla del piano de Huxley,[31] y hallar
si mi hipnosis no puede apuntarse
un tanto contra la mente normal.
(Como te place llamarla, ¡sin embargo!
Deduzco que no lo sabes;
meramente lo infieres.)
¡He aquí una prueba!

Al margen: Una prueba. La concentración del artista en su [ilegible en la fuente].

¿Cuál es, en toda tu vida, el mejor
de todos tus recuerdos? Dicen
que pintas (creo que deberías un día
llevarme a ver tu Estudio):
dime, cuando todo tu trabajo sale bien,
pintado a la medida de alguna luz interior,

¡qué sabes del mundo exterior!
Sin duda tu mejor trabajo siempre se halla
a sí mismo como único objeto de la mente.
En vano manejas el pincel, distraído
por algo que has oído o hecho.
¿Esperas a algún visitante tedioso?
Tu ojo corre furtivo a la puerta;
tu mano se niega a obedecer;
arrojas el pincel inútil.
¡Creo oír la Palabra que dices!

Al margen: El Yogui no es sino un [ilegible en la fuente] vigoroso [ilegible en la fuente] del poeta [ilegible en la fuente] suprimido por [ilegible en la fuente] filósofo por igual.

Practico, pues, con poder consciente,
vigilando mi mente, controlando cada pensamiento,
lanzándolo a la nada, mientras ruedan
los truenos tras la flor del relámpago,
destruyendo la pasión, el sentimiento, el pensamiento,
la práctica misma que tú has buscado
inconsciente, cuando mejor trabajas.
Llevo un paso firme más allá
que tú el sendero, y tú,
por todo mi esfuerzo, comentas: «¡Cierto!
Autohipnosis. ¡Muy pintoresco!».
Nadie me supone un Santo;
¡algunos Santos se inclinarían a la ira
picoteados con tal provocación!
Pero recuerdo y reflexiono

que la ira vuelve ciego a uno,
y descuidaría mi propio «Chittam».
Además, eres tú, y tú, lo veo,
no eres más que un modo de mi propia mente.

Al margen: No se discute la objetividad del universo.

Pero luego argumentas, y con sentido:
«Tengo esta digna evidencia
de que las cosas son reales, ya que interrumpo
el éxtasis de paz del pintor
y las hallo todas sin cambio». Hoy
no puedo apartar esa duda;
lleva a una discusión tediosa,
incierta, en el mejor de los casos:
a menos, en verdad, que invocara
la cuarta dimensión, despejara el humo
que la psicología aún deja. Esta cuestión
necesita una digestión más adecuada.

Al margen: Preferibilidad del estado de concentración sobre el normal.

Sin embargo, puedo responder que el universo
de la meditación sufre menos
la presión insufrible del tiempo
que el de la materia. ¡Adelante, verso menguado!
¡Débil marea de rima! Otro argumento
bloqueará el tren de blague con que pensabas
atropellarme. ¿Este mundo
o aquel? Dejemos la cuestión plegada.

Pero, sin duda (¡déjame acorralarte!),
¡desearías que el estado de ánimo del pintor fuese verdadero!
Dejar el mundo odioso, y ver
perecer a toda la Academia;
así quedarías saciado para siempre,
¡concentrado en tu propio cuadro!

Al margen: Cincuenta años de Europa valen [ilegible en la fuente].

Pero en cuanto a mí, tengo una prueba
mejor que la mejor de todas.
¡Respice finem! Juzga el fin;
¡el hombre, y no el niño, amigo mío!

Al margen: El método de Cristo. El poeta, un cristiano.

El primer éxtasis de Pentecostés
(ahora percibes el texto de mi sermón):
el primer salto hacia el Sol te arroja, ofuscado
por la gloria de su propia réplica,
de vuelta a tu mente. Pero cobrando fuerza
y nervio, llegas (¡ah, luz!) por fin
a morar un rato en la caricia
de esa extraña superconciencia.
Tras un solo recuerdo (¡oh, permanece!,
¡vívida Savitri de ojos de relámpago!)
nada vale un pensamiento a su lado.
¡Un indicio de Amrita para probar
y todo el vino de la tierra puede derramarse en vano!
Pues por este mismo medio obtuvo Cristo

su vislumbre de aquel mundo superior
que él denominó «Amor».
En verdad creo que el hombre lo alcanzó
por algún medio así (no he forzado
la mente por azar de sentido o de sexo
para hallar un camino menos de cerebro de hierro
que determine la dirección x);
no sé si estos métodos hindúes
son los mejores (no es cuestión de vida o muerte,
puesto que las almas sufrientes que salvar o condenar
nunca existieron). Así que caigo
confesando: ¡Bien, quizá soy
yo mismo un cristiano, después de todo!

Al margen: Con reservas. [ilegible en la fuente] Poncio Pilato como Magistrado de Surrey.

Hasta aquí al menos. Debo conceder
que Cristo sí alcanzó en todo hecho;
pero, siendo hombre iletrado,
no le tocaba sopesar ni escudriñar,
¡ni llamar a Dios estúpido o injusto!
Tomó el universo a crédito;
reconcilió el mundo de abajo
con el de arriba; hizo rodar la elocuencia,
con llantas de acero, sobre el «¿por qué?» y el «¿de dónde?» de la razón,
descartó toda justa proporción,
y tronó en nuestros oídos «Yo sé»,
y bramó en nuestros cerebros «vosotros debéis».

Al margen: Sentido místico de Pentecostés. La superconciencia es el don del Espíritu Santo.

Con tales reservas, me clasifico
como cristiano: pasemos
de vuelta al texto cuyo hilo perdimos,
y veamos qué significa este «Pentecostés».
Esto, pues, es lo que juzgo que ocurrió
(según la palabra de nuestro Salvador):
que todos los Santos en Pentecostés
recibieron el don, el Espíritu Santo;
tal don implicaba, según supongo,
esta misma superconciencia.
Los milagros siguen como una dote;
pero ¡ah!, usaron ese poder fatal
y perdieron el Espíritu en el acto.
Esto puede ser fantasía o un hecho;
al menos cuadra con el supersentido
o la «experiencia espiritual».

Al margen: El poeta no es materialista.

No haces bien en engrosar la lista
de cosas horribles que se me imputan
llamándome «materialista».

Al margen: Las ideas de Mahoma. Relato textual de la versión musulmana de la Anunciación.

Al menos este pensamiento conviene más
a las mentes occidentales que el que está embalsamado
entre las doctrinas de Mahoma,

el dogma partenogenético[32]
tal como me lo contó un asceta gordo.
Dijo: «Tus dignos amigos quizá te echen de menos últimamente,
¡pero aprende cómo María fue inmaculada!».
Me senté en vaga dicha expectante.
La historia, tal como corre, es esta
(¡cito a mi amigo oriental textualmente!):
la Virgen, yendo al baño,
halló a un joven en su camino,
¡y se volvió, dispuesta a regañarlo y reprenderlo!
«¿Cómo se atreve a abordarme?»
El bello joven caballero,
acercándose con perfecta cortesía,
se inclinó profundamente, y empezó al instante:
«¡No temas nada, María! ¡Todo está bien!
Soy el ángel Gabriel».
Ella desnudó su pecho derecho (¿por qué, me pregunto?);
el ángel Gabriel disparó
de un Tubo de plata un Dardo
que lanzó el Espíritu de Dios a su corazón.
¡Esto supera al ortodoxo Pretendiente-Paloma!
¿Qué explicación podría ser más graciosa
que Gabriel con una cerbatana?
En tal conflicto me mantengo neutral.

Al margen: Degradación de [ilegible en la fuente] de todas las formas de existencia.

Pero ¡oh!, ¡no confundas el oro con el peltre! [ilegible en la fuente]

El hecho llano es: materializa
el hecho espiritual que elijas,
y todo eso se vuelve locura: pierde
el esplendor sutil, y el sabio
amor y la querida dicha de la verdad. ¡Cuidado
no sea que tu risa lasciva tienda una trampa
a alguien! Así y solo así
admitiré una diferencia
entre el espíritu y las cosas de los sentidos.
¿Cuál es la disputa entre nosotros?
¿Por qué nuestros pensamientos traquetean tan ociosamente?
No me importa un ápice la materia,
ni un ápice el espíritu, mientras tú dices
que uno es puro éter, el otro pura arcilla.

Al margen: Consejo práctico.

He hablado demasiado: eres muy amable;
¡solo espero que hayas entendido!
Recuerda que la «conversión» no acecha
en ninguna parte detrás de mis palabras y mis obras.
¡Ve a casa y piensa! mi charla, refinada
a las meras necesidades de tu propia mente.
¿No puedes encerrar a Dios en el compás
del pensamiento humano? ¡Levántate y golpea, asno!
¡Que el pensamiento humano mismo se expanda!
¡Brillante Sol del Conocimiento, levántate en mí!
¡Guíame a esos cielos exaltados
a vivir y amar y entender!
Sin pagar precio, sin aceptar nada:

el Dador y el Don son uno
con el Receptor. ¡Oh tú, Sol
del pensamiento, de la dicha que trasciende el pensamiento,
levántate donde muere la división! Absorbe
en la gloria del orbe resplandeciente
al yo y su sombra.

Al margen: Los místicos cristianos no son verdaderos cristianos. ¿Qué pensáis de Crowley?

Ahora, ¿quién se atreve
a llamarme no cristiano? ¿Y a quién le importa?
Lee; hallarás que el Master de Balliol,
descartando a Berkeley, Locke y Paley,
retoma tales pensamientos y rotula claramente:
«¡Mi cristianismo está aquí!».
¿Quién halla falta en tal religión?
Espera, parece necio exaltar
la religión a alturas como estas,
refinar las agonías reales
hasta la nada, no sea que el místico se burle:
«¡Así la lógica curva su línea severa
de vuelta a mi curva involuta!».

Al margen: Su interlocutor, despedido no con una broma, sino con una advertencia.

Estos son mis pensamientos. No me desviaré.
Tómalos, y mira qué destinos merece
su ruda grandeza: ¿cielo o infierno?
¡Cuidado con la puerta oscura de ahí! ¡Adiós!

Al margen: El poeta bosteza.

¡Qué tediosa encuentro siempre
esa manera especial de mi mente!

Al margen: ¡Aum!

¡Aum! Meditemos rectamente
en esa adorable Luz Una,
¡la divina Savitri! ¡Así Ella
ilumine nuestras mentes! ¡Así sea!

Notas a «Día de la Ascensión» y «Pentecostés» (Notes to Ascension Day and Pentecost)

«El ciego Chesterton de seguro errará,
y escudriñará mi obra en vano;
yo soy mi propio intérprete,
y lo pondré en claro.»

Nota a la Introducción

1

William Shakespeare. Una apreciación. Por Aleister Crowley

Es una circunstancia lamentable que tantos cerebros colosales (W. H. Mallock, etc.) se hayan malgastado hasta ahora atacando lo que, después de todo, es un problema de mero interés académico: la autoría de las obras que nuestros padres aceptaron como de Shakespeare. A mí me parece de importancia inmediata y vital hacer por Shakespeare lo que Verrall ha hecho con tanta habilidad por Eurípides. El tercer tabernáculo debe llenarse; Shaw y «el Humano»[33] deben tener su compañero Sobrehumano. (Esto no es una escala: debe desaprobarse toda insinuación pitecantropoide.)

Hasta ahora (mientras escribo, el sol irrumpe de pronto de una nube, como anunciando el salto mortal literario del siglo veinte) nos hemos contentado con aceptar a Shakespeare como ortodoxo, de sentido común; moral en exceso, con ciertas inclinaciones rabelesianas: un tono sano (decimos) impregna su obra. ¡Jamás lo crean! El problema sexual es su Especialidad; una decadencia morbosa (así llamada) se esconde en el corazón de la rosa. En otras palabras, el divino William es el lucero del alba del amanecer de Ibsen y del fulgor de Bernard Shaw.

Los superficiales, los cínicos, los misántropos exigirán prueba de semejante afirmación. Sea nuestra desdeñosa indulgencia concederles lo que piden.

Permítaseme sentar como premisa que, mentalmente obsesionado, monomaníaco incluso, como debemos ahora considerar que fue Shakespeare en estos puntos, fue sin embargo lo bastante astuto para ocultar sus ideas avanzadas: una necesidad imperiosa, si consideramos la situación política y la máscara virginal bajo la cual la reina Bess escondía los rasgos grotescos y horribles de una Mesalina. Casi del todo, pues de no ser por este ocultamiento hasta nuestros eruditos shakespearianos habrían descubierto un hecho tan patente. En algunas obras, además, el poeta trata, por supuesto, temas menos peligrosos. Estas son verdaderamente convencionales, sin duda; podemos pasarlas por alto; son ajenas a nuestro propósito; pero tomaremos ese estupendo ejemplo de subterfugio literario: *El rey Lear*.

Permítaseme una digresión sobre la historia de mi propia conversión.

Silogísticamente: todos los grandes hombres (por ejemplo, Shaw) son agnósticos y subversores de la moral; Shakespeare fue un gran hombre; por lo tanto, Shakespeare fue un agnóstico y un subversor de la moral. A priori, pues, esto es seguro. Pero…

¿Quién mató a Rousseau?
Yo, dijo Huxley
(como Robinson Crusoe),
con argumentos certeros,
¡así maté a Rousseau!

¡Cuidado con el a priori! Busquemos nuestros hechos, guiados en la búsqueda por métodos a priori, sin duda; pero esta vez el resultado nos dará la razón.

¿Dónde escondería naturalmente un hombre su mayor tesoro? En su más perfecta cámara del tesoro. ¿Dónde buscaremos el pensamiento más verdadero de un gran poeta? En su más grande poema. ¿Cuál es la más grande obra de Shakespeare? *El rey Lear*.

En *El rey Lear*, pues, podemos esperar la declaración final de la mente del poeta. El pasaje que primero me puso sobre la pista del asombroso descubrimiento por el que el mundo tiene que agradecerme se halla en el Acto I, Escena ii, versos 132-149:

«Esta es la excelente necedad del mundo: que, cuando nos va mal en la fortuna (a menudo por el hartazgo de nuestra propia conducta), hacemos culpables de nuestros desastres al sol, a la luna y a las estrellas; como si fuéramos villanos por necesidad, necios por compulsión celeste, bribones, ladrones y traidores por predominio de las esferas, borrachos, mentirosos y adúlteros por

una obediencia forzada al influjo planetario; y todo aquello en que somos malos, por un empujón divino: ¡admirable evasiva del hombre putañero, cargar su disposición de chivo a la cuenta de una estrella! Mi padre se entendió con mi madre bajo la cola del dragón, y mi natividad fue bajo la Osa Mayor; de modo que se sigue que soy rudo y lascivo. ¡Voto a tal! Yo habría sido lo que soy aunque la estrella más virginal del firmamento hubiera centelleado sobre mi bastardía.»

Si hay un dictamen filosófico sólido en la obra, es este. (No voy a discutir con astrólogos en el siglo veinte.) Es uno que podemos poner a prueba. En cuestiones de moral y religión las opiniones cambian; pero si Shakespeare fue un guía del pensamiento, vio a través del embuste de los observadores de estrellas; si no, fue un necio crédulo; no el único hombre de su tiempo, no un «genio libertino» (pues Sir R. Burton con esta frase anticipó en cierto sentido mi descubrimiento), sino un mero isabelino.

¿Este, el más grande poeta de todos los tiempos? ¡Entonces debemos creer que Gloucester tenía razón, y que los eclipses causaron la caída de Lear! Observen que antes de esto Shakespeare ha lanzado una o dos pullas disimuladas contra la magia. En *El rey Juan*: «Mi señor, dicen que esta noche se vieron cinco lunas»; pero no hay ningún testigo ocular. Lo mismo en *Macbeth*. En una multitud de sugestiones espirituales está siempre, al lado, la explicación racional y sobria que desacredita la locura de lo sobrenatural.

Shakespeare es como su propio Touchstone: usa su locura como parapeto, y al amparo de ella dispara su ingenio.

Aquí, sin embargo, la máscara cae para cualquiera que no esté del todo embrutecido; el discurso de Edmund se alza ante todos los tiempos como verdad; reclama la aclamación de los siglos.

Edmund es, pues, el héroe; más aún, es el retrato que Shakespeare hace de sí mismo; sus caminos son oscuros (y, ¡ay!, sus trucos [ilegible en la fuente]), ¿y por qué? Por miedo al mundo convencional que lo rodea.

Es ilegítimo: Shakespeare no es hijo verdadero de aquella época, sino nacido en desafío de ella y de sus prejuicios.

Dado este paso importante, hagamos girar el resto de la obra para que encaje. Si encaja, la ley de probabilidad acude en nuestra ayuda; cada coincidencia multiplica la probabilidad de que estemos en lo cierto en proporción siempre creciente. Veremos (y pueden consultar a su Proctor) que, si las estrellas están colocadas así por azar y no por ley, entonces también puede ser posible que Shakespeare fuera el cardador de lana, patizambo, jorobado, beato, de yeso, estancado en el barro, que nuestros eruditos siempre han hecho de él.

Siendo Edmund el héroe, Regan y Goneril deben ser las heroínas. Tan parejas son sus virtudes y bellezas que nuestro poeta no logra decidir cuál lo poseerá; además de lo cual, desea remachar sus argumentos a favor de la poligamia.

Pero el gran tema de la obra es, por supuesto, el deber filial; sobre esto girará todo. He aquí una prueba: cada vez que se discuta esta cuestión, veamos quién habla el lenguaje del sentido y quién el de un emocionalismo desaliñado y un melodrama tibio.

En la primera escena las heroínas, a quienes no les importa el viejo necio de su padre (¿y cómo podría importarle a mujeres cuerdas? Recuerden que Shakespeare está aquí a punto de mostrar la locura del amor filial como tal), se sienten obligadas, por un acto de graciosa generosidad hacia un hombre al que desprecian y sin embargo compadecen, a decir lo que creen que complacerá la vanidad del chocho. Además, sin duda, el sano instinto comercial se vio tocado por la promesa de Lear de hacer variar los acres según las palabras, y resolvieron hacer un último esfuerzo para que, después de todo, las palabras les untaran de manteca algunas chirivías.

Shakespeare (es nuestro orgullo inglés) no fue ningún bardo melenudo y garabateador, autoproclamado tal, sino un hombre de negocios: véase la apreciación que de él hace como tal el obispo Blougram. ¿Supondremos que deliberadamente vilipendió en otro sus propias mejores cualidades?

¡Noten, además, la sencilla honestidad de las divinas hermanas! Otras, más sutiles, habrían sospechado una trampa, argumentando que una idiotez como la de Lear no podía ser genuina; Cordelia, la Madame Humbert de la obra, lo hace; su exceso de astucia la deja varada: sin embargo, mediante cierta viscosidad de disimulo, la untuosidad de la franqueza, el orgullo que remeda la humildad, sí atrapa al mejor rey disponible. Pero de poco le sirve. La ahorcan como la inmunda Vivien que es.[34]

La despedida de Cordelia a sus hermanas pone de relieve los caracteres de las tres. Cordelia, sin una pizca de prueba en que apoyarse, acusa a sus hermanas de hipocresía y crueldad. (Esto no podía haber existido antes, o Lear no habría sido engañado.)

Regan la reprende gravemente; le recomienda, por así decirlo, un curso de Seis Lecciones Fáciles de Ocuparse de Sus Propios Asuntos; y por cierto fue una insolencia sin igual de parte de una muchacha despedida sermonear a su hermana más favorecida precisamente sobre el punto por el cual ella misma estaba siendo castigada en ese momento. Es el despecho del disimulo frustrado contra la honestidad triunfante. Goneril agrega un consejo concreto. «Tú», le dice en sustancia, «que tanto parloteas del deber, cuida de mostrarlo a aquel a quien se lo debes». Que este consejo cae en saco roto lo deja claro el Acto V, Escena iii, donde el rey de Francia aprovecha la primera ocasión trivial[35] para librarse de la vil criatura con la que tan neciamente se había casado.

Cordelia se va, y las hermanas conversan entre sí. El suyo es el lenguaje de la tristeza serena ante la mente debilitada de un anciano; y a la vez una determinación de lo más justa de no permitir que la felicidad del pueblo inglés dependa de sus caprichos. Unas mujeres malas se habrían regocijado con el destierro de Kent, a quien ya sabían enemigo suyo; estas mujeres verdaderamente buenas lo lamentan: «Arranques tan inconstantes como este del destierro de Kent es probable que tengamos de él» (Acto I, Esc. i, ll. 304-5).

En la Escena ii se nos muestra a Edmund; se siente más hombre que Edgar: un hombre de cabeza clara, valiente, honorable; pero sin manías. La injusticia de su situación lo golpea; resuelve no someterse.[36]

Esta es la actitud de un hombre fuerte, y de un hombre justo. La primogenitura ya es bastante injusta; la otra vergüenza, de la que

él no tiene culpa, haría hervir la sangre de cualquier hombre libre.

Entra Gloucester, y se exhibe como un necio de concurso, gritando en frases inconexas lo que todo el mundo sabía. Grandes noticias son, desde luego, y al descubrir a Edmund no se le ocurre nada más sensato que pedir más: «¡Kent desterrado así! ¡Y Francia que parte encolerizado! ¡Y el rey que se fue esta noche! ¡Ha suscrito la renuncia a su poder! ¡Reducido a una pensión! ¡Todo esto hecho de golpe! Edmund, ¿qué hay? ¿Qué noticias?» (Acto I, Esc. ii, ll. 23-26).

Edmund «fuerza una carta» con el simple recurso de un apuro prodigioso por ocultar [ilegible en la fuente]. Gloucester da rienda suelta a sus futilidades astrológicas y cae en la ansiomanía en su forma más cruda: «Hemos visto lo mejor de nuestro tiempo: maquinaciones, falsedad, traición y todos los desórdenes ruinosos nos siguen sin descanso hasta nuestras tumbas» (Esc. ii, ll. 125-127).

Edmund, una vez libre de él, nos da el sentido común más llano que probablemente oigamos en el resto de nuestras vidas; luego, con el humor más gracioso del mundo, toma la pauta del absurdo de su padre y de hecho se la juega a su enemigo. A Edgar no se le toma el pelo tan fácilmente («¿Cuánto hace que eres sectario de la astronomía?», ll. 169, 170), y el héroe bastardo, alarmado, va derecho al grano.

En la Escena iii encontramos la demencia senil de Lear adoptando las formas particularmente repugnantes que conocen bien los alienistas; esta parte de mi tema es tan desagradable que

debo pasarla por encima; solo la menciono para mostrar cuán ansioso está Shakespeare por mostrar su sentido oculto, pues de otro modo su mente naturalmente delicada habría evitado la descripción de tales fenómenos.

Todo esto nos prepara para la Escena iv, en la que vislumbramos el modo en que habitualmente se comportan los acompañantes de Lear. Oswald, que trata a Lear en todo momento con perfecto respeto, y solo muestra una honesta independencia al negarse a obedecer a un hombre que no es su amo, es insultado en un lenguaje más digno de un barquero que de un rey; y cuando protesta en un lenguaje digno y mesurado, el rufián de Kent se le echa encima. ¿Van a quejarse las personas inglesas decentes cuando Goneril insiste en que esta clase de cosas no ocurra en una casa real? Ella lo hace, en un lenguaje noblemente indignado, pero contenido. [ilegible en la fuente] la rabia horrible e impotente de la senilidad, [ilegible en la fuente] (su propia hija) una bastarda (¡lo cual no es un insulto para ella, sino para él mismo o para su esposa, fíjense bien!).

Entra Albany, un hombre sencillo, de espíritu ordenado; no hay que confundirlo con Cornwall; al final es el perro de Lear; y sin embargo hasta él, con un habla decente y mesurada, se pone del lado de su esposa. ¿Se calma Lear? ¡No! Profiere la maldición más horrible, sin exceptuar la del conde Cenci, que jamás haya pronunciado un padre. Amenazas incoherentes suceden a los desbordes de la malicia espantosa de una mente bestial; pero cien caballeros son cien caballeros, y una amenaza es una amenaza. Goneril no habría cumplido su deber para consigo

misma ni para con su pueblo si hubiera permitido que este monstruo de manía siguiera adelante.

Apelo a la profesión médica; si un solo médico me responde que a un hombre que usa el lenguaje de Lear debería permitírsele el mando de cien rufianes armados [ante la conducta de Kent sabemos qué peso dar a la defensa de Lear: «¡Milano detestable! Mientes» (I. iv, l. 286)], o que debería permitírsele alguna vez estar fuera de un manicomio debidamente constituido, cederé el punto y me retiraré yo mismo a un asilo.

De hecho, Lear se está volviendo loco; su intelecto tambaleante, en ningún momento fuerte («Es la flaqueza de la edad; pero él siempre se ha conocido muy poco a sí mismo», I. i, ll. 296-7), queda completamente derribado por la bebida y el libertinaje: hasta él mismo lo ve, y con una bestialidad sin sentido del Bufón, digno compañero del... rey; y en esa palabra vemos todo el asco concentrado del verdadero Shakespeare por un despotismo, reunido en una sola llama lúgubre, horror fantasmagórico, mientras el sombrío Primer Acto se derrumba.

II

El Acto II, Esc. i, agrega poco nuevo a nuestra tesis, salvo que en la línea 80 vemos a Gloucester (¡que ignora la letra de su propio hijo!) aceptar la carta falsificada como auténtica, como prueba definitiva, sin siquiera la intervención de un Bertillon que excuse una necedad tan palpable, un crimen tan descomunal. ¿Qué padre de hoy desheredaría, perseguiría hasta la muerte, a un hijo amado, con semejante evidencia? ¿O hemos de entender que el eclipse dio prueba inconmovible de un fenómeno tan portentoso?

En la Escena ii tenemos otra muestra del comportamiento caballeresco de Kent; ¡que nuestros intérpretes convencionalistas defiendan esta prepotencia injustificable, si se atreven! Otro podría ser tan grosero, tan cobarde; ¡pero no nuestro máximo poeta! Buena parte de esta obra, como se mostrará más adelante, está dedicada a un ataque amargo contra la noción esencialmente inglesa de que el pugilista es el recurso supremo del Creador para promover la felicidad humana. (Véase *Cashel Byron's Profession* para un ataque similar, aunque más lógico y mejor redactado.) Un lenguaje grosero y violento sigue deshonrando al seguidor de Lear; solo Gloucester, el asno y villano desmedido de la Escena i, tiene una palabra que decir en su defensa.

En la Escena iii tenemos una muestra de la calidad de Edgar. Si este joven despreciable hubiera tenido la conciencia de su inocencia, o siquiera el coraje más común, sin duda habría afrontado su juicio. ¡No él! Hace el papel del cobarde, y su disfraz ni siquiera es decente.

En la Escena iv se nos muestra a las heroicas hermanas en su penosa tarea de contener, siempre con la máxima suavidad de palabra y de trato, las pasiones impetuosas del miserable rey. Lear, al principio tranquilo al exponer sus agravios imaginarios («Reg.: "Me alegro de ver a vuestra alteza." Lear: "Regan, creo que te alegras; sé qué razón tengo para creerlo: si no te alegraras, me divorciaría de la tumba de tu madre, por sepultar a una adúltera. (A Kent.) ¡Oh! ¿Estás libre? En otra ocasión hablaremos de eso. Amada Regan, tu hermana no vale nada: ¡oh, Regan! Ella ha atado aquí, como un buitre, la ingratitud de dientes afilados. (Señala su corazón.) Apenas puedo hablarte; no creerás con qué

cualidad depravada... ¡oh, Regan!" Reg.: "Os ruego, señor, que tengáis paciencia. Tengo esperanza"», ll. 130-139), un discurso excusable, ante el primer indicio de que no va a salirse con la suya en todo, se pone de nuevo a maldecir como la más vil ramera o el más vil pinche de cocina que Hamlet haya oído jamás.

He aquí a un hombre privado, con justa causa, de la mitad de una compañía inútil de servidores. ¿Es esta injusticia (aun si lo fuera) de tal clase que justifique las horribles maldiciones de las ll. 164-168: «¡Que todas las venganzas atesoradas del cielo caigan sobre su cabeza ingrata! ¡Herid sus huesos jóvenes, aires contagiosos, con la cojera! ¡Rayos veloces, lanzad vuestras llamas cegadoras a sus ojos desdeñosos!»? Con esto vuelve despreciable su edad por el patetismo baboso de las ll. 156-158: «Querida hija, confieso que soy viejo; la vejez es inútil: de rodillas te ruego (*Arrodillándose*) que te dignes concederme ropa, cama y alimento», pidiendo lo que nadie pensó nunca negarle.

Y sin embargo tal es la paciencia de Goneril que, aun cuando todo este insulto infame de pescadería la empuja a hablar, su reproche es el templado y modesto de las ll. 198-200: «¿Por qué no de la mano, señor? ¿En qué os he ofendido? No es ofensa todo lo que la indiscreción encuentra y la chochez llama así». Si buscamos un paralelo de tal mansedumbre bajo el insulto, la calumnia y el vil agravio, debemos buscar no una historia humana, sino una divina.

Las heroínas ven que no servirán las medias tintas, y Lear queda despojado de todo el séquito asesino (la escoria que son lo muestra el hecho de que ni uno de ellos desenvaina la espada por

él, ni siquiera lo sigue a la tormenta) al que se aferra su mal corazón; y sin embargo para él [ilegible en la fuente], a pesar de toda su repugnancia, su odio, su sed de venganza, está el gentil y amoroso «En cuanto a él en particular, lo recibiré con gusto» de Regan.

III

En el Acto III tenemos otra ilustración de la moral que corría en tiempos de los Tudor, y que solo un Shakespeare tuvo el coraje de atacar. Kent no se detiene ante la traición: se traga la traición de un solo bocado; cuela el mosquito de la disciplina y se traga el camello de la guerra civil.

Era entonces, y es aún hoy, la práctica de algunos (por ejemplo, los emigrados de la Revolución Francesa) invitar a la invasión extranjera como medio de asegurar la reacción interna. La canallada que esto implica está más allá de las palabras: quizá Shakespeare pensaba en la propuesta, bajo el reinado de María, de volver al romanismo con la ayuda de tropas españolas. Pero irá más lejos que esto, nuestro máximo poeta; mal estaría que la vida de un solo niño expiara la mera indignidad o incomodidad de otro, aunque este fuera el más grande del reino. Hoy todos estamos de acuerdo; sonreímos o nos burlamos si alguien opina distinto. «¡Al rey Lear lo agarró la lluvia: vamos a matar a un millón de hombres!» es un argumento no muy comprendido en los clubes radicales, y hasta los jingoístas se detendrían si tan solo tomaran la precaución de darse un laxante suave antes de dejar constancia de sus opiniones.

En las Escenas iii, vi y vii, Edmund, asqueado más allá de toda medida por las infamias de Gloucester, lo denuncia honorable y patrióticamente. Las otras escenas pintan las miserias que siguen a los necios y a los injustos; y Némesis cae sobre el malintencionado Gloucester. Y sin embargo Shakespeare aprecia tanto la virtud de la compasión (pues Shakespeare era, como espero probar algún día, un budista) que Cornwall, el instrumento algo cruel de la Justicia eterna, es muerto por su criado. Regan venga a su marido sin demora, y tengo pocas dudas de que este acto de cortesía excesiva hacia un hombre al que no amaba es la causa moral de su desdichado fin.

Quisiera señalar que no debemos intentar extraer ninguna opinión sobre el designio del autor a partir de la conversación del vulgo; aun si no tuviéramos a *Coriolano* para mostrarnos lo que pensaba.

IV

El Acto IV desarrolla la trama y tiene poco que ver con nuestro asunto, salvo que vislumbramos a la indeciblemente vil Cordelia, sin piedad por el grave estado de su padre (aunque sin duda él se merecía todo lo que le pasaba, ahora era inofensivo y debería haber inspirado compasión), colgándose de él con la esperanza de que ahora revocara su destierro y la hiciera (tras una victoria sangrienta) única heredera de la gran Inglaterra.

Y si quedara alguna duda en nuestras mentes sobre quién era realmente el héroe de la obra, la parcialidad de Francia debería zanjarla. Shakespeare nunca tiene para los franceses otra palabra que el ridículo; nunca otra cosa que elogio para Inglaterra y amor

por ella: ¿hemos de suponer que en su mejor obra ha de desmentir todo el resto de su trabajo e insultar a los ingleses en beneficio del francés ridiculizado y odiado?

Además, Cordelia hace la cuenta sin el huésped. Los bulldogs británicos dan cuenta rápidamente de los invasores y rebeldes, sin duda con la connivencia del rey de Francia, que con gran y loable agudeza prevé que Cordelia será ahorcada, lo que lo liberará de su «trato más inmundo»: hay una sola alarma, y toda la banda de canallas se rinde. Noten esto bien; no es por la fuerza bruta que se gana la batalla; pues aun si exoneramos al rey de Francia, podemos creer fácilmente que la fuerza moral de las hermanas intimidó a los franceses.

Esto es tanto más evidente cuanto que en el Acto V Shakespeare asesta su golpe final al absurdo del duelo, cuando Edmund es muerto deshonestamente por la bestia Edgar. Y sin embargo la fe del poeta sigue firme: por más que su musa esté tensada hacia la tragedia, conserva en Edmund el heroísmo sublime, la sencilla honestidad, del verdadero cristiano; ante la muerte de sus amadas amantes exclama:

«Estaba comprometido con las dos:
los tres nos casamos ahora en un instante...»

En el momento de la muerte su gran naturaleza (que se acusa a sí misma, como tan a menudo hacen las más nobles) se afirma, y perdona incluso a los más viles de la raza humana: «Jadeo por la vida: algún bien pienso hacer a pesar de mi propia naturaleza.[37] Enviad pronto, sed breves, al castillo; pues mi orden escrita es

contra la vida de Lear y de Cordelia. ¡No, enviad a tiempo!» (ll. 245-249).

Y en esa última hora suprema de agonía reclama a Regan como su esposa, como por casualidad; no es la afirmación apasionada de algo dudoso, sino la referencia natural a algo bien sabido e indiscutible.

Y en el momento de su desesperación, frente a los cadáveres de las espléndidas hermanas, el catafalco de todas sus esperanzas, puede exclamar en triunfo espiritual sobre el desastre material (la victoria del espíritu de un hombre verdadero sobre el Destino): «Y sin embargo Edmund fue amado».

Edgar queda vivo con Albany, únicos de toda aquella banda; y si el remordimiento pudiera tocar sus almas brutales y endurecidas (pues la degeneración del débil y bienintencionado Albany es una tragedia menor), qué infierno podría ser más [ilegible en la fuente] que arrastrar una existencia cancerosa en el mundo bestial de odio que sus corazones horribles habían hecho, ahora, aun para hombres mejores, para siempre oscuro y lóbrego, despojado de la gloria de la ardiente Goneril, la regia Regan, y apenas redimido en parte por la ausencia de la ramera Cordelia y del monstruo Lear.

V

Tal vez los censores, los parásitos agotados de un convencionalismo sombrío, objeten que he probado demasiado. Incluso según los criterios convencionales, Edmund, Goneril y Regan aparecen como ángeles. Incluso en el punto moral, las

hermanas, en lugar de establecerse en una poligamia ilustrada y de ningún modo superpoblada, prefieren recurrir al veneno. Esto es quizá cierto, al menos de Goneril; Regan es, si se puede distinguir entre estrella y estrella, un carácter algo más fino.

Esta crítica es quizá cierta en parte; pero no insultaré la inteligencia de mis lectores. Les dejaré a ellos dar el paso obvio y trabajar hacia atrás hasta la nueva exaltación de [ilegible en la fuente], Cordelia, Edgar y compañía, a los campos heroicos de su Elíseo de masilla (masilla, no Putney) en su recién demostrada condición de hijos, hijas, padres, etc., «desnaturalizados».

Pero lo dejo. Me doy por satisfecho (mi trabajo habrá estado bien hecho) si este ensayo insignificante es aceptado como una justa entrega hacia una crítica más sana de nuestros escritores más sagrados, una apreciación más justa de las glorias de nuestro máximo poeta, un intento quizá ingenuo pero sin duda histórico de colocar por primera vez a William Shakespeare en su debido pedestal como temprano discípulo del señor George Bernard Shaw; y, en consecuencia, de labrarme un pequeño nicho en el mismo templo: las más pequeñas contribuciones serán recibidas con gratitud.

Notas a «Día de la Ascensión» (Notes to Ascension Day)

1. Salí de la capilla de un portazo. Browning, *Christmas Eve*, III, último verso.

3. El Bosquecillo de Venus y la Tumba de Osiris. Crowley, *Tannhäuser*.

5. Dios. En hebreo, [hebreo ilegible en la fuente], Gén. iii, 5.

5. dioses. En hebreo, [hebreo ilegible en la fuente], Gén. [ilegible en la fuente].

Los Revisores, al ver esta yuxtaposición tan incómoda, han descendido todavía un escalón más y han traducido ambas palabras por «Dios». En otros pasajes, sin embargo, se han visto obligados a revelar su propia deshonestidad y a traducir [hebreo ilegible en la fuente] por «dioses».

Como prueba de esto el lector puede buscar pasajes como Éx. xviii, 11; Deut. xxxi, 7; Sal. [ilegible en la fuente] en particular, donde la palabra aparece dos veces, así como la palabra [hebreo ilegible en la fuente]. Pero los revisores emplean dos veces la palabra «Dios» y una vez la palabra «dioses». La Versión Autorizada tiene «poderoso» en un caso; Gén. xx, 13, donde de nuevo el verbo está en plural; Sam. xxviii, 13, y así sucesivamente.

Véase el *Diccionario hebreo* de Gesenius (trad. Tregelles), Bagster, 1859, s. v., como prueba de que el Autor va camino de la

verdadera interpretación de estos hechos contradictorios, tal como ahora está establecida (véanse Huxley, H. Spencer, Kuenen, Reuss, Lippert y otros), y los gruñidos furiosos de su traductor ortodoxo (entre corchetes) cuando sospecha en él esa tendencia a aceptar los hechos como hechos.

6. El alma descendió. *Las preguntas del rey Milinda*, 4-45, 48, 67, 86-89, 111, 132.

7. El metafísico de ojos de loto. Gautama Buddha.

10. Childe Roland. Browning, *Dramatic Romances*.

11. Doscientos mil Árboles. Browning escribió unos 200.000 versos.

13. Vuestra Reverencia. La imaginaria Tía Sally[38] para el coco poético.

16. «El recto uso que Dios le da.» «Y más de una anguila, aunque no era experta en la recta razón de Dios para ello, le estuvo royendo los riñones medio año». Shelley, *Peter Bell the Third*.

17. Un árbol. Noten el valor alterado de la metáfora; tal elasticidad ha llevado al profesor Blümengarten a conjeturar que se trata de árboles de caucho.

2[número ilegible en la fuente]. «La Verdad, eso es el oro.» *Two Poets of Croisic*, clii, 1, y en otras partes.

28. «Yo, tú o Simpkin.» *The Inn Album*, 143. «Simpkin» no tiene nada que ver con la uva espumosa del este de Francia.

36. Aischulos. Véase *Agamemnon* (traducción de Browning), Prefacio.

40. Aristobulus. Los pedantes quizá lo escandan de otro modo. Compárese la curiosa escansión de Swinburne: Aristóphanes. Pero la escansión aquí adoptada da una rima más honrosa.

[número ilegible en la fuente]. *[griego ilegible en la fuente]*. Aristófanes, *Bat*[ilegible en la fuente].

46. Mina de tantas libras, ¿embolsar siquiera [ilegible en la fuente] de ella? Este verso me lo sugirió un gran tenedor de acciones de Australia Occidental.

47. Algo más fácil. *Christmas Eve and Easter Day*.

51. Newton. Matemático y físico de cierta reputación.

5[número ilegible en la fuente]. Faraday. Véase el *Dictionary of National Biography*.

64. Yo, de los Modernos, soy el único que sabe griego. Hasta donde me dejaron. Sé algo.

[número ilegible en la fuente]. *Barba*. «150. A Barba Senioris Sanctissimi pendet omnis ornatus omnium: & influentia; nam omnia appellantur ab illa barba, Influentia.

»151. Hic est ornatus omnium ornatuum: Influentiae superiores & inferiores omnes respiciunt istam Influentiam.

»152. Ab ista influentia dependet vita omnium.

»153. Ab hac influentia dependent coeli & terra; pluviae beneplaciti; & alimenta omnium.

»154. Ab hac influentia venit providentia omnium. Ab hac influentia dependent omnes exercitus superiores & inferiores.

»155. Tredecim fontes olei magnificentiae boni, dependent a barba hujus influentiae gloriosae; & omnes emanant in Microprosopum.

»156. Ne dicas omnes; sed novem ex iis inveniuntur ad inflectenda judicia.

»157. Et quando haec influentia aequaliter pendet usque ad praecordia omnes Sanctitates Sanctitatum Sanctitatis ab illa dependent.

»158. In istam influentiam extenditur expansio aporrhoeae supernae, quae est caput omnium capitum: quod non cognoscitur nec perficitur, quodque non norunt nec superi, nec inferi: propterea omnia ab ista influentia dependent.

»159. In hanc barbam tria capita de quibus diximus, expandantur, & omnia consociantur in hac influentia, & inveniuntur in ea.

»160. Et propterea omnis ornatus ornatuum ab ista influentia dependent.

»161. Istae literae, quae dependent ab hoc Seniore, omnes pendent in ista barba, & consociantur in ista influentia.

»162. Et pendent in ea ad stabiliendas literas alteras.

»163. Nisi enim illae literae ascenderent in Seniorem, reliquae istae literae non stabilirentur.

»164. Et propterea dicit Moses cum opus esset: Tetragrammaton, Tetragrammaton bis: & ita ut accentus distinguat utrumque.

»165. Certe enim ab influentia omnia dependent.

»166. Ab ista influentia ad reverentiam adiguntur superna & inferna, & flectuntur coram ea.

»167. Beatus ille, qui ad hanc usque pertingit.»

Idra Suta, seu Synodus minor. Sectio VI.

[número ilegible en la fuente]. *Frente*. «496. Frons Cranii est frons ad visitandum: (Al. ad eradicandum) peccatores.

»497. Et cum ista frons detegitur tunc excitantur Domini Judiciorum, contra illos qui non erubescunt in operibus suis.

»498. Haec frons ruborem habet roseum. Sed illo tempore, cum frons Senioris erga hanc frontem detegitur, haec apparet alba ut nix.

»499. Et illa hora vocatur Tempus beneplaciti pro omnibus.

»500. In libro Dissertationis Scholae Raf Jebha Senis dicitur: Frons est receptaculum frontis Senioris. Sin minus, litera Cheth inter duas reliquas interponitur, juxta illud: (Num. xxiv. 17) [hebreo ilegible en la fuente] et confringet angulos Moab.

»501. Et alibi diximus, quod etiam vocetur [hebreo ilegible en la fuente], literis vicinis permutatis: id est, superatio.

»502. Multae autem sunt Superationes: ita ut Superatio alia elevata sit in locum alium: & aliae dentur Superationes quae extenduntur in totum corpus.

»503. Die Sabbathi autem tempore precum pomeridianarum, ne excitentur judicia, detegitur frons Senioris Sanctissimi.

»504. Et omnia judicia subiguntur; & quamvis extent, tamen non exercentur. (Al. et sedantur.)

»505. [ilegible en la fuente] hac fronte dependent viginti quatuor tribunalia, pro omnibus illis, qui protervi sunt in operibus.

»506. Sicut scriptum est: (Ps. [ilegible en la fuente]) Et dixerunt: quomodo sit Deus? Et estne scientia in excelso?

»507. At vero viginti saltem sunt: cur adduntur quatuor? nimirum respectu suppliciorum, tribunalium inferiorum, quae a supernis dependent.

»508. Remanent ergo viginti. Et propterea neminem supplicio capitali afficiunt, donec compleverit & ascenderit ad viginti annos; respectu viginti horum tribunalium.

»509. Sed in thesi nostra arcana docuimus, per ista respici viginti quatuor libros qui continentur in Lege.»

Idra Suta, seu Synodus minor. Sectio XIII.

[número ilegible en la fuente]. *Cadenas*. Sakkaya-ditthi, Vicikiccha, silabbata-paramasa, kama, patigha, ruparaga, aruparaga, mano, uddhacca, avi[ilegible en la fuente].

8[número ilegible en la fuente]. «Quien pregunta, yerra.» Arnold, *The Light of Asia*.

83. Tú. ¡Tú!

86. «Salta por encima de sí misma y cae del otro lado.» *Macbeth*, I, vii, 27.

92. Inglés. Este poema está escrito en inglés.

94. No sé escribir. Esto no es del todo cierto. Por ejemplo:

[estrofa en escritura tibetana, ilegible en la fuente]

Esto, la estrofa inicial de mi magistral poema sobre Ladak, dice: «El camino era largo y el viento era frío: el Lama estaba enfermo y entrado en años; su molinillo de oraciones, cuyo girar era su único placer, lo llevaba un discípulo, un huérfano».

Hay en esto una reminiscencia de alguna encarnación anterior: los críticos europeos quizá hasta puedan identificar el pasaje. Pero al menos los tibetanos deberían quedar complacidos.[39]

97. Mientras ataco a su Buddha. Muchos budistas piensan que cumplo con lo que se pide con las siguientes observaciones sobre...

Pansil

Por poco dispuesto que esté a socavar los cimientos de la religión budista introduciendo la terrible catapulta de Porfirio, la Alegoría, me veo sin embargo obligado a ello por la balista más temible de Aristóteles, el Dilema. Esta es la máquina de dos manos de la que habló el profeta Milton.[40]

Este es el cuerno del profeta Sedequías, y con él soy yo, aunque no sirio, completamente acorneado, hasta que me encuentro de espaldas contra el muro muerto del Dogma. Solo ahora, al darme cuenta de cuán muerto es ese muro, me vuelvo y pruebo el efecto de un pelo del perro que me mordió, hasta que la escuela budista ortodoxa «literaria»,[41] tal como se cultiva en Rangún, exclama

con Lear: «¡Cuánto más afilado que el diente de una serpiente es tener un intelecto!». ¿Cómo es esto? ¡Escuchen, y oigan!

Me encuentro ante el problema crucial: que yo, budista, convencido intelectual y filosóficamente de la verdad de la enseñanza de Gotama; un hombre para quien el budismo es el equivalente de los métodos científicos del Pensamiento; un experto en dialéctica, cuya facultad lógica queda desconcertada, cuya admiración crítica es arrancada por el sutil vigor del razonamiento budista; me veo sin embargo forzado a admitir que, siendo así, los Cinco Preceptos[42] son puro disparate. Si el Buddha habló científicamente, no popularmente, no retóricamente, entonces sus preceptos no son suyos. Debemos rechazarlos o debemos interpretarlos. Debemos preguntar: ¿están hechos para ser obedecidos? ¿O (y esta es mi teoría) son [ilegible en la fuente] y críticas mordaces sobre la existencia, [ilegible en la fuente] de la Primera Noble Verdad, razones, por así decirlo, para la apoteosis de una aniquilación? Mostraré que es así. Permítanme considerarlos «precepto sobre precepto», si la introducción del visionario hebreo no es un alimento demasiado fuerte para la Pequeña María[43] de un auditorio budista.

El Primer Precepto

Este prohíbe quitar la vida en cualquier forma.[44] Lo que tenemos que notar es la imposibilidad de cumplirlo; si podemos probar que es así, o bien el Buddha era un necio, o bien su mandato era retórico, como los de Yahvé a Job, o los de Tannhäuser a sí mismo:

«¡Ve! busca las estrellas y cuéntalas y explora,
¡ve! criba las arenas más allá de un mar sin estrellas.»

Consideremos qué pueden significar las palabras. «Quitar la vida» solo puede significar la reducción del protoplasma vivo a materia muerta; o, en un sentido más verdadero y más psicológico, la destrucción de la personalidad.

Ahora bien, en los cambios químicos que implicó que el Buddha pronunciara este mandato, protoplasma vivo se transformó en materia muerta. O, en el otro cuerno, en el hecho (sobre el que el propio Buddha insistió con la mayor fuerza, punto central y cardinal de su doctrina, santuario de esa Metafísica que la aísla absolutamente de toda otra metafísica religiosa, que la alía con la Metafísica Agnóstica) de que el Buddha que había pronunciado este mandato no era el mismo que el Buddha antes de pronunciarlo, yace la prueba de que el Buddha, al pronunciar este mandato, lo violó. Más aún: no solo se mató a sí mismo; aspiró millones de organismos vivos y los mató. No podía comer ni beber ni respirar sin un asesinato implícito en cada acto. Huxley cita al «microscopista despiadado» que le mostró una gota de agua al brahmán que se jactaba de ser «Ahimsa», inofensivo. Así, entre los derechos[45] de un Bhikkhu está la medicina. Quien toma quinina lo hace con la intención deliberada de destruir innumerables seres vivos; que esto se haga estimulando los fagocitos o directamente es moralmente indiferente.

¡Cómo un demonio encarnado semejante, mi querido hermano Ananda Maitriya, puede llamar «cruel y cobarde» a quien solo mata a un tigre es un estudio de la filosofía de la paja y la viga!

Lejos de mí sugerir que esto sea una defensa de respirar, comer y beber. De ningún modo; de todas estas maneras traemos sufrimiento y muerte a otros, como a nosotros mismos. Pero puesto que estos son actos inevitables, puesto que el suicidio sería una alternativa todavía más cruel (sobre todo en caso de que algo subsistiera por debajo del mero Rupa), el mandato no es lograr lo imposible, lo ya violado en el acto mismo de mandarlo, sino un amargo comentario sobre el mal inmundo de este universo sin propósito y sin esperanza, este compuesto de miseria, mezquindad y crueldad. Sigamos adelante.

El Segundo Precepto

El Segundo Precepto está dirigido contra el robo. El robo es la apropiación para el propio uso de aquello sobre lo cual otro tiene un derecho. Veamos, pues, si el Buddha fue o no un ladrón. La respuesta, por supuesto, es afirmativa; emitir un mandato es intentar privar a otro de su posesión más preciosa: el derecho a hacer lo que quiera; esto es, a menos que, con los predestinacionistas, sostengamos que la acción está determinada absolutamente, en cuyo caso, por supuesto, un mandato es tan absurdo como inevitable. Excluyendo, pues, esta necedad, podemos concluir que si el mandato es obedecido (y los del Buddha han obtenido una parte de obediencia mucho mayor que los de cualquier otro maestro), el Iluminado fue no solo un ladrón potencial sino un ladrón efectivo.

Además, toda acción voluntaria limita en algún grado, por diminuto que sea, la volición de los demás. Si respiro, disminuyo la reserva de oxígeno disponible en el planeta. En esas edades

remotas en que la Tierra esté tan muerta como la luna lo está hoy, mi respiración de ahora habrá robado a algún ser que viva entonces la más preciada necesidad de la vida.

Que el robo sea diminuto, incalculablemente insignificante, no es respuesta para el moralista, que no conoce los grados; ni para el científico, que ve que la cadena de la naturaleza no omite ningún eslabón.

Si, por otra parte, la reserva de energía del universo es en verdad constante (sea infinita o no), si la personalidad es en verdad ilusión, entonces el robo se vuelve imposible, y prohibirlo es absurdo. Podemos argumentar que aun así puede existir un robo temporal; y que así es, para mí no cabe duda. Todo robo es temporal, puesto que hasta un millonario debe morir; también es universal, puesto que hasta un Buddha debe respirar.

El Tercer Precepto

Este precepto, contra el adulterio, lo tocaré solo ligeramente. No porque considere el tema desagradable (¡lejos de ello!), sino porque la sección inglesa de mis lectores, que tiene la mente sucia, encontraría de otro modo en él un punto de apoyo para su juego favorito de la calumnia. Baste con que diga que el Buddha (a pesar de la ridícula leyenda de la membrana,[46] una de esas necedades inmundas que los devotos idiotas inventan con demasiada libertad) fue un adúltero empedernido y habitual. Sería fácil argumentar con Hegel y Huxley que quien piensa un acto lo comete (cf. también a Jesús a este respecto, aunque él solo conoce el valor creador del deseo), y que, puesto que A y no-

A se limitan mutuamente, y por lo tanto son interdependientes, y por lo tanto idénticos, quien prohíbe un acto lo comete; pero siento que este no es lugar para sutilezas metafísicas; probemos lo que tenemos que probar del modo más llano.

Quisiera sentar en primer lugar que no está aquí en cuestión cometer adulterio en el sentido del Tribunal de Divorcios.

Eso supone demasiado derecho de propiedad de un hombre sobre una mujer, ¡esa raíz de toda abominación!: toda la maquinaria de la herencia, la propiedad y todo el laberinto de la ley.

Podemos suponer más fácilmente que el Buddha condenaba (al menos en apariencia) la incontinencia.

Sabemos que el Buddha había abandonado su hogar; es cierto, pero hay que contar con la Naturaleza. La volición no es condición necesaria de [ilegible en la fuente]. «No fue mi intención» es una pobre excusa para un oficial que no obedece una orden.

Basta de esto; en todo caso es una cuestión menor; puesto que aun en el terreno moral más bajo (¡y nosotros, confío, volamos más alto!) el error en cuestión puede resolverse en una mezcla de asesinato, robo y embriaguez. (Consideramos esto último bajo el Quinto Precepto.)

El Cuarto Precepto

Aquí llegamos a lo que en cierto modo es la broma fundamental de estos preceptos. Un mandato no es una mentira, por supuesto;

posiblemente no puede serlo; y sin embargo seguramente una orden alegórica lo es en esencia, y ya no tengo ni sombra de duda de que estos llamados «preceptos» son una especie de broma pesada salvaje.

Aparte de esto, difícilmente puede haber mucha duda, una vez que la exégesis crítica haya hecho lo peor que pueda con los Logia de nuestro Señor, de que el Buddha se comprometió en algún momento con alguna afirmación. «(Algo llamado) Conciencia existe» es, dijo Huxley, el mínimo irreductible del pseudosilogismo, falso incluso como entimema, «Cogito, ergo sum!». Esta proposición la apuntala afirmando que quien pretendiera dudar de ella no haría sino confirmarla. ¿Pero no podría decirse «(Algo llamado) Conciencia se aparece a sí misma como existente», puesto que la Conciencia es ella misma el único testigo de esa confirmación? No es que aun ahora podamos negarle a la conciencia alguna clase de existencia, sino que sea una existencia más real que la de un reflejo es dudoso, increíble, incluso inconcebible. Si por conciencia entendemos la conciencia normal, es definitivamente falso, puesto que la conciencia dhyánica la incluye y la niega. Sin duda «algo llamado» actúa como una especie de advertencia para el aspirante a escéptico, aunque la frase es mala, pues implica un «llamar». Pero podemos adivinar lo que Huxley quiere decir.

Sin duda el escepticismo del Buddha no llega abiertamente tan lejos como el mío (hay que recordar que el «escepticismo» es meramente la indicación de una actitud posible, no una creencia, como piensa tanta gente buena y tonta); pero el Buddha no solo

niega «Cogito, ergo sum», sino que afirma «Cogito, ergo non sum». Véase el Saddasava Sutta, párr. 10.[47]

En todo caso, Sakkaya-ditthi, la ilusión de la personalidad, está en el primerísimo plano de sus doctrinas; y es esta ilusión la que se afirma constante e inevitablemente en toda conciencia normal. Que el pensamiento dhyánico la evite es dudoso; aun así, al Buddha se lo representa aquí dando preceptos a gente común. Y si la personalidad es ilusión, el mandato de uno a otro implica una mentira. En suma, todos mentimos todo el tiempo; nos obliga a ello la naturaleza de las cosas mismas (por paradójico que parezca), ¡y el Buddha lo sabía!

El Quinto Precepto

Por fin llegamos al término de nuestro fatigoso viaje: ¡seguramente con este tiempo podemos tomar una copa! Al este de Suez,[48] nos dice Trombón-Macaulay (bien puedo decirlo, cuando Browning escribe Banjo-Byron[49]), un hombre puede levantar la sed. ¡No!, chilla el Bienaventurado, el Perfecto, el Iluminado, ¡no beban! Es como las calles de París cuando estaban empapeladas con carteles rivales:

Ne buvez pas de l'Alcool!
L'Alcool est un poison!

y

Buvez de l'Alcool!
L'Alcool est un aliment!

Hoy sabemos que el alcohol es un alimento hasta cierta cantidad; el precepto, bastante bueno como regla aproximada tal como está, no soporta un examen minucioso. Lo que el Buddha manda en realidad, con ese humor sombrío suyo, es: Eviten la Embriaguez.

Pero ¿qué es la embriaguez, sino la pérdida del poder de usar perfectamente un conjunto de facultades veraces? Si camino con paso inseguro es a causa de mentiras nerviosas, y así con todos los fenómenos de la borrachera. Pero una mentira implica suponer algún patrón verdadero, y este no se encuentra en ninguna parte. Un médico les diría, además, que todo alimento embriaga: todo, aquí como en todo el universo, de todo sujeto y en todo predicado, es cuestión de grado.

Nuestras facultades nunca nos dicen la verdad; nuestros ojos dicen plano cuando nuestros dedos dicen redondo; nuestra lengua envía a nuestro cerebro un conjunto de impresiones que nuestro oído declara inexistentes; y así sucesivamente.

¿Qué es esta ilusión de la personalidad sino una profunda embriaguez de la conciencia, asentada en su centro? Yo estoy borracho mientras escribo estas palabras; ustedes están borrachos (¡borrachos como bestias!) mientras las leen; el Buddha estaba tan borracho como un oficial británico cuando pronunció su mandato embrutecido. ¡He ahí, mis queridos niños, la conclusión a la que nos vemos llevados si insisten en que hablaba en serio!

¡Respondo que no! Único entre los hombres que vivían entonces, el Buddha estaba sobrio y veía la Verdad. Él, que estaba libre de

los anillos de la gran serpiente Theli enroscada alrededor del universo, sabía cuán hondo había penetrado en nosotros la baba de esa serpiente, infectándonos, pudriéndonos hasta los huesos con una embriaguez venenosa. Y de ahí su ironía cortante: ¡no beban bebidas embriagantes!

Cuando voy a tomar Pansil,[50] no es con ningún espíritu de moral servil; es con un agudo pesar que me roe el corazón. Estas cinco causas de dolor son en verdad las cabezas de la serpiente del Deseo. Al menos cuatro de ellas me clavan los colmillos en y por virtud de mi acto mismo de recibir los mandatos y de prometer obedecerlos; si hay una pequeña dificultad con la quinta, es una omisión fácil de rectificar, y creo que todos deberíamos esmerarnos en ello; hay gran virtud en la completitud.

¡Sí! No crean que el Buddha era un necio; que pedía a los hombres hacer lo imposible o lo insensato.[51] No crean que el dolor de la existencia es tan trivial que reglas fáciles, fácilmente interpretadas (como todos los budistas interpretan los Preceptos), puedan valer contra él; no sequen el Ganges con un trapo; ni detengan la revolución de las estrellas con una palanca de listón.

¡Despierten, despierten tan solo! Que haya siempre el recuerdo de que la Existencia es dolor, dolor por la necesidad inherente al modo en que está hecha; dolor no por volición, no por malicia, no por descuido, sino por naturaleza, por tendencia inextirpable, por la enfermedad incurable del Deseo, su Creador; así es, y el modo de destruirlo es arrancar de raíz el Deseo; y una tarea tan formidable no se cumple con ninguna moral de monedita de tres peniques en la bandeja del domingo por la mañana, ni con la

rectitud de «engaña a los demás y el autoengaño se cuidará solo», sino por los severos caminos del austero dominio de sí, de la ardua investigación científica, que constituyen el Noble Óctuple Sendero.

101-105. Hay uno... Seis Seis Seis. Esta opinión ha sido confirmada recientemente (y muy oportunamente) por el Rev. Padre Simons, misionero católico romano ([ilegible en la fuente] y cabeza del acaparamiento de sellos de Cachemira), Baramulla, Cachemira.

106. Gallup. Para información, dirigirse al señor Sidney Lee.

111. «Es el número de un Hombre.» Apoc. xiii, 18.

117. Fives. Puños.

122. (En otra parte.) Véanse *Songs of the Spirit* y otras obras.

128. El Bálsamo Qabalístico. Puede estudiarse en *The Kabbalah (sic) Unveiled* (Redway). Es muy de desear que alguien emprenda la preparación de una traducción inglesa de *De Revolutionibus Animarum* del rabí Jischak Ben Loria, y del libro *Beth Elohim*.

139. Caín. Gén. iv, 8.

152. Hunyadi. Hunyadi János, un agua de mesa húngara.

161. Nadi. Para este difícil tema remítanse a *Raja Yoga* del difunto Swami Vivekananda.

167. Tom Bond Bishop. Fundador de la «Children's Scripture Union» (una Asociación para la Difusión de Mentiras entre los Jóvenes) y conocido por lo demás como filántropo. Su parentesco

con el autor (el de tío) le ha procurado esta inmortalidad algo desagradable. No era, esperemos, pariente de George Archibald Bishop, cuyas obras espantosamente psicopáticas de manera convencional llevan este notable prefacio.

Prefacio[52]

En los días y noches febriles bajo el Imperio que pereció en la lucha de 1870, ese torbellino tumultuoso de placer, intriga, éxito y desesperación, las mentes de los hombres tuvieron que atravesar una dura prueba. En *La Curée* de Zola vemos cómo caracteres tan ordinarios y naturales como los de Saccard, Maxime y la heroína incestuosa fueron retorcidos y deformados de su cordura normal, y lanzados girando a las fauces de un infierno mucho más *affrayant* que el mero Sheol de azufre barato y sucio que es un Shibboleth para el disidente, y con el cual toda clase de farsantes religiosos, desde el Papa hasta el predicador vociferante del Ejército de Salvación, desde el mormón y el jesuita hasta esa mezcla bastarda de los peores rasgos de ambos, el Hermano de Plymouth, han atemorizado a sus letrados desde que nació la hipocresía, con Abel, y la tiranía espiritual, con Jehová. La Sociedad, a la larga, es eminentemente cuerda y práctica; bajo el Segundo Imperio enloqueció. Si estas cosas se hacen en el árbol verde de la Sociedad, ¿qué se hará en el árbol seco de la bohemia? El Arte siempre tiene una sospecha contra la cual luchar; siempre hay algún pobre Max Nordau loco a mano para llamar manicomio a todo lo que está fuera de la cocina. Aquí, sin embargo, hay un sustrato de verdad. Consideren la intolerable y larga lista de nombres, todos teñidos de gloriosa

locura. Baudelaire el diabolista, libertino del sadismo, cuyos sueños son pesadillas y cuyas horas de vigilia, delirio; Rollinat el necrófilo, el poeta de la tisis, el ansiomaníaco; Péladan, el sumo sacerdote... del disparate; Mendès, sensualista frívolo y burlón; además de una hueste de otros, casi todos semejantes en esto: que, bajo el manto de la locura y la depravación, arde el verdadero corazón del genio. No se encuentra en la literatura período más terrible que este; tantas grandes mentes, de las cuales apenas una llega a dar fruto; ¡tales semillas de genio, tal cosecha de... torbellino! Hasta un desierto estéril de mar entristece menos que uno sembrado de restos de naufragio.

En Inglaterra este canto salvaje tuvo pocos seguidores de algún valor o melodía. Swinburne está en su pedestal solitario por encima de las multitudes vulgares de plagiarios priápicos; solo él captó el frenesí feroz de los chillidos aguardentosos de Baudelaire, y su Primera Serie de *Poems and Ballads* fue el eco legítimo de aquella nota no más ardiente. Pero el Arte inglés en su conjunto permaneció impasible, en todo caso no conmovido en profundidad alguna, por esta ola de libertinaje. Los grandes pensadores mantuvieron la quilla firme, y las aguas ventosas no estaban hechas para que las cruzaran sus barcas más frágiles. Hay una excepción notable, insospechada hasta hoy, en la persona de George Archibald Bishop. En un rincón de París este joven poeta (pues en su naturaleza la flor de la poesía sí brotó, incluso echó raíz y dio alguna promesa de una floración más brillante, hasta que en años posteriores fue herida y fulminada por el rayo de sus propios pecados) escribía constantemente día tras día, noche tras noche, trabajando a menudo cuarenta horas seguidas en la obra con la que se proponía cautivar al mundo.

Toda Inglaterra resonaría con sus alabanzas; con el tiempo, el mundo entero conocería su nombre.

De estas obras no queda ninguna de las más extensas y ambiciosas. Cómo se perdieron, y cómo se salvaron los fragmentos que poseemos, se cuenta mejor relatando la romántica y casi increíble historia de su vida.

Los hechos conocidos de esta vida son pocos, vagos e insatisfactorios; las afirmaciones más precisas carecen de corroboración, y casi la única fuente de que dispone el biógrafo son las cartas de Mathilde Doriac a Madame J. S., quien amablemente ha puesto su cartera a mi disposición.

Una carta fechada el 15 de octubre de 1866 indica que nuestro autor nació el día 23 de ese mes. El padre y la madre de George eran, al menos en la superficie, de una inclinación religiosa extraordinaria. La versión de Mathilde de la historia, que tiene su origen en nuestro propio amigo, concuerda casi palabra por palabra con una carta del reverendo Edw. Turle a la señora Cope, en la que le recomendaba el niño a su cuidado. La sustancia de la historia es la siguiente.

Los padres de George llevaron sus ideas religiosas al punto de no consumar jamás su matrimonio.[54] Este arreglo no parece haber sido muy apreciado por la esposa; al menos, una buena mañana se descubrió que estaba *enceinte*. El necio padre jamás pensó en la hipótesis que se recomienda con más facilidad a un hombre de mundo, por no decir a un hombre de ciencia, y adoptó la de un segundo Mesías. Se tomó el mayor de los trabajos para ocultar el nacimiento del niño, trató a todo el que llegaba a la casa como a

un emisario de Herodes y, finalmente, resolvió huir a Egipto. Como la mayoría de los maníacos religiosos, nunca tuvo una idea propia, sino que deformaba los bellos y edificantes sucesos de la Biblia en otros insensatos y ridículos, que luego procedía a plagiar.

En el viaje de ida, la madre virgen se enamoró, como era su costumbre, del varón más cercano, en este caso un compañero de viaje. Este, bien capaz de sostenerla en el lujo que ella deseaba, la persuadió fácilmente de abandonar el barco con él a escondidas. Una pequeña embarcación a vela los llevó a Malta, donde desaparecieron. El único rastro que dejaron los libros de la tierra registra que este fascinante personaje fue acusado, cuatro años más tarde, en Viena, de envenenar a su amante, pero gracias a la riqueza y la influencia de su amante más reciente, escapó.

El padre legal, abandonado a solas con un niño berreador al que debía entretener, apaciguar en sus berrinches y criar en la disciplina y amonestación del Señor, quedó no poco perplejo ante la súbita desaparición de su esposa. Al principio supuso que había sido trasladada al cielo, pero, al ver que no había dejado tras de sí el manto tradicional, abandonó esta suposición en favor de otra muy distinta, y en verdad más plausible. Ahora creyó que ella era la mujer escarlata del Apocalipsis, con variaciones. Al llegar a Egipto contrató a una vieja nodriza nativa y zarpó hacia Odesa. Una vez en Rusia podría encontrar a Gog y Magog, y presentarles al niño como el Anticristo. Porque ahora estaba persuadido de que él mismo era la Primera Bestia, y le pedía al escéptico que contara sus siete cabezas y sus diez cuernos. Las cabezas, sin embargo, rara vez sumaban con exactitud.

En este punto los relatos del señor Turle y de Mathilde divergen levemente. El clérigo afirma que una dama tártara, de una antigua y honorable profesión, lo indujo a acompañarla al Tíbet "para ser iniciado en los misterios". Fue, por supuesto, robado y asesinado con la debida puntualidad, en la ciudad de Kiev. La versión de Mathilde es que [ilegible en la fuente] a Kiev en la búsqueda original, y murió de tifus o de cólera. En todo caso, murió en Kiev en 1839. Esto fija la fecha del nacimiento del niño en 1837. Su fiel nodriza lo llevó sano y salvo a Inglaterra, donde sus parientes proveyeron a su manutención y educación.

Con el cierre de este capítulo romántico de su historia temprana perdemos todo rastro fidedigno durante algunos años. Un solo destello ilumina la oscuridad de su adolescencia: en 1853, tras haber sido preparado para la confirmación, en lugar de arrodillarse para recibir la bendición del obispo oficiante, gritó en plena asamblea: "¡Renuncio para siempre a esta iglesia idólatra!", y fue retirado discretamente.

Le dijo a Mathilde Doriac que había estado en Eton y en Cambridge; ninguna de las dos instituciones, sin embargo, conserva registro alguno de tal ingreso. La imaginación de George es, en verdad, tremendamente fértil en lo que respecta a los sucesos de su propia vida. Su versión es que ingresó en el Trinity College de Cambridge en 1856 y fue expulsado dos años después por un artículo que había escrito para alguna revista de la Universidad o del College. No se encuentra en ninguna parte confirmación de ningún tipo respecto de estas ni de ninguna otra afirmación de nuestro autor. No hay duda, sin embargo, de que en 1861 se peleó con su familia; se fue a París, donde se instaló, al

principio, como todo melenudo, en algún lugar del Barrio Latino; más tarde, con Mathilde Doriac, la noble mujer que se convirtió en su amante y se mantuvo a su lado a través de toda la terrible tragedia de su vida moral, mental y física, en la Rue du Faubourg-Poissonnière. En su casa de allí tuvo lugar la espantosa escena del 68, y fue allí también donde lo arrestaron después de los asesinatos que describe tan fielmente en "Abysmos". Acababa de terminar este poema con un alarido de triunfo, y se lo había leído entero a la horrorizada Mathilde "avec des yeux de flamme et de gestes incohérentes", cuando, echando espuma por la boca y "hurlant des blasphèmes [ilegible en la fuente]", se arrojó sobre ella con una extraordinaria violencia pasional; la puerta se abrió, aparecieron los agentes, se efectuó el arresto. Fue internado en un manicomio, pues ya no podía caber duda alguna de su completa locura; durante tres semanas había estado delirando de ajenjo y satiriasis. No sobrevivió mucho tiempo a su encierro; el incendio del manicomio con sus internos fue uno de los sucesos más terribles de la guerra de 1870. Así murió uno de los ingleses más talentosos de su siglo, un hombre a quien, por su vasto conocimiento de los hombres y de las cosas, había verdaderamente que envidiar; y sin embargo alguien que vendió su primogenitura por un plato de potaje más bestial que el que jamás engulló Esaú, que vendió alma y cuerpo a Satanás por puro amor al pecado, cuya mera lujuria de perversión es tan intensa que parece absorber toda otra emoción e interés. Nunca, desde que Dios despertó la luz del caos, se ha desplegado ante los hombres una tragedia semejante, paso tras paso hacia el lago de Fuego.

En su casa se incautaron todos sus escritos y, según se cree, fueron destruidos. La única y afortunadísima excepción es la de un estuche de escritura soberbiamente enjoyado, hoy en posesión del presente editor, en el que se encontraron los manuscritos que aquí se publican. Mathilde, que sabía cuánto atesoraba él su contenido, lo preservó diciéndole al agente: "Pero, señor, esto es mío". Al abrirlo se encontró que contenía, además de estos manuscritos, su [ilegible en la fuente] literario. Todos los manuscritos debían publicarse treinta años después de su muerte, no antes. No quería ganar ninguna popularidad espuria como reflejo de la época en que vivía. "Tennyson", dice, "morirá antes de que pasen sesenta años; si he de ser amado por los hombres, será porque mi obra es para todos los tiempos y todos los hombres, porque es más grande que todos los dioses del azar y del cambio, porque lleva el corazón de la raza humana latiendo en cada verso". Esto es, sin duda, una mancha de magenta tirando a malva; pero...

La presente colección de versos difícilmente será popular; si aparecen las obras perdidas, desde luego puede ser que en ellas se encuentre "refugio para cantos que se alejan". Aun así, incluso aquí, uno se siente en conjunto más atraído que repelido; el autor tiene un poder enorme, y nunca tiene escrúpulos en usarlo, para enloquecernos a medias de horror o, como en sus primeras y exquisitísimas obras, para movernos a los pensamientos y actos más nobles. Es verdad que su deuda con escritores contemporáneos es un poco evidente aquí y allá; pero estas son pequeñas manchas en una serie de poemas cuya originalidad es siempre llamativa, y a menudo espantosa, en sus rasgos más amplios.

No podemos dejar a George Bishop sin una palabra de indagación acerca de lo que fue de la heroica figura de Mathilde Doriac. Es una tarea amarga tener que escribir a sangre fría la espantosa verdad sobre su muerte. Tuvo la desgracia de contraer, en los últimos días de su vida con él, la misma terrible enfermedad que él describe en el último poema de su colección. Este golpe, llegado tan poco después y, por así decir, como un recordatorio impío y perpetuo de la locura y el secuestro de su amante, no menos que de su infidelidad, le trastornó la mente, y se pegó un tiro el 5 de julio de 1869. Su última carta a Madame J... S... es una de las más tiernas y conmovedoras que se hayan escrito jamás. Parece haber sido realmente amada por George, a su manera salvaje e infiel: "Toda la noche" y "Victoria", entre otros, están evidentemente inspirados por su belleza; y su devoción por él, el envilecimiento del alma, la prostitución del cuerpo que padeció por él y con él, es una de las historias más nobles que ha conocido la vida. Parece haberse sumergido con él, aunque procurando siempre elevar su alma del lodazal; si Dios es justo en algo, ella estará más cerca de Su diestra que las ponderadas vírgenes que no mancharían ni el borde de su vestidura para salvar a su hermano del gusano que no muere.

Las obras de George Archibald Bishop hablarán por sí mismas; sería a la vez impertinente y superfluo de mi parte señalar en detalle sus muchas y variadas excelencias, o sus evidentes defectos. La *raison d'être* de su publicación, sin embargo, merece especial atención. Me refiero a su secuencia psicológica, que concuerda con su orden cronológico. Su historia de vida, tanto como sus restos literarios, da [ilegible en la fuente] de la progresión del diabolismo tal como es en realidad, no como se lo

pinta. Nótese también (1) el aumento del egoísmo en el placer, (2) la disminución de su sensibilidad a los encantos físicos. Pura y sana es su obra temprana; luego es arrastrado a la corriente exterior del gran vórtice del Pecado y gira perezosamente por las aguas soñolientas del mero sensualismo; el ritmo se acelera, se vuelve feroz en los misterios del safismo y del culto de Venus Aversa con mujeres; más tarde, de las mismas formas del vicio con hombres, todo mezclado con un hablar desenfrenado de dogma religioso y una exaltación general del priapismo a expensas, en particular, del cristianismo, religión en la que, sin embargo, cree indudablemente hasta el final (los piadosos citarán Santiago II, 9, y el incrédulo observará que murió en un manicomio); luego lo atrapa la plena oleada de la marea, los misterios de la muerte se vuelven cada vez más una obsesión, y es arrojado de cabeza al sadismo, a la necrofilia, a todos los vicios más locos y feroces que la mente de los demonios haya subido jamás del abismo. Pero siempre, hasta el final mismo, su poder está intacto, inmenso, terrible. Su delirio no divierte; espanta. Un hombre capaz de concebir lo que él concibió debe de haber tenido en su corazón alguna cuerda gloriosa que vibraba con el principio eterno del Amor sin Límites. Que este amor haya naufragado es para mí, en cierto modo pariente suyo, un dolor real y amargo. ¡Podría haber sido tan grande! ¡Perdió el Cielo! ¡Piensen en él con bondad!

[Número ilegible en la fuente]. Rima correctamente. Versos como "À bas les Anglais! The Irish up!", por nobles que sean en su sentimiento, no serán admitidos en el certamen. *Irish* lleva el acento en la penúltima sílaba, ¡mala suerte para los malditos sajones que lo hicieron así! Lo mismo ocurre con

Tarshish (véase Browning, *Pippa Passes*, II, en el largo parlamento de Bluphocks) y muchas otras.

173. El mentiroso. Copleston.[55] Obispo de Calcuta. Mientras ocupaba la sede de Ceilán escribió un libro en el que se describe el "budismo" como consistente en "danzas del diablo". Ahora bien, cuando un hombre en posición de conocer los hechos escribe un libro del tipo de los que mendigan suscripciones, cuyo valor para este fin depende de la supresión de esos hechos, creo que merezco elogio por mi moderación al usar el término "mentiroso".

> Cartas y telegramas: BOLESKINE, FOYERS, es dirección suficiente.
>
> Facturas, mandatos judiciales, citaciones, etc.: CAMP XI, THE BALTORO GLACIER, BALTISTAN.

¡Oh, Millonario!	Mi señor Marqués,
¡Señor Director!	Mi señor Vizconde,
Querida señora Eddy,	Mi señor Conde,
¡Su Santidad el Papa!	Mi señor,
¡Su Majestad Imperial!	Mi señor Obispo,
¡Su Majestad!	Reverendo señor,
¡Su Alteza Real!	Querida señorita Corelli,
¡Su Alteza Serenísima!	Colega,
Mi señor Cardenal,	¡Perro!
Mi señor Arzobispo,	Señor Congresista,
Mi señor Duque,	Señor Senador,
Señor Presidente,	

(o el femenino de cualquiera de ellos), según se indique subrayándolo.

La cortesía exige, en vista del

(1) tributo a su genio
(2) ataque a su carácter (1) político, (2) moral, (3) social, (4) mental, (5) físico
(3) homenaje a su grandeza
(4) referencia a su conducta
(5) llamado a sus mejores sentimientos

en la página ..... de mi obra maestra, *La espada del canto*, que le envíe un ejemplar, como lo hago por la presente, para darle la oportunidad de defenderse de mis monstruosas afirmaciones, de agradecerme la publicidad o, en suma, de responder como mejor le parezca que conviene al caso.

Su humilde y obediente servidor,

ALEISTER CROWLEY.

212. Ibsen. Dramaturgo noruego. Esta oración y la siguiente tienen diecinueve significados distintos. Sin embargo, como todos (con una dudosa excepción) son verdaderos y, tomados en conjunto sintéticamente, connotan mi concepto, he dejado el pasaje como está.

219. Yo era Lord Roberts, él De Wet, etc. La magistral ficción de Sir A. Conan Doyle, *Great Boer War*.

222. Colina. Expresión arcaica que significa *kopje*.

223. Zanja. Probablemente un término de jerga obsoleto para *spruit*.

273. Algunos. El lector puede buscar esta teoría en los periódicos modernos.

282. El Tmolio. Tmolo, que decidió el certamen musical entre Pan y Apolo a favor de este último.

351. Como enseñan los maestros. Consúltese a Vivekananda, *op. cit.*, o el *Hathayoga Pradipika*. Lamentablemente, no puedo decir dónde (ni siquiera si) existe un ejemplar de esta última obra.

331, 332. De pie. (Esteban) o sentado (Pablo). Hechos VII, 36; Hebreos XII, 2.

337. Samadhi-Dak. "Correo del éxtasis de la meditación".

338. Maha-Meru. La "montaña mística" de los hindúes. Véase *The Curse of Kehama*, de Southey.

339. Gaurisankar. Llamado también Chomokankar, Devadhunga y Everest.

341. Chogo Ri. El Gigante. Este es el nombre nativo del "K2", o Monte Godwin-Austen, como lo llamaría el coronel Godwin-Austen. Es la segunda montaña más alta conocida del mundo, así como Devadhunga es la primera.

356. La historia de Occidente.

Autor	Obra
De Acosta (José)	Natural and Moral History of the Indies.

Autor	Obra
Alison, Sir A.	History of Scotland.
Benzoni	History of the New World.
Buckle	History of Civilisation.
Burton, J. H.	History of Scotland.
Carlyle	History of Frederick the Great.
Carlyle	Oliver Cromwell.
Carlyle	Past and Present.
Cheruel, A.	Dictionnaire historique de la France.
Christian, P.	Histoire de la Magie.
Clarendon, Ld.	History of the Great Rebellion.
De Comines, P.	Chronicle.
Edwards, Bryan	History of the British Colonies in the W. Indies.
Elton, C.	Origins of English History.
Erdmann	History of Philosophy. Vol. II.
Froude	History of England.
Fyfe, C. A.	History of Modern Europe.
Gardiner, S. R.	History of the Civil War in England.
Gibbon	Decline and Fall of the Roman Empire.
Green, J. R.	A History of the English People.
Guizot	Histoire de la Civilisation.
Hallam, H.	State of Europe in the Middle Ages.
Hugo, V.	Napoléon le Petit.
Innes, Prof. C.	Scotland in the Middle Ages.
Kingscote	History of the War in the Crimea.
Levi, E.	Histoire de la Magie.

Autor	Obra
Macaulay, Ld.	History of England.
McCarthy, J.	A History of our Own Times.
Maistre, Jos.	Œuvres.
Michelet	Histoire des Templiers.
Migne, Abbé	Œuvres.
Montalembert	The Monks of the West.
Morley, J.	Life of Mr. Gladstone.
Motley	History of the Dutch Republic.
Napier	History of the Peninsular War.
Prescott	History of the Conquest of Mexico.
Prescott	History of the Conquest of Peru.
Renan	Vie de Jésus.
Robertson, E. W.	Historical Essays.
Rosebery, Ld.	Napoleon.
Shakespeare	Histories.
Society for the Propagation of Religious Truth	Transactions, Vols. I-LXVI.
Stevenson, R. L.	A Footnote to History.
Thornton, Ethelred, Rev.	History of the Jesuits.
Waite, A. E.	The Real History of the Rosicrucians.
Wolseley, Ld.	Marlborough.

Las obras anteriores y muchas otras de menor importancia fueron cuidadosamente consultadas por el Autor antes de dar estos versos a la imprenta. Su exactitud sustancial está además garantizada por los profesores de Historia de Cambridge, Oxford, Berlín, Harvard, París, Moscú y Londres.

366. Hizo su Chandra. En inglés, *shot the moon*.[56]

380. La sutil omisión diabólica. Pero ¿qué hemos de decir de los dialécticos cristianos que citan "Todas las cosas obran juntamente para bien" fuera de su contexto, y llaman a este versículo "optimismo cristiano"? Véase el *Hegel* de Caird. Hegel, sin embargo, sabía defenderse. Como escribió Goethe acerca de él:

"Pensaban que el maestro era
demasiado dado a remilgos y melindres.
La ira de los estudiantes creció
hasta un frenesí paganiniano;
juraron hacer
de su obra en la clí[ilegible en la fuente] de Jena...
Vinieron, la impía cuadrilla,
el místico y el cínico:
él se había burlado de la cacería de Dios,
el diluvio por el pecado de los mortales,
¡Waterloo ictiosauriano!

"Miraron al sabio de reojo;
lo escrutaron de arriba abajo
con rayos violeta actínicos.
Le preguntaron: '¿Wer bist du?'
Él respondió despacio: '¿Bin ich?'"

387. El Pez. A causa de ἰχθύς, que significa Pez, "y simboliza muy oportunamente a Cristo". *The Ring and the Book* (El Papa), vv. 89, 90.

395. Dharma. Consúltese el Tripitaka.

409. No puedo rastrear la cadena. "¡Qué vanos, en verdad, son los cálculos humanos!" *The Autobiography of a Flea*, p. 136.

412. Cosa-mesa. "Ere the stuff grow a ring-thing right to wear." *The Ring and the Book*, I, 17.

"This pebble-thing, o' the boy-thing." CALVERLEY, *The Cock and the Bull*.

442. Caird. Véase su *Hegel*.

446. Dice Huxley. Véase *Ethics and Evolution*.

459. Yggdrasil. El Otz Chiim de los escandinavos.

467. Ladies' League. La señora J. S. Crowley dice: "The Ladies' League Was Formed For The Promotion And Defence Of The Reformed Faith Of The Church Of England" ("La Liga de Damas Fue Formada Para La Promoción Y Defensa De La Fe Reformada De La Iglesia De Inglaterra"). (Las mayúsculas son suyas.) Creo que podemos aceptar esta afirmación. Probablemente lo sabe, y no tiene razones evidentes para engañar.

487. Sattva. Los budistas, al negar un Atman o Alma (una idea de conocimiento, ser y bienaventuranza inmutables y eternos), representan el Ego ficticio de un hombre (o de un perro) como una aglomeración temporaria de partículas. La reencarnación solo le quita, por así decir, algunas de las esquinas a la masa, de modo que durante varios nacimientos el Ego es constante dentro de ciertos límites; de ahí la posibilidad de la "memoria mágica". El "Sattva" es esta aglomeración. Véase mi "Ciencia y budismo", *infra*, para una discusión completa de este punto.

518. Y. Nótese el acento correcto sobre esta palabra. Antes, el señor W. S. Gilbert lo había hecho en sus soberbios versos:

"Except the plot of freehold land
That held the cot, and Mary, and..."

Pero su demostración queda viciada por el mal yambo "and Ma-"; a menos, en verdad, que la yuxtaposición sea intencional, para exponer los sofismas de nuestros prosodistas oficiales.

548. Los paganos. "Los malos serán trasladados al infierno, y todas las naciones que se olvidan de Dios."

580. Satanás y Judas. En el momento de pasar las pruebas finales me informan que el carácter de Judas ha sido rehabilitado por el señor Stead (y con razón: ¿acaso al señor Abington[57] se le paga con una soga?) y que la defensa de Satanás la ha emprendido una joven autora de la alta sociedad, una tal señorita Corelli, que lo presenta como un Ángel de Luz, es decir, alguien que ha sido presentado al Príncipe de Gales.

Pero sin duda hay alguien que es objeto de reprobación universal entre los cristianos. Permítanme ofrecerme como candidato. Hundan, se lo suplico, estas diferencias sectarias, y únanse para declararme al menos Anathema Maranatha.

602. Dolores de la muerte. El doctor Maudsley reclama un panegírico de la muerte. Es cierto que la evolución puede traernos un sentido moral de asombrosa delicadeza y belleza. Pero todavía no hemos llegado allí. Un irlandés talentoso pero disoluto ha compuesto lo siguiente, que puedo deplorar pero no refutar, pues este tipo de hombre es probablemente más

propenso que ningún otro a reproducir su especie. Lo llamó "Summa Spes".

I.

Siendo la existencia dolor,
su causa el deseo,
tomo prestada una tonada alegre
para encenderla en la lira:
si la muerte me destruye del todo,
entonces no puedo lamentarlo;
he vivido, he mantenido viva la vida,
y, ¡que me condenen si me arrepiento!

Que muera yo en una zanja,
borracho como un condenado,
o besuqueando a una zorra,
o en la cama con una perra.
Siempre fui un cerdo;
¿estiércol? Soy uno con él.
Que muera yo como un perro:
¡morir, y acabar de una vez!

II.

Hasta donde llega la razón,
aún hay esperanza para los mortales:
cuando nada queda que conozca,
¿qué hay que lamentar?
Nuestra conciencia depende
de la materia del cerebro;

cuando esta se pudre y acaba,
allí acaba la hora del dolor.

III.

Si podemos confiar en esto,
¡pues a bailar, beber y parrandear!
¡Grandes bocas escarlatas que besar,
y el dolor, al diablo!
Si nos acechan punzadas atáxicas,
o nos molesta la gota o el cálculo,
¡Reina Morfina, concede tu sueño!
¡Que los gusanos, los queridos, nos disfruten!

IV.

Pero ya que queda una posibilidad
de que el "yo" sobreviva al cuerpo
(así hablan los hombres cuyos cerebros
están hechos de mugre y de borra),
lo impediré si puedo.
(¡Ah, Jesús, si Tú pudieras!)
Me iré a Martaban
a hacerme budista.

V.

Y sin embargo: la posibilidad mayor
está del lado de la aniquilación.
¡Sigan el ejemplo de Francia,
la nación ilustrada de la Libertad!
¡Fuera, sigilo sacerdotal
de fe y fraude y gnosis!

Ven, bébeme: ¡a tu salud,
arteriosclerosis![58]

Que muera yo en una zanja,
borracho como un condenado,
o besuqueando a una zorra,
o en la cama con una perra.
Siempre fui un cerdo;
¿estiércol? Soy uno con él.
Que muera yo como un perro:
¡morir, y acabar de una vez!

616. Una lagartija. Un breve relato de la génesis de estos poemas no parece fuera de lugar aquí. El proyecto de una parodia elaborada de Browning, que se llamaría "Día de la Ascensión y Pentecostés", fue concebido (y resuelto) el viernes 15 de noviembre de 1901. Ese día dejé Ceilán, donde había pasado varios meses practicando meditaciones hindúes y exponiendo la deshonestidad de los misioneros, en los intervalos de la caza mayor. Al día siguiente escribí "Día de la Ascensión", y "Pentecostés" el domingo, sentado frente al *dak-bangla* de Madura. Estos borradores originales eran pequeños en comparación con los poemas actuales.

"Día de la Ascensión" constaba de:

p. 145, "Arrojé...".
p. 146, "Por favor...".
p. 147, "Pero ¿por qué...".
p. 149, "Aquí está justo..." hasta p. 160, "... pero en el Infierno!...".
p. 161, "Ya ven..." hasta el final.

"Pentecostés" constaba de:

p. 164, "Hoy...".
p. 168, "Qué difícil..." hasta p. 170, "¡Proceda!".
p. 171, "Mis pensamientos errantes..." hasta p. 172, "Toda maldad...".
p. 172, "Ni adormezcas mi alma..." hasta p. 174, "... y la visión".
p. 176, "Qué fácil..." hasta el final.

"Berashith" fue escrito en Delhi, el 20 y el 21 de marzo de 1902. Su título original era "Crowleymas Day". Se publicó en forma privada en París en enero de 1903. Él y "Ciencia y budismo" se agregan para completar la secuencia lógica desde 1898 hasta hoy. Todo, sin embargo, ha sido revisado repetidamente. Dondequiera que pareciera haber una laguna en el argumento se hizo una inserción, hasta que todo pareció un crisólito perfecto. La mayor parte de esto se hizo mientras las fatigosas horas del verano (¡válgame!) de 1902 rodaban sobre el Campamento Miseria y el Campamento Desesperación en el glaciar del Chogo Ri, en esos raros intervalos en que la preocupación por los piojos, la comida enlatada, la malaria, el agua que todo lo empapa, el dolor general, la miseria mental y la eterna tormenta de nieve daba lugar a un destello momentáneo de alguna forma de inteligencia más elevada que la que se concentra siempre, por necesidad, en el asunto concreto de la vida de campamento. El resto, y la revisión final, ocuparon buena parte de mi tiempo durante el invierno de 1902-1903. El manuscrito fue aceptado por la S.P.R.T. en mayo de este año y, después de una revisión posfinal, que mi ascendencia irlandesa hizo necesaria, fue a la imprenta.

618. Cada vida atada para siempre a la rueda. Cf. Whately, *Revelation of a Future State*.

652. La muerte de este, aquel y el otro ateo. Sus historias son por lo general falsas; pero sigamos nuestro plan y concedámosles todo lo que piden.

709. Un caníbal. Esta palabra es inepta, pues predica humanidad del cristiano-odia-cristiano. *J'accuse* a la lengua inglesa: *anthropophagous* siempre seguirá siendo una palabra cómica.

731. La Estrella Flamígera. O Pentagrama, referido místicamente a Jeheshua.

732. Zohar. "Esplendor", los Libros Centrales de la Cábala Dogmática.

733. Paloma. Dice un antiguo escritor, a quien traduzco libremente:

"Tú inclínate devoto ante tu Cordero y tu Paloma,
pero déjame, te ruego, aún mi Halcón y mi Vaca;
y yo aprobaré la sonrisa de tu anciano chocho de barba gris
si tú apruebas la del cocodrilo de Egipto."

746. ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Perdido! Véase *The Lay of the Last Minstrel.*

759. Ain Elohim. "¡No hay Dios!" Biblia. Pero esta es en realidad la afirmación más [ilegible en la fuente] del cabalista. Ain [ilegible en la fuente]. Para el significado de Ain, y de esta idea, véase "Berashith", *infra*. "El necio" es Él del Tarot, a quien

se le asigna el número 0, para que el significado sea patente hasta para un niño.

"Insulto a tu ídolo", dijo el buen misionero; "no es más que piedra muerta. No se venga. No me castiga." "Yo insulto a tu dios", replicó el hindú; "es invisible. No se venga, ni me castiga." "¡Mi Dios te castigará cuando mueras!" "¡Pues cuando tú mueras te castigará mi ídolo!"

Ningún estudiante serio de religión o de póquer debería dejar de aprenderse esta anécdota de memoria.

767. El señor Chesterton. Debo aprovechar esta oportunidad para protestar contra el cargo que el señor Chesterton formula contra los ingleses "que escriben ensayos filosóficos sobre el esplendor del pensamiento oriental".

Si limita sus censuras a los traductores de esa conocida obra oriental, el "Antiguo Testamento", estoy con él; cualquier crítico bíblico moderno le dirá a qué me refiero. Les llevó mucho tiempo, también, a los misioneros (y a Tommy Atkins) descubrir que "Budd" no era un "gran Dió". Pero es que no querían descubrirlo, y en todo caso la simpatía y la inteligencia no son precisamente las cualidades más salientes ni de los soldados ni de los misioneros. Pero nada es más absurdo que comparar a hombres como Sir W. Jones, Sir R. Burton, Von Hammer-Purgstall, Sir E. Arnold, el profesor Max Müller, yo, el profesor Rhys Davids, Lane y el resto de nuestros ilustres orientalistas con los pobres e ignorantes hindúes cuyas cartas deleitan de vez en cuando a los lectores del *Sporting Times*, cartas que suelen

escribir escribientes públicos por unas pocas *pice* en el bazar nativo.

En cuanto a los "babus" (*babu*, puedo mencionar, es el equivalente de nuestro "señor", y no el nombre de una tribu salvaje), el señor Chesterton, desde su Brahmaloka de Brixton, puede asomarse y ver que el "babu" no puede entender las ideas occidentales; pero un distinguido funcionario civil de la Presidencia de Madrás, segundo *wrangler* en un año muy bueno, me aseguró que había conocido a un nativo cuyo conocimiento matemático era superior al del *senior wrangler* promedio, y que había conocido a varios otros que se acercaban a ese nivel. Su ataque específico contra Madame Blavatsky es igualmente injusto, pues muchos nativos, no teósofos, me han hablado de ella en los términos más elevados. No puede esperarse que los "hindúes honestos" piensen como el señor Chesterton considera probable, ya que él mismo es, por desgracia, un occidental, y está en el mismo lodazal de malentendidos que el profesor Max Müller y los demás. La obra de Madame Blavatsky consistió en recordarles a los hindúes la excelencia de sus propios *shastras*,[59] mostrar que algunos occidentales sostenían ideas idénticas, y contraminar así las representaciones deshonestas de los misioneros. Soy lo bastante conocido como enemigo acérrimo de la "Teosofía" como para no arriesgar nada al hacer estas observaciones.

Confío en que el sentido del deber público que inspira estas censuras no se tome como incompatible con la gratitud que le debo por su reseña, sumamente comprensiva y desapasionada, de mi *El alma de Osiris*.

Le aconsejaría, sin embargo, que deje en paz la capilla de Brixton y que "se eleve desde su apreciación de *El alma de Osiris* hasta esa obra más alta y más amplia de la imaginación humana, la apreciación del *Sporting Times*".

Al señor Chesterton le parece gracioso que yo invoque a "Shu". ¿Ha olvidado que al Dios cristiano se lo puede invocar con suma propiedad con el nombre de "Yah"? Lamentaría que Dios confundiera sus entusiasmos religiosos con la burla irreverente del *gamin* londinense. Observaciones similares se aplican a "El" y a otras deidades hebreo-cristianas.

Esta nota es poco inteligible sin la reseña a la que se refiere. Por lo tanto, reproduzco la parte de ella que atañe a mi asunto, tomada del *Daily News* del 18 de junio de 1901:

> Para el lado de una mente dedicada a la alegría ociosa (*sic?*) hay sin duda algo un poco gracioso en la devoción apasionada del señor Crowley por deidades que llevan nombres como Mout y Nuit, y Ra y Shu, y Hormakhou. No parecen, para la mente inglesa, prestarse al regocijo piadoso. El señor Crowley dice en el mismo poema:
>
> La carga es demasiado dura de llevar,
> tomé una cruz demasiado adamantina;
> este cilicio desgarra mi alma al vestirlo,
> mi abnegación es como escoria.
> Oh, Shu, que sostienes el cielo,
> ¡sostén a tu siervo, no sea que muera!

Tenemos todo el respeto posible por los símbolos religiosos del señor Crowley, y no objetamos que invoque a Shu a cualquier hora de la noche. Solo que sería irrazonable de su parte quejarse si sus ejercicios religiosos fueran tomados en general por un intento de ahuyentar gatos.

Además, los poetas de la escuela del señor Crowley tienen, entre todos sus méritos, algunos peligros intelectuales genuinos que provienen de esta tendencia a importar religiones, este libre comercio de dioses. Que todos los credos son significativos y todos los dioses divinos, lo admitimos de buen grado. Pero esto es más bien una razón para contentarnos con los nuestros que para intentar robar los de otros pueblos. La afectación de muchos místicos modernos que adoptan una civilización y un modo de pensar orientales debe de causar mucha risa inofensiva entre los orientales verdaderos. La noción de que un turbante y unos cuantos votos harán de un inglés un hindú está a la par con la idea de que un sombrero negro y un título de Oxford harán de un hindú un inglés. Nos preguntamos si nuestros filósofos budistas habrán leído alguna vez una florida carta en inglés de babu. Sospechamos que ese tipo de documento se parece en realidad muchísimo a los ensayos filosóficos que escriben los ingleses sobre el esplendor del pensamiento oriental. A veces los místicos europeos merecen algo peor que la mera risa a manos (*sic?*) de los orientales. Si

alguna vez hubo una persona a la que los hindúes honestos habrían tenido justificación para despedazar, fue Madame Blavatsky.

Que nuestros hombres de arte, gastados por el mundo, crean por un momento que la salvación moral es posible y de importancia suprema es un beneficio sin mezcla. Pero creer por un momento que ha de encontrarse yendo a determinados lugares, o leyendo determinados libros, o uniéndose a determinadas sociedades, es cometer por milésima vez el error que es a la vez materialismo y superstición. Si el señor Crowley y los nuevos místicos piensan por un momento que un desierto egipcio es más místico que un prado inglés, que una palmera es más poética que un haya de Sussex, que un templo en ruinas de Osiris es más sobrenatural que una capilla bautista de Brixton, entonces son sectarios, y solo sectarios, sin más valor para la humanidad que quienes piensan que el suelo inglés es el único suelo digno de defenderse, y la capilla bautista la única capilla digna de culto (*sic*). Pero el señor Crowley es un poeta fuerte y genuino, y tenemos poca duda de que se elevará desde su apreciación del Templo de Osiris hasta esa obra más alta y más amplia de la imaginación humana, la apreciación de la capilla de Brixton.

G. K. CHESTERTON.

778, 797. El resto de la vida, para el dominio de sí, para la liberación del alma. ¿Quién dijo "ratas"? Gracias por tu consejo, Tony Weller, pero llegó en vano. Como escribió confidencialmente al editor el ex monje[60] (el que sacudió los puestos de libros):[61]

"La existencia es mi[ilegible en la fuente]
[ilegible en la fuente]
A la luna llena
me pegaron un tiro con un *goon*.
[*Goon* no es escocés, sino griego, Meester Watts.]
Nos vamos a Burma,
donde el suelo es más firme,
a explorar el Mekong.
¡Chin chin! *Sae long*.
[*Long* debería ser *lang*: a ella no le importará un bledo.]
Eres un bebé Racional,
Aundra McAbe."

Nótese la curiosa confusión de personalidad. Esto muestra Ausencia de Ego, en pali *Anatta*, y a mis pobres amigos de mentalidad espiritual les parecerá una excusa para una línea de conducta que no entienden y cuya naturaleza está más allá de ellos.

785. Cristo asciende. Y les digo francamente que, si no ha vuelto para cuando termine de leer estas pruebas, renunciaré a él.

783. Campana. Los folios dicen "bollo".

Notas a «Pentecostés» (Notes to Pentecost)

22. Con sed sagrada. "He, soul-hydroptic with a sacred thirst." *A Grammarian's Funeral.*

23. Levi. La magia ceremonial no es tan tonta como suena. Sea testigo la siguiente magistral elucidación de su quintaesencia interior:

La interpretación iniciada de la magia ceremonial[62]

Es altamente divertido para el estudiante de literatura mágica que no es del todo un tonto (¡y rara es semejante combinación!) observar la crítica que el filisteo dirige contra la ciudadela de su ciencia. En verdad, puesto que nuestra infancia nos ha inculcado no solo la creencia literal en la Biblia sino también una creencia sustancial en *Alf Laylah wa Laylah*,[63] y solo la adolescencia puede curarnos, somos demasiado propensos, en el ímpetu y la energía de la virilidad naciente, a derribar con brusquedad y temeridad ambos clásicos, a considerarlos a los dos en el mismo nivel, como documentos interesantes desde el punto de vista del folclore y la antropología, y como nada más.

Aun cuando aprendemos que la Biblia, mediante un estudio profundo y minucioso del texto, puede ser obligada a entregar arcanos cabalísticos de alcance e importancia cósmicos, con

demasiada frecuencia somos lentos para aplicar un restaurador semejante al volumen compañero, aun si somos los afortunados poseedores de la verdadera edición de Burton.

A mí, pues, me queda devolver el *Alf Laylah wa Laylah* a su lugar propio una vez más.

No me interesa negar la realidad objetiva de todos los fenómenos "mágicos"; si son ilusiones, son al menos tan reales como muchos hechos indiscutidos de la vida diaria; y, si seguimos a Herbert Spencer, son al menos prueba de alguna causa.[64]

Ahora bien, este hecho es nuestra base. ¿Cuál es la causa de mi ilusión de ver un espíritu en el triángulo del Arte?

Todo diletante, todo experto en psicología, responderá: "Esa causa está en tu cerebro".[65]

A los niños ingleses se les enseña (*pace* la Ley de Educación) que el Universo yace en el Espacio infinito; a los niños hindúes, en el Akasa, que es lo mismo.

Los europeos que van un poco más hondo aprenden de Fichte que el Universo fenoménico es la creación del Ego; a los hindúes, o a los europeos que estudian con gurúes hindúes, se les dice que por Akasa se entiende el Chitakasa. El Chitakasa está situado en el "Tercer Ojo", es decir, en el cerebro. Suponiendo dimensiones superiores del espacio, podemos asimilar este hecho al realismo; pero no tenemos necesidad de tomarnos tanto trabajo.

Siendo esto verdad para el Universo ordinario, que todas las impresiones sensoriales dependen de cambios en el cerebro, debemos incluir las ilusiones, que después de todo son

impresiones sensoriales tanto como lo son las "realidades", en la clase de los "fenómenos dependientes de cambios cerebrales".

Los fenómenos mágicos, sin embargo, entran en una subclase especial, puesto que son queridos, y su causa es la serie de fenómenos "reales" llamados operaciones de la magia ceremonial.

Estas consisten en:

(1) Vista.	El círculo, el cuadrado, el triángulo, los vasos, las lámparas, las túnicas, los implementos, etc.
(2) Oído.	Las invocaciones.
(3) Olfato.	Los perfumes.
(4) Gusto.	Los Sacramentos.
(5) Tacto.	Como en (1).
(6) Mente.	La combinación de todos estos y la reflexión sobre su significado.

Estas impresiones inusuales (1-5) producen cambios cerebrales inusuales; por lo tanto, su suma (6) es de un tipo inusual. Su proyección de regreso al mundo aparentemente fenoménico es, en consecuencia, inusual.

En esto consiste, pues, la realidad de las operaciones y efectos de la magia ceremonial,[66] y concibo que la apología es amplia, en cuanto los "efectos" se refieren solo a aquellos fenómenos que se le aparecen al propio mago: la aparición del espíritu, su conversación, posibles sacudidas por imprudencia, y así

sucesivamente, hasta el éxtasis por un lado, y la muerte o la locura por el otro.

Pero ¿puede obtenerse alguno de los efectos descritos en este libro nuestro, la *Goetia*, y si es así, puede darse una explicación racional de las circunstancias? ¿Eso dicen? Puedo darla, y la daré.

Los espíritus de la *Goetia* son porciones del cerebro humano.

Sus sellos representan, por lo tanto (el cubo proyectado del señor Spencer), métodos para estimular o regular esos puntos particulares (a través del ojo).

Los nombres de Dios son vibraciones calculadas para establecer:

(a) Control general del cerebro. (Establecimiento de funciones relativas al mundo sutil.)
(b) Control del cerebro en detalle. (Rango o tipo del Espíritu.)
(c) Control de una porción especial. (Nombre del Espíritu.)

Los perfumes ayudan a esto a través del olfato. Por lo general el perfume solo tenderá a controlar un área amplia; pero hay una atribución de perfumes a las letras del alfabeto que permite, mediante una fórmula cabalística, deletrear el nombre del Espíritu.

No necesito entrar en una discusión más particular de estos puntos; el lector inteligente puede completar fácilmente lo que falta.

Si, entonces, digo con Salomón:

"El Espíritu Cimieries enseña lógica",

lo que quiero decir es:

"Aquellas porciones de mi cerebro que sirven a la facultad lógica pueden ser estimuladas y desarrolladas siguiendo los procesos llamados 'La Invocación de Cimieries'".

Y esta es una afirmación racional puramente materialista; es independiente de cualquier jerarquía objetiva. La filosofía no tiene nada que decir; y la ciencia solo puede suspender el juicio, a la espera de una investigación adecuada y metódica de los hechos alegados.

Lamentablemente, no podemos detenernos ahí. Salomón nos promete que podemos (1) obtener información; (2) destruir a nuestros enemigos; (3) entender las voces de la naturaleza; (4) obtener tesoros; (5) curar enfermedades, etc. He tomado estos cinco poderes al azar; consideraciones de espacio me impiden explicarlos todos.

(1) Trae a la superficie hechos del subconsciente.

(2) Aquí llegamos a un hecho interesante. Es curioso notar el contraste entre los medios nobles y los fines aparentemente viles de los rituales mágicos. Estos últimos son disfraces de verdades sublimes. "Destruir a nuestros enemigos" es comprender la ilusión de la dualidad, excitar la compasión.

(¡Ah, señor Waite![67] El mundo de la Magia es un espejo, en el que quien ve inmundicia es inmundicia.)

(3) Un naturalista cuidadoso entenderá mucho de las voces de los animales que ha estudiado largamente. Hasta un niño conoce la

diferencia entre el maullido y el ronroneo de un gato. La facultad puede desarrollarse enormemente.

(4) Puede estimularse la capacidad para los negocios.

(5) Los estados anormales del cuerpo pueden corregirse, y los tejidos afectados devolverse a su tono, en obediencia a corrientes iniciadas desde el cerebro.

Lo mismo para todos los demás fenómenos. No hay efecto que sea verdadera y necesariamente milagroso.

Nuestra magia ceremonial se reduce, pues, a una serie de experimentos fisiológicos minuciosos, aunque desde luego empíricos, y quien los lleve a cabo con inteligencia no tiene por qué temer el resultado.

Tengo toda la salud, y el tesoro, y la lógica que necesito; no tengo tiempo que perder. "Hay un león en el camino." Para mí estas prácticas son inútiles; pero en beneficio de otros menos afortunados las entrego al mundo, junto con esta explicación y apología de ellas.

Confío en que la explicación permitirá a muchos estudiantes que hasta ahora, por una objetividad pueril en su visión de la cuestión, no han obtenido resultados, tener éxito; en que la apología pueda grabar en nuestros desdeñosos hombres de ciencia que el estudio del *bacillus* debería ceder su lugar al del *baculum*, lo pequeño a lo grande; cuán grande, uno solo lo comprende cuando identifica la vara con el Mahalingam,[68] por el que Brahma voló hacia arriba a razón de 84.000 *yojanas* por segundo durante 84.000 *mahakalpas*, y por el que Vishnu voló hacia abajo a razón de 84.000 *crores* de *yojanas* por segundo

durante 84.000 *crores* de *mahakalpas*; y sin embargo ninguno de los dos llegó a un fin.

Pero yo llego a un fin.

23. El críptico copto. Véase el Papiro de Bruce.

24. ANET' AER-K, etc. Invocación de Ra. Del Papiro de Harris.

26. MacGregor. El Mago.

29. Abramelin. El Mago.

32. Rituales antiguos. Del Papiro de la señora Harris.[69]

33. Golden Dawn. Estos rituales fueron anexados más tarde por Madame Horos, ese Swami superior. El buscador serio está expuesto a algunas sacudidas bastante fuertes. ¡¡¡Ver la propia "Obligación" impresa en el *Daily Mail*!!![70] Por suerte no tengo nervios.

49. [Ilegible en la fuente]. "Tú, como yo, eres Dios" (pues este es el significado esotérico del saludo hindú común). ¡Un largo camino y un precio alto! Saber es siempre una obra difícil... ¡Hola! ¡Bravo! Tu nombre (lo he visto) está escrito en las estrellas. ¡Ven conmigo, discípulo! Te daré medicina para la mente.[71]

58. [Ilegible en la fuente]. Basta.

60. [Ilegible en la fuente]. ¿Por qué?

60. [Ilegible en la fuente]. ¿Qué será?

61. Postura extraña y dolorosa. Siddhasana.

62. Era muy grosero. La siguiente es una muestra:

"¡Oh, Devatas! ¡Contemplad a este yogui! ¡Oh, Chela! ¡Morada maldita de Tamas eres! ¡Comedor de Vaca, que tragas como una Piara de Cerdos! ¡Durmiente de mil sueños, como una Ramera pesada de Vino! ¡Vacío de [ilegible en la fuente]! ¡Sensual! ¡Oveja Enfurecida! ¡Blasfemo de los Nombres de Shiva y de Devi! ¡Cristiano disfrazado! ¡Renacerás en el más bajo Avitchi! ¡Ayuna! ¡Camina! ¡Vela! Estas son las llaves del Reino. ¡La paz sea con tu Barba! ¡Aum!"

Esta clase de discurso me hizo bien: espero que les haga otro tanto a ustedes.

63. Con los ojos bien fijos en mi probóscide. Véase el Bhagavad-Gita, Atmasamyamayog.

67. Brahma-charya. Conducta recta y, en particular, castidad en el sentido más alto.

72. Tabaco. Planta venenosa que usan los nicotinómanos en sus orgías y desenfrenos. "El inmundo hábito del tabaco", dice "Elías el Restaurador" de Sion, antes de Sídney y Chicago. Ese colosal genio-burro, Shaw, es otro de ellos. Pero véase Calverley.

78. Su sombrero. Podrá objetarse que los magos occidentales, pero nunca los orientales, convierten su tocado en una cornucopia o en una caja de Pandora. Pero debo someter que la Cuestión del Sombrero está todavía *sub judice*. ¡A la salud de Lord Ronald Gower!

86. Swinburne.

"Pero esto es Dios:
ser hombre con tu fuerza,
crecer derecho en el vigor de tu espíritu, y vivir tu vida entera como la luz." *Hertha*.

104. Mi gran belleza. Rosa en su punto; Jugador, Verde, en mano. Pero he "estrellado" desde que caí en esa tronera.

120. Mis culíes baltíes. Véase mi *The Higher the Fewer*.[72]

125. Eton. Una escuela, notable por su cría de canallas. La batalla de Waterloo (1815) se ganó en sus campos de juego.

128-30. Los he visto. Sir J. Maundevill, *Voiage and Travaile*, cap. XVI, relata un incidente similar y, cristiano como es, plantea una pregunta igualmente embarazosa.

135. A... ¿Qué? Les ruego me disculpen. Fue un desliz.

146. Tahuti. En copto, Thoth.

149. Ra. El dios Sol.

149. Nuit. La diosa de las Estrellas.

152. Campbell. «Las aguas bravías [ilegible en la fuente] sobre su hija, y él quedó lamentándose.»

157. La cabeza de ibis. Característica de la cimera de Roland. Véase «Two Poets of Croisic».

189. Una broma. Véase arriba: «Día de la Ascensión».

Un modo misterioso.

«Dios se mueve de un modo misterioso
para obrar Sus maravillas;

planta Sus pisadas en el mar
y cabalga sobre la tormenta.»

¿Especie intencional?

171. El viejo himno. Este himno, citado, me temo, con alguna falla de memoria (no tengo los documentos a mano), se atribuye al difunto obispo de Natal, aunque lo dudo, pues la piedad constante y confiada de su sentimiento se aviene mal con el autor de aquellas desastrosas críticas del Pentateuco. El himno sigue siendo popular en Durban.

Su extraordinaria belleza, tratándose de un fragmento, solo es superada por el incomparable de Safo:

[esquema métrico ilegible en la fuente] κοντα [ilegible en la fuente]

185. Qué difícil. «¡Qué difícil es ser cristiano!» Easter-Day, i. 2 (referencia en parte ilegible en la fuente).

195. Srotapatti. El que ha «entrado en la corriente» del Nirvana.

Sobre las ventajas de hacerlo, véase el relato Jataka adjunto, que acabo de traducir de un manuscrito cingalés en hoja de palma. Véase el Apéndice I.

228. Ustedes saben que para mí, etc. Véase Huxley, Hume, 199, 200.

239. Espíritu y materia son lo mismo. Véase la respuesta de Huxley a Lilly.

273. «Yo no soy lo que veo». In Memoriam.

Pero véase H. Spencer, «Principles of Psychology», General Analysis, cap. vi.

281. [ilegible en la fuente] Buddha.

«¡Escucha ese triste gemido! No sigas adelante:
es Marcial laureado que aúlla asesinato.»
Burns, Epigrama.

Pero Buddha no puede realmente aullar, pues ha pasado por esa clase de pasar que no deja nada en absoluto tras de sí.

322. Una mera ley sin voluntad. No ha de suponerse que adopto alguna idea absurda sobre el significado de la palabra «ley». Este pasaje niega todo conocimiento de las causas últimas, no lo afirma. Pero tiende a negar una previsión benévola y, a fortiori, una omnipotencia benévola.

Cf. Zoroastro, Oráculos: «No mires la imagen visible del Alma de la Naturaleza, pues su nombre es Fatalidad.»

Ambrosius es muy claro en este punto. Adjunto su famoso manuscrito completo en su traducción inglesa, pues es muy raro. Cuán raro es se apreciará cuando diga que en el Museo Británico no hay ningún ejemplar ni del original ni de la traducción; el único ejemplar conocido, el de la Bodleiana, queda oculto por el sistema preadamita de catalogación en boga en esa institución canosa pero nada venerable. Por comodidad se ha modernizado el inglés. Véase el Apéndice II.

329. Maya lo modeló. ¡Light of Asia![73]

335. ¿Por qué habría de cesar el Paramatma? Los hindúes ortodoxos representan el Universo como alternando entre

Evolución e Involución. Pero al parecer, en cualquiera de los dos estados, es el otro el que parece deseable, ya que el cambio lo opera la Voluntad, no la Necesidad.

341. El Bálsamo Himalayo de Blavatsky. Véanse las teorías en tirabuzón de A. P. Sinnett en esa obra maestra de confusión de pensamiento (¡y de nomenclatura!): «Esoteric Buddhism». Véase también «The Voice of the Silence, or, The Butler's Revenge».[74]

366. Soy Advaita. Desde luego, hoy lo rechazo por completo. Pero es, creo, una etapa del pensamiento necesaria para muchos o para la mayoría de nosotros. El grueso de estos poemas se escribió cuando yo era advaitista, por increíble que hoy parezca la mirada retrospectiva. Mi revisión ha dado frutos budistas, pero queda algo de la flor advaita. Miren, por ejemplo, la tendencia espantosamente papista de mi célebre ensayo:

Después del agnosticismo (After Agnosticism)

Permítanme presentarme como aquel irlandés original cuya primera pregunta al desembarcar en Nueva York fue: «¿Hay gobierno en este país?», y al decírsele «Sí», respondió al instante: «Entonces estoy en contra». Pues, después de algunos años de agnosticismo consecuente, cuando por fin se me pide colaborar en un órgano agnóstico, por mi vida que no se me ocurre nada mejor que atacar a mis anfitriones. ¡Cuco insidioso! ¡Baniano ingrato! Mi vergüenza me empuja a la analogía semítica, y reflexiono con tristeza que, si yo hubiera sido Balaam, no habría necesitado otra asna que yo mismo para que me dijera que hiciera exactamente lo contrario de lo que se esperaba de mí.

Pues esta es mi posición: aunque los postulados del agnosticismo son en cierto sentido eternos, creo que las conclusiones del agnosticismo han de empujarse más lejos cada día. Conocemos nuestra ignorancia; con ese hecho nos echan en cara quienes no saben lo suficiente para entender siquiera qué queremos decir cuando lo decimos; pero los límites del conocimiento, que retroceden lentamente, aunque nunca tanto como para permitirnos descorrer el velo del tremendo e impenetrable adytum de la conciencia, o el de la materia, deben algún día ensancharse de golpe por la forja de un arma nueva.

Huxley y Tyndall profetizaron esto antes de que yo naciera; a veces con lenguaje vago, una o dos veces con suficiente claridad;

para mí es motivo de la mayor preocupación que sus sucesores no siempre coincidan con ellos en este punto.

El profesor Ray Lankester, al aplastar a los desdichados teístas de la reciente controversia del Times, no vacila en decir que la Ciencia nunca podrá arrojar luz sobre ciertos misterios. Hasta el teísta tiene derecho a replicar que, si así fuera, bien podría descartarse la Ciencia; pues estos son problemas que siempre han de entrometerse en la mente humana, y más que en ninguna en la mente del científico.

Despacharlos por un acto de voluntad es a la vez heroico y pueril: el coraje es tan necesario para el progreso como cualquier cualidad que poseamos; y como en ambos casos se requiere coraje, el coraje de la ignorancia (necesariamente estéril, aunque bastante necesario mientras nuestro jardín estaba ahogado por las malezas teológicas) es menos deseable que el coraje que se embarca en el siempre desesperado problema filosófico.

Una y otra vez, en la historia de la Ciencia, ha llegado un período en que, ahíta de hechos, se ha hundido en un letargo de reflexión acompañado de pesadillas espantosas en forma de teorías imposibles. Una pesadilla así nos cabalga ahora; una vez más la filosofía ha dicho su última palabra y ha llegado a un punto muerto. Aristóteles, al reducir a las contradicciones en los términos fundamentales que implican las ficciones de los pitagóricos, los eléatas, los platónicos, los pirrónicos; Kant, en su reductio ad absurdum de los tomistas, los escotistas, los wolffianos (toda la prole en guerra, semejante solo en la incapacidad de reconciliar las «antinomias» últimas de una cosmogonía tanto más grosera por su espiritualidad de similor),

han encontrado, a mi entender, su paralelo moderno en la carcajada espectral de Herbert Spencer, cuando, cebado en los cadáveres de Berkeley y de los idealistas, de Fichte y Hartmann a Lotze y Trendelenburg, hunde los colmillos humeantes de su imaginación en las entrañas palpitantes de su propia sombría obra maestra de reconciliación, engañada a sí misma y sin embargo consciente de su propio engaño.

La historia afirma que un punto muerto semejante es invariablemente el preludio de una nueva iluminación: por tales pasos hemos avanzado, por tales avanzaremos. El «horror de grandes tinieblas» que es el escepticismo siempre ha de ser quebrado por algún alma maestra heroica, intolerante de la agonía cósmica.

Aguardamos, pues, su aurora.

¿Puedo ir un paso más allá, alzar la voz y profetizar? Quisiera indicar la dirección en que han de romperse estas tinieblas.

Los evolucionistas recordarán que la naturaleza no puede descansar. Tampoco la sociedad. Menos aún el cerebro del hombre.

«Audax omnia perpeti
Gens humana ruit per vetitum nefas.»[75]

Hemos destruido el significado de vetitum nefas y no tememos ninguna cohorte imaginaria de males y terrores. Habiendo perfeccionado un arma, la razón, y habiéndola hallado destructora de toda falsedad, hemos estado (algunos de nosotros) un poco inclinados a salir a pelear sin otra arma. «La hoja de

FitzJames era espada y escudo»,[76] y eso le sirvió contra la espada garrote asesina del rufianesco montañés con que le tocó toparse; pero le habría ido mal si hubiera llamado mentiroso a un sheriff del Oeste o se hubiera ido a cazar bóers a lanzazos en Spion Kop.

La razón ha hecho cuanto podía; la teoría nos ha hartado, y el movimiento del barco resulta un poco penoso; la metáfora mezclada (excelente en un ensayo breve como este) no es panacea para todas las dolencias mentales; debemos buscar otro guía. Todos los hechos que la ciencia ha reunido con tanto afán, por variados que parezcan, son en realidad todos de la misma especie. Si hemos de tener un hecho saliente, un hecho para un avance real, ha de ser un hecho de un orden diferente.

¿Tenemos a mano un hecho así? Lo tenemos.

Primero, ¿qué entendemos por un hecho de un orden diferente? Tomaré un ejemplo; el más imposible es el mejor para nuestro propósito.

Supongamos que los espiritistas enloquecen y empiezan a hablar con sensatez. (Solo puedo imaginar que tal sería el resultado.) Todos sus «hechos» quedan probados. Probamos un mundo de espíritus, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, etc. Pero, con todo eso, no hemos avanzado realmente un solo paso hacia el corazón de la indagación que yace en el corazón de la filosofía: «¿Qué es cualquier cosa?».

Veo un gato.

El Dr. Johnson dice que es un gato.

Berkeley dice que es un grupo de sensaciones.

Cankaracharya dice que es una ilusión, una encarnación o Dios, según el sombrero que lleve puesto y a través del cual esté hablando.

Spencer dice que es un modo de lo Incognoscible.

Pero ninguno de ellos duda seriamente del hecho de que yo existo, de que un gato existe, de que uno ve al otro. Todos, salvo Johnson, insinúan, pero ¡ay, qué débilmente!, lo que ahora sé que es... ¿verdadero? No, no necesariamente verdadero, pero más cerca de la verdad.

Huxley va más hondo en su demolición de Descartes. Para él, «Veo un gato» prueba que «existe algo llamado conciencia». Niega la afirmación de la dualidad; no tiene ningún dato para afirmar la negación de la dualidad. Yo sí.

La conciencia, tal como la conocemos, tiene una cualidad esencial: la oposición de sujeto y objeto. La razón la ha atacado y ha obtenido esa victoria completa y estéril de convencer sin producir convicción.[77] Tiene una cualidad en apariencia no esencial, la de una impermanencia extrema. Si examinamos lo que llamamos pensamiento estable, hallaremos que su ritmo de cambio es en realidad inconcebiblemente veloz. Considerarlo, vigilarlo, desconcierta, y para algunas personas llega a ser intensamente aterrador. Es como si la tierra firme fuera barrida de pronto bajo los pies, y hubiera un temible despertar en el espacio exterior entre la avalancha de meteoros incesantes: perdido en el vacío.

Todo esto es conocimiento antiguo; pero ¿quién ha tomado medidas para alterarlo? La respuesta es poco grata: la verdad me

obliga a decir que los místicos de todas las tierras. Su empeño ha sido aminorar el ritmo del cambio; sus métodos, la perfecta quietud del cuerpo y de la mente, producida de maneras variadas y con demasiada frecuencia viciosas. La regularización de la respiración es la fórmula más conocida. Sus resultados son despreciables, hemos de admitirlo; pero solo porque son empíricos. Una reverencia injustificada ha sepultado la vigilancia que la ciencia habría impuesto, y el resultado es fango y miseria, el naufragio de un estudio noble.

Pero ¿cuál es el único hecho en que todos concuerdan? ¿El único hecho cuyo conocimiento ha sido, desde que empezó la religión, el pasaporte suficiente a su compañía de dudosa conveniencia?

Este: que «Veo un gato» no solo es una suposición injustificable sino una mentira; que la dualidad de la conciencia cesa de pronto, una vez que el ritmo de cambio se ha aminorado lo suficiente, de modo que, aunque sea por unos segundos, la relación de sujeto y objeto permanece inexpugnable.

Es circunstancia de poco interés para el presente ensayista que esta aniquilación de la dualidad vaya asociada a una paz y un deleite intensos y sin pasión;[78] el hecho ha sido un soborno para el incauto, un cebo para el charlatán, un estorbo para el filósofo; descartémoslo.

Más aún: aunque el establecimiento de este nuevo estado de conciencia parece abrir la puerta a un mundo nuevo, un mundo donde los axiomas de Euclides pueden ser absurdos y las proposiciones de Keynes[79] insostenibles, no caigamos en el error de los místicos suponiendo que en este mundo hay

necesariamente una verdad final, ni siquiera una ganancia cierta y definida de conocimiento.

Pero que se abre un campo de investigación, ningún hombre cuerdo puede dudarlo. Ni puede cuestionarse que el primerísimo hecho es de una naturaleza que disuelve la dificultad filosófica y racional, ya que el fenómeno no invoca el asentimiento de la facultad razonadora. Los argumentos que la razón pueda esgrimir contra él se destruyen a sí mismos; la razón ha desmentido a la conciencia, pero la conciencia sobrevive y sonríe. La razón es una parte de la conciencia y nunca puede ser mayor que su todo; esto lo ve Spencer; pero la razón ni siquiera es parte alguna de esta nueva conciencia (que yo, y muchos otros, hemos alcanzado demasiado raramente) y por tanto nunca puede tocarla: esto lo veo yo, y esto, espero, será evidente para esos agnósticos ardientes y de espíritu elevado de quienes Huxley y Tyndall son, por todo el tiempo de la historia, los prototipos. «¡Conocer o dudar!» es la alternativa del salteador Huxley; «Creer» no ha de admitirse; esto es fundamental; en esto el agnosticismo nunca puede cambiar; esto siempre ha de imponer nuestro asentimiento moral tanto como el intelectual.

Pero afirmo mi firme convicción de que antes de mucho habremos hecho bastante de lo que, después de todo, es trabajo de maestro de escuela: corregir los ejercicios manchados de tinta y mal escritos de los burros teológicos en esa gran aula que es el mundo; y habremos hallado un poco de paz, mientras ellos juegan, en la soledad íntima del laboratorio y el arrobamiento sin pasión de la investigación: investigación de esos mismos misterios que nuestros burros han resuelto a ojo de buen cubero,

determinando la naturaleza de una abeja con pisarla y gritar «¡abeja!», mientras nosotros nos ponemos pacientemente a trabajar con microscopios y no decimos nada hasta saber, ni más de lo necesario cuando sabemos.

Pero yo mismo me declaro culpable de este papel de maestro de escuela: cerraré, pues, ahora las puertas y me retiraré de nuevo al laboratorio, donde está mi verdadera vida.

403, 405. Razón y concentración. Los resultados del razonamiento siempre son atacables; los de la concentración son vívidos y ciertos, ya que se presentan directamente a la conciencia. Y son más ciertos que la conciencia misma, ya que quien los ha experimentado puede, con la conciencia, dudar de la conciencia, pero en ningún estado puede dudar de ellos.

412. Ganesh. El dios con cabeza de elefante, hijo de Shiva y Bhavani. Preside los obstáculos.

El prosodista notará la «cantidad falsa» de esta palabra. Pero así debe ser, pues Ganesha pertenece a Shiva, y con Shiva toda cantidad es falsa, ya que, como Parameshvara, carece de cantidad y de cualidad.

485. Carroll. Véase «Alice in Wonderland», Cap. Ult.

508. Hierba kusha. La hierba sagrada de los hindúes.

509. Mantra. Un verso sagrado, apto para la repetición constante con miras a aquietar el pensamiento. Cualquiera puede ver cuán simple y eficaz es este medio.

519. Gayatri. Es la traducción del verso más sagrado de los hindúes. El género de Savitri ha sido objeto de mucha discusión,

y creo que gramaticalmente es masculino. Pero por razones místicas lo he hecho de otro modo.

557. Plegaria. Esta historia de pesca es literalmente verdadera. La condición era que el Todopoderoso tuviera a su favor la ventaja de un sedal inusualmente largo (el lugar era en verdad una corriente veloz que desembocaba en un lago) y de una lentitud inusual al recoger el lance.

Pero ¿qué prueba un milagro cualquiera? Si se me probara el Affaire Cana, me limitaría a registrar los hechos: el agua puede, bajo ciertas condiciones desconocidas, convertirse en vino. Es una lástima que el dueño del secreto guarde silencio, y del todo lamentable que intente deducir de su conocimiento científico teorías cósmicas que nada tienen que ver con él.

Supongan que Edison, tras perfeccionar el fonógrafo, hubiera dicho: «Solo yo puedo hacer hablar a las cosas mudas; ergo, soy Dios». ¿Qué habría dicho el mundo si la telegrafía se hubiera explotado con fines de tráfico de milagros? ¿Son estos milagros menores o mayores que los de los Evangelios?

Antes de aceptar a la señora Piper,[80] queremos conocer con la mayor exactitud las condiciones del experimento y tener alguna garantía de la confiabilidad de los testigos.

En Caná de Galilea no se declaran las condiciones de la transformación (salvo que dejan resquicios innumerables para la trampa), ¡y los testigos están todos borrachos! («tú has guardado el buen vino hasta ahora», es decir, hasta que los hombres han bebido bien; en griego, [griego ilegible en la fuente], están bien borrachos). Y he de creer esto, y un non sequitur flagrante en

cuanto a la deidad de Cristo, sobre la evidencia, ni siquiera de los testigos oculares ebrios, sino de manuscritos de autoría y fecha dudosas, que llevan todas las marcas de la deshonestidad. Pues no debemos olvidar que los absurdos de hoy eran pruebas de lo más astutas para la pobre gente de hace diecisiete siglos.

Hablando de historias de pesca, lean Juan XXI, 1-[ilegible en la fuente] o Lucas V, 1-7 (las comparaciones son odiosas). Pero una vez encontré a un hombre junto a un lago y le conté que había bregado toda la mañana sin pescar nada, y él me aconsejó probar en la otra orilla del lago; y pesqué muchos peces. Pero no sabía que era el Señor.

En Australia rezaban por lluvia en las iglesias. El Bulletin de Sydney señaló, muy sensatamente, cuánto más reverente y práctico sería si, en lugar de importunar constantemente al Todopoderoso con nimiedades, rezaran de una vez por todas por una gran cordillera en Australia Central, que naturalmente proveería lluvia de forma automática. No haría falta ningún nuevo acto de creación; la fe, se nos dice expresamente, puede mover montañas, y hay hielo y nieve, y sobre todo morrena, en el glaciar Baltoro y sus alrededores como para construir una cordillera muy hermosa; bien podríamos haberla cedido este último verano.

579. Basta de este asunto absurdo. «Acerca del teniente coronel Flare.» Gilbert, Bab Ballads.

636. Autohipnosis. El adversario científico tiene más sentido común que hablar de autohipnosis. Basa su objeción en el peligro

general de la práctica, considerada como un hábito de larga data. De hecho:

La lira y la lanceta (Lyre and Lancet)

Receta de huevos al curry.

El fisiólogo le reprocha
al pobre Crowley: «Esto invade
tu frágil corteza cerebral
y convierte su canal en un remolino.
Tu cerebelo está atestado
de cucarachas; [ilegible en la fuente] lóbulos que creyeron atrapar X
son como meros [ilegible en la fuente] que alguien escalfa.
Pero pronto, por el yoga, las preocupaciones de negocios
y (francamente sospecho que el escombro
está acribillado de un mal específico)
[ilegible en la fuente] crecer como huevos que alguien hace al curry.»

Esto, sin duda, requiere respuesta.

La última trinchera.

Primero: «He aquí un tipo con un cáncer;
una operación puede ser inútil,
puede incluso dañar su constitución
o causar su disolución instantánea:
que muera el gusano, no es más que un ganso menos».
¡Ustedes no! Ustedes se levantan y lo toman por asalto,

lo atan y lo cloroformizan.
No rezan a Thoth ni a Horus,
sino que se lanzan derecho a su píloro;
y si pasan diez años y él
se queja: «¡Oh, doctor, tenga piedad de mí!
Sus crueles manos, por el amor de Dios,
me dieron unos dolores de estómago horribles»,
ustedes le escriben, con cara de pedernal,
una receta de pastillas de soda y menta.

Así el Yoga. La vida es un carcinoma,
de causa incierta, imposible de frenar.
En vano clamas a Isis: «¡Oh, mamá!
Me ha dado de lleno en el pescuezo».
El cirujano Crowley, con su trocar,
dice que eres un tipo pobre pero tonto,
aconseja el bisturí de la concentración,
rápido, a la excrecencia córnea llamada vida.
«¿Yoga? Hay peligro en el [ilegible en la fuente],
¡pero es la única oportunidad que hay!»
(Pues la vida, si se la deja sola, es dolor,
y solo los necios esperan el mañana de Dios.)
¡Arriba, Guardias, y a ellos!

Segundo: sus hechos están pulcramente expuestos;
¡alto! En esa boca acecha un pie.
Un cirujano vio tantas gonorreas
que pensó: «Tal vez un tercio por ciento
de los mortales escapa a los males que nos golpean
y burla al astuto gonococo».

Así, no es más que un simple cínico
quien hace al mundo a la medida de su clínica;
y sin duda puede errar
quien, por tener gatos, cree que los pájaros tienen pelo.
Ustedes [ilegible en la fuente]: «Ahí está Berridge, [ilegible en la fuente],
histéricos, epileptoides, charlatanes,
golfillos, psicópatas y matoides,
con la magia ceremonial que [ilegible en la fuente]».
Concedido, la Astronomía no es un mito,
pero produjo a Piazzi Smyth.
¿Qué enloquece a los actores? ¿Por qué los cirujanos
se vuelven locos y despedazan hombres como esturiones?
(Estas preguntas son del difunto Chas. Spurgeon.)
De yoguis podría citarles cientos
destacados en la ciencia, el derecho, el arte, el comercio.
No temen la locura: su único temor
no es por sus molleras condenadas.
No son como los toros negros (que esquivaron el rojo
en vano) que embisten enloquecidos la cabeza de cabra
del Pan rústico, porque alguna gatita alegre
untó de sangre su Príapo de piedra.
Son tan cuerdos como los políticos
y la gente que se suscribe a las misiones.
Esto dice poco; los yoguis son
mucho más cuerdos que gente como esa.
Ustedes han concebido su espantoso fantasma
al ver a muchos yoguis delirantes.
Esos rondan su clínica; pero los sanos

acechan en un terreno insospechado,
cenan con ustedes, dan clases en sus escuelas,
comparten su intolerancia a los necios
y, mientras ustedes condenan al yogui,
escuchan, no dicen nada, apenas sonríen:
¡si ustedes tan solo sospecharan de ellos,
su silencio igualaría por un rato el de ellos!

Una investigación clásica. (Los proteccionistas pueden servir si se agota la provisión de hotentotes.)

Tomé tres hotentotes vivos.
Su escala era uno, dos, tres, cuatro, cinco,
infinito. Pensar en hombres así
no podía soportarlo: como un nuevo Colenso,
para aliviar su situación les compré
también un libro de Hall y Knight
sobre Álgebra. Contraté sabios
para enseñarles seis, siete, ocho, nueve, diez.
Uno de los hotentotes lo logró.
¡Pocos escolares saben tanto como él!
Los otros sucumbieron bajo el esfuerzo:
les quebró el cerebro, no se lo fortaleció.

El bardo, un mendigo con seso.

Ahora (más arriba en la Escala Humana)
a Lodge lo llaman loco, y a Crowley más loco.
(¿Quién puede esquivar los dardos de la Ciencia?
No tengo una palabra que decir a favor de Lodge.)

Y sin embargo, ¿no podría Crowley ser aquel
que hace sin peligro lo que la mayoría debería evitar?

Analogía alpina.

Tomen a Oscar Eckenstein: escala
solo, sin cuerda, mil veces.
Sube su pico, cruza su paso;
¡no cae en ninguna grieta!
Pero si el Alpine Club intentara
seguirlo por paso o pico
(su cobardía y su podredumbre mental
se equilibran con primor: no lo intentarán),
veo el borde negro del Alpine Journal
volverse más ancho, más ancho, más ancho,
hasta que el propio Editor
cae de alguna cornisa ancha y fácil,
y con su muerte muere el Journal.
¡Ah, ampulosidad, bobería, mentiras simples!
¿Dónde aparecerían entonces impresas?

El poeta «se retira al fondo». Su actitud es indigna, su placer momentáneo, las consecuencias del todo desproporcionadas. Contempla su fin.

Por eso el pobre Crowley enciende su pipa,
sostiene: «La munición menuda mata a la agachadiza,
pero perdona al tigre»; sigue bromeando,
y sigue sonriendo con sorna, invocando,
escalando, meditando (*sin dar con una rima adecuada en un momento crítico*),

¡ah!, sigue trabajando, sigue fumando,
hasta que sigue derecho hasta Woking.

637. Nadie me supone un santo. Sin embargo, tras indagar, encuentro que algunos sí.

686. Amrita. El Elixir de la Vida: el Rocío de la Inmortalidad.

688. Cristo. Véase Shri Parananda, «Commentaries on Matthew and John».

695. Dirección x. Vide supra, «Día de la Ascensión».

710. Con llantas de acero.

Pues la gente de Dunlop no conocía
hace mil novecientos años.

723. Superconciencia. También los cristianos reclaman un éxtasis. Pero todos admiten, y aun se jactan, de que es el resultado de largos períodos de inquietud y ansiedad por la salvación de sus preciosas almas: por tanto, su éxtasis es a todas luces un proceso enfermizo. El éxtasis yóguico requiere calma y salud absolutas de mente y cuerpo. Bajo otras condiciones es inútil y peligroso siquiera empezar las prácticas más elementales.

742. Mi amigo oriental. Abdul Hamid, del Fuerte, Colombo, sobre quien sea la paz.

755. Corazón. «Corazón» es una cita levemente errónea: este poema es para su publicación.

810. ¡Cuidado con el portal oscuro! Esto, como tantos otros versos (quizá todos) de estos poemas, está preñado de una multitud de significados ocultos. No solo es físico, el de

despedirse de un amigo, sino mental, el de la oscuridad de la metafísica; oculto, el de la oscuridad mística del Umbral de la Iniciación; y fisiológico, pues contiene alusiones a todo un grupo de fenómenos que reconocerán quienes hayan empezado a meditar.

Del mismo modo, una sola palabra puede ser una clave mnemónica de toda una línea de argumentación filosófica.

Si el lector así lo elige, en suma, hallará la masa entera de la Sabiduría Iniciada entre las tapas de este volumen sin pretensiones.

---

1. Este pasaje es una parodia de uno de "Alicia a través del espejo". ↩
2. El nombre de la espada de Siegfried. ↩
3. "Para salvar las dificultades éticas que presenta el naturalismo ingenuo de muchas partes de aquellas Escrituras, en cuya autoridad divina creía firmemente, Filón tomó prestada de los estoicos (que se habían visto en aprietos semejantes respecto de la mitología griega) aquella gran Excalibur que habían forjado con infinito esfuerzo y destreza: el método de la interpretación alegórica. Esta poderosa máquina de dos manos a la puerta del teólogo está garantizada para dar rápido fin a toda dificultad moral o intelectual, mostrando que, tomadas alegóricamente o, como también se dice, 'poéticamente' o 'en sentido espiritual', las palabras más llanas significan lo que un intérprete piadoso desee que signifiquen" (Huxley, *Evolution of Theology*). ↩
4. Probablemente un récord para un obispo. (A. C.) ↩
5. Tal como lo representa su artículo de la Enciclopedia; no en obras como "Limits of Religious Thought". (A. C.) ↩
6. Un astrónomo cuyo cerebro cedió. Profetizó el fin del mundo para 1881, a partir de mediciones hechas en la Gran Pirámide. ↩

7. Así se supone por lo común. Quizá algún día encuentre palabras para combatir, quizá para derribar, esta posición. † (A. C.) † Como, por ejemplo, p. 185. Como cumplidor de promesas soy el [ori]ginal Peacherine de once stone y tres libras. (A. C.) ↩
8. Véase más abajo, "Berashith". ↩
9. Las notas numeradas se dan en la p. 190. (N. del T.: las llamadas numéricas de esas notas, que figuran en el poema del original, llegaron casi todas mutiladas en la extracción de la fuente y no se reproducen aquí.) ↩
10. "Childe Roland a la Torre Oscura llegó." (Browning.) ↩
11. Bacon, "Essay on Truth", línea 1. ↩
12. La madre de Crowley. ↩
13. Tenía en el reverso un diseño de 666 y el nombre de Crowley en hebreo (que, como la mayoría de los nombres, suma esa cifra). ↩
14. En el original, *Panel*: término legal escocés para el acusado. ↩
15. Palabra romaní para "mujer". ↩
16. El Rev. J. Bowley. La conversación descrita ocurrió realmente en el estudio del señor Gerald Kelly en París. ↩
17. Propietario de un circo y casa de fieras. ↩
18. Indostaní: rápidamente. ↩
19. Véase más abajo, "Science and Buddhism", y los escritos de Immanuel Kant y sus sucesores. ↩
20. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna." ↩
21. *Bara* es indostaní por "grande". ↩
22. Gran slam: término del bridge-whist. ↩
23. Juan iii. 18: "El que no cree ya ha sido condenado." ↩
24. Amante de la verdad. ↩

25. La forma correcta de tratamiento de un discípulo a su maestro. Véase el folleto de Sabhapaty Swami sobre el Yoga. ↩

26. Una torta plana de pan sin levadura. En realidad no las disfrutan, y de hecho no las comen, pues prefieren el «dok», una pasta de harina gruesa y agua envuelta alrededor de una piedra caliente. Se cuece poco a poco y se mantiene tibia todo el día. ↩

27. «¿Quién es Griffiths? El hombre seguro.» Un conocido anuncio publicitario; de ahí que «Who's Griffiths» = seguro. ↩

28. *In Memoriam*. ↩

29. Todo es Dolor. ↩

30. Este símil de la mente y sus impresiones, que deben aquietarse antes de que el sol del alma pueda reflejarse, es común en la literatura hindú. Los cinco glaciares son, por supuesto, los sentidos. ↩

31. Véanse sus observaciones sobre el piano Racional, y las conclusiones a que lo llevaría la evidencia de sus sentidos. ↩

32. Acerca de la concepción de una virgen. ↩

33. El lamentado fallecimiento del caballero arriba mencionado impide toda esperanza (salvo por cortesía de Sir Oliver Lodge) de que aparezca el artículo compañero. A. C. (N. del T.: la llamada de esta nota no se lee en la fuente; se la ubica aquí por el sentido.) ↩

34. Uso la palabra Vivien provisionalmente, a la espera de que aparezca un ensayo que pruebe que Lord Tennyson fue en secreto un ardiente reformador de nuestra laxa moral moderna. Sin duda hay lugar para ello. Vivien tenía toda la razón acerca del «ciclo de rameras y canallas que el señor Tennyson ha puesto a girar en torno a la figura de su cornudo consentido central», y fue la única con el coraje de decirlo así y el cerebro para arrancar el bárbaro oropel de una caballería idiota y fantasmal. ↩

35. La deja a cargo del mariscal Le Fer, el único en quien podía confiar que sería impermeable a sus artimañas, pues él estaba consagrado a otra; porque, como dice un inestimable manuscrito contemporáneo, «Seccotine colle même le Fer». ↩

36. Esto puede, aunque creo que no debería, usarse como argumento para probar que el poeta era hijo ilegítimo de la reina Isabel. ↩

37. Esto puede significar simplemente «a pesar del hecho de que me estoy muriendo, aunque estoy casi demasiado débil para hablar». Si es así, queda despachada la única frase de la obra que parece refutar nuestra teoría. La ejecución de tales criminales sería un asunto de rutina en la época de la obra. ↩

38. Crowley confunde dos diversiones campestres comunes: arrojar bolas de madera a los cocos y palos a la Tía Sally. ↩

39. Lo quedaron; de ahí el carácter pacífico de la expedición británica de 1904. A. ↩

40. *Lycidas*, verso 130. ↩

41. La escuela cuyo budismo deriva del Canon, y que ignora la degradación de los profesantes de la religión, tal como se ve [ilegible en la fuente]. ↩

42. [ilegible en la fuente] Virtudes más que Preceptos. Etimológicamente es así. Sin embargo, podemos considerar esto como una cláusula a favor de mi argumento, no en su contra; pues a mi parecer estas son virtudes, y la imposibilidad de alcanzarlas es el cáncer de la existencia. De hecho, sostengo la etimología frente a la fútil intolerancia de ciertos [ilegible en la fuente] budistas de hoy [ilegible en la fuente]; es la interpretación corriente del pensamiento budista lo que ataco, pero me muestro el mejor budista en [ilegible en la fuente]. ↩

43. Una expresión de moda para el estómago, tomada de la obra de J. M. Barrie *Little Mary*. ↩

44. [ilegible en la fuente] ding, en *The Soul of a People*, tiene que confesar a regañadientes que no encuentra rastro de esta idea en la propia obra del Buddha, y llama a la superstición el «eco de una Fe más antigua». A. ↩

45. El argumento de que «los animales son nuestros hermanos» [ilegible en la fuente] llevar a quien nunca ha estado [ilegible en la fuente] país. El budista medio, por supuesto, mataría a su hermano por cinco rupias, o menos. ↩

46. Membrum virile illius in membrana inclusum esse aiunt, ne copulare posset. ↩

47. Citado más abajo, en «Science and Buddhism», nota. ↩

48. «Embárquenme hacia algún lugar al este de Suez, donde un hombre pueda levantar la sed». R. Kipling. ↩

49. «Mientras que en cuanto a Quilp, Pulgarcito, allí, Banjo-Byron que rasguea el tin-tin allí». Browning, *Pacchiarotto* (dicho de A. Austin). ↩

50. «Tomar Pansil» es hacer voto de obediencia a estos Preceptos. ↩

51. No me propongo extenderme sobre la verdad moral que [ilegible en la fuente] ha trabajado tanto tiempo por dejar en claro: que ninguna regla de vida rígida y fija puede ser universalmente aplicable. Además, como en el famoso caso de la dama que salvó (sucesivamente) las vidas de su marido, su padre y su hermano, los preceptos chocan entre sí. Dejar morir es matar: todo esto es obvio para los pensadores más comunes. Estos preceptos son, por supuesto, excelentes guías generales para el vulgo y los ignorantes, pero usted y yo, querido lector, somos sabios e inteligentes, y sabemos más. «Nicht wa[ilegible en la fuente]». Disculpen que esté tan sumergido en el «querido Immanuel Kant» (como diría mi amiga[53]) que esta frase mordaz y preñada se me escapó sin advertirlo. Por regla general, desde luego, odio la introducción de lenguas extranjeras en un ensayo inglés. A. C. ↩

52. A una colección de manuscritos que ilustran la *Psychopathia Sexualis* de von Krafft-Ebing. Los nombres de las partes han sido cambiados. ↩

53. Una mujer ligera que posaba de marisabidilla. ↩

54. ¿Se creerá que un clérigo (convertido en Hermano de Plymouth y maestro de escuela) hizo realmente una confesión idéntica a un niño de diez años? ↩

55. Se enviaron ejemplares a todas las personas vivas mencionadas en *La espada del canto*, acompañados de la carta que se reproduce a continuación de esta nota. ↩

56. (N. del T.) *To shoot the moon*: mudarse de noche para no pagar el alquiler. *Chandra* es la luna en sánscrito. ↩

57. Famoso [ilegible en la fuente] del Adelphi. ↩

58. El endurecimiento de las arterias, que es la causa predisponente de la decadencia senil; tomado así como la garantía segura de la muerte. ↩

59. Libros sagrados. ↩

60. Joseph McCabe, que se convirtió en escritor racionalista. ↩

61. La alusión es al matrimonio de Crowley y a su posterior regreso a Oriente. ↩

62. Este ensayo constituye la introducción a una edición de la *Goetia* del Rey Salomón. ↩

63. Las *Mil y una noches*, llamadas comúnmente *Noches árabes*. ↩

64. Este es, incidentalmente, quizás el mayor argumento que poseemos, llevado a su extremo, contra las teorías advaitistas. ↩

65. El pensamiento es una secreción del cerebro (Weissmann). La conciencia es una función del cerebro (Huxley). A. C. ↩

66. Aparte de su valor para obtener la concentración en un solo punto. Sobre este tema consúltese [ilegible en la fuente]. A. C. ↩

67. Un poeta de gran capacidad. Editó un libro titulado *Of Black Magic and of Pacts*, en el que vilipendia lo mismo. ↩

68. El falo de Shiva el Destructor. Es en realidad el "Pilar del Medio" cabalístico del Árbol de la Vida [ilegible en la fuente]. ↩

69. Una dama imaginaria a la que solía apelar Sairey Gamp en *Martin Chuzzlewit*, de Dickens. ↩

70. Véanse los diarios de junio y julio de 1901. ↩

71. Cf. *Macbeth*: "¿No puedes atender a una mente enferma?" ↩

72. Título de una colección (en preparación) de escritos sobre exploración de montañas, etc. ↩

73. Arnold. ↩

74. No el obispo Butler. ↩

75. Horacio, Odas, I, 3. ↩

76. Scott, The Lady of the Lake. ↩

77. Hume, y Kant en los «Prolegómenos», discuten este fenómeno de manera insatisfactoria. ↩

78. Es este arrobamiento lo que siempre ha sido el lazo entre místicos de todos los matices, y el obstáculo para toda observación precisa del fenómeno, de sus verdaderas causas, etc. Esto siempre será piedra de tropiezo para las mentes más impresionables; pero no hay duda en cuanto al hecho (es un hecho), y su actual aislamiento es del todo deplorable. ¿Puedo rogar a los hombres de Ciencia que venzan los prejuicios naturales en ellos cuando se mencionan las ideas justamente despreciadas del misticismo, y que ataquen el problema ab initio según las líneas severamente críticas y austeramente arduas que han distinguido sus trabajos en otros campos? ↩

79. Autor de un manual de Lógica Formal. ↩

80. Una médium del siglo veinte. ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar